

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Ciencias Antropológicas

Tesis de Licenciatura

“Prácticas de movilidad espacial en el valle de El Bolsón, Depto. de Belén (Catamarca). Los tiempos de la zafra azucarera desde el presente de sus pobladores”.

Ángeles Molina Pico

L.U. 29.117.933

Directora: Lorena B. Rodríguez

Co-Directora: Brenda Canelo

Abril 2015

*...Tejedora belenista, telar en flor
Hila con hilos de luna,
La pena con la canción.
Agüita de olvido bebo de tus manos
Ardido en el fuego de mi corazón.*

*Hombre que, por andar
Llena su alma con la soledad.
Siente a Catamarca, sus viejos rastros
La canta, la nombra para no llorar.*

*Mi Belén, no hay adiós
Es el tiempo de azul vendimial.
A dónde me vaya me sigue esta zamba
Y en mi pañuelito florece un nogal...*

“La Catamarqueña” – Recop. E. Falú-M. J. Castilla

Agradecimientos

Agradezco a todas las mujeres y hombres de El Bolsón por su calidez y hospitalidad. A la familia Flores, Miranda, Ferril, Yapura gracias por su cariño. A Don Ambrosio, Don Antonio, Doña Severita, Don Juan, Doña Luz, Elmer, Emilse, Narda y Alveana, gracias por su paciencia. A Doña Aurora, Don Silvestre, Dardo, Alejandrina, Fernandito, Andrés, Rosendo, Eloy, Hugo, Pedro Silverio, Crisólogo, Rafaela, Teresa, Juana, Felipe, Elda, Cesareo, Anita, Carolina, Santos, Marta, Don Adrián, Remberto, Lino y tantas personas más. Por los encuentros entrañables entre mates dulces y riquísimas tortillas al rescoldo que todos me han compartido.

Son muchas las personas que desde diferentes lugares me acompañaron y en quienes me he apoyado en el proceso de elaboración de la Tesis. Por empezar, nada de esto hubiera sido posible sin la generosidad de Alejandra Korstanje que me abrió las puertas al “campo” antropológico y a un espacio de oportunidades donde poner en práctica mi formación. Que esto constituya hoy una Tesis es gracias a la vocación y dedicación absoluta de Lorena Rodríguez y Brenda Canelo. Gracias por iluminar este trabajo con todo su conocimiento y experiencia, y por brindarme su calidez, apoyo y confianza frente a todas mis incertidumbres. Más allá del rumbo final que tomó, éste se alimentó de distintos momentos y personas que de una u otra manera formaron parte del camino como Mónica Lacarrieu y María Inés Pacecca. También agradezco especialmente a Cynthia Pizarro por su colaboración y el material bibliográfico facilitado. En ese sentido hago un reconocimiento especial a la Universidad pública que hace posible esta instancia y que para mí significa un espacio al cual debo infinitas experiencias enriquecedoras. Por lo que incluyo aquí con un poco de nostalgia a todas las amistades, compañeros y maestros que me rodearon.

Al equipo que trabaja en el valle de quienes aprendo y con quienes disfruto de cada ocasión compartida. Gracias a mi compañera y amiga Avelina Brown, a su familia y a Marina Vega y sus abuelos, por recibirme en Tucumán. Por los ánimos de mi familia y amigos, en especial a Germán por su compañía y ayuda en todo este proceso.

ÍNDICE:

ÍNDICE:	4
RESUMEN	5
1. INTRODUCCIÓN	8
1.2 CONTEXTUALIZACIÓN DEL ÁREA DE ESTUDIO	8
1.3 ASPECTOS METODOLÓGICOS	14
1.4 MARCO CONCEPTUAL	24
2. ANTECEDENTES LOCALES Y REGIONALES	30
2.1 LA INTERACCIÓN HISTÓRICA ENTRE POBLACIONES DE LA PUNA Y DEL ÁREA VALLISERRANA	30
2.2 ARTICULACIÓN SOCIAL: ECONOMÍA DOMÉSTICA Y MOVILIDAD ESPACIAL	33
2.3 LA AGROINDUSTRIA AZUCARERA: LOS INGENIOS Y LA MANO DE OBRA TEMPORARIA	36
3. EL VALLE: UN TERRITORIO CAMPESINO “ANDADO”	46
3.1 DE LAS ACTIVIDADES SOCIOPRODUCTIVAS Y LA ORGANIZACIÓN FAMILIAR	47
3.2 LOS VIAJES PARA EL INTERCAMBIO DE PRODUCTOS	55
4. LOS LUGARES Y EL TRABAJO DE LA ZAFRA	63
4.1 LOS DESTINOS	65
4.2 LOS VIAJES A LOS INGENIOS: “CAMIONADAS” Y TRENES	75
4.3 EL TRABAJO RELATADO: “LINDO” Y “FIERO”	77
5. LAZOS SOCIALES Y MOVILIDAD A LA ZAFRA	86
5.1 ALGUNOS ACTORES DE LA ZAFRA	87
5.2 LAZOS FAMILIARES Y COMUNITARIOS EN TENSIÓN	106
6. MOVILIDADES ESTRUCTURADAS Y PRÁCTICAS VALORADAS	114
6.1 LAZOS SOCIALES EN ACCIÓN	114
6.2 LA LLEGADA DE LAS MÁQUINAS: NUEVOS SURCOS	118
6.3 LA PRÁCTICA DE “ANDAR”	125
PALABRAS FINALES	131
BIBLIOGRAFÍA	136

RESUMEN

El presente trabajo se enmarca en el vínculo establecido entre la comunidad rural de El Bolsón, que habita un valle al noroeste de la provincia de Catamarca, y un grupo de investigadores, principalmente de las Universidades Nacionales de Tucumán y de Catamarca, al cual me he sumado desde el año 2012¹. El mismo es resultado de los encuentros compartidos con los interlocutores y de mis inquietudes personales que han girado siempre en torno al tema de la movilidad espacial².

La población de los parajes del valle El Bolsón obtiene actualmente sus ingresos a partir de la combinación de la cría de ganado menor, artesanías, y cultivos en menor medida, empleo municipal o en instituciones de educación y salud, pensiones jubilatorias o asignaciones familiares, y a través del sector terciario o actividades extra prediales. Como población campesina, se ha dedicado tradicionalmente a una producción agrícola ganadera de mano de obra familiar, cuyas actividades derivadas y la explotación de recursos naturales la incluían en extensos circuitos de intercambio de productos o *cambalacho*³ relacionados a su ubicación intermediaria entre el ambiente de puna y valles bajos, implicando una habitual movilidad espacial en la zona. En décadas anteriores a la mitad del siglo XX estas actividades productivas comenzaron a ser alternadas con el empleo estacional en los ingenios azucareros de las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy. Esta movilidad temporaria que llegó a abarcar tres generaciones de lugareños se mantuvo hasta fines de la década de 1980, momento en que la mecanización de la cosecha disminuyó la demanda de mano de obra. A lo largo de mi trabajo de campo noté que la zafra marcó la vida de las familias del valle, lo cual se expresaba en su recurrente aparición en los relatos remitiendo a los territorios recorridos, experiencias “lindas” y

¹ En el marco del Proyecto de Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica “Paisaje agrario, cultivos andinos e identidad. Una interacción entre la arqueología, historia ambiental y redes de promoción social”.

² En este trabajo me tomo el atrevimiento de retomar algunos momentos de las vidas de las mujeres y hombres de los pueblos de El Bolsón, con la intención de contribuir a la comprensión del modo en que se vivieron determinados procesos sociohistóricos en nuestro país. A pesar de constituir un análisis incipiente los desaciertos o errores me pertenecen todos.

³ Haré referencia a los regionalismos y a las categorías analíticas en cursiva.

“fieras”⁴, o evocando miembros familiares que han permanecido definitivamente en las zonas de ingenios. En base a esto, en la presente Tesis propongo analizar el proceso de movilidad a la zafra azucarera durante el período comprendido entre las décadas de 1940 y 1980 entre los pobladores de El Bolsón, vinculándolo a las prácticas socioeconómicas y al imaginario local. Parto del supuesto de que ir a la zafra formaba parte de una práctica de movilidad espacial local, tradicional, que es valorada positivamente por los sujetos.

En el Capítulo 1 contextualizo en forma general al universo de estudio remitiendo a su particular ubicación geográfica como límite entre la puna y los valles bajos. Me refiero al trabajo desarrollado por el equipo de arqueología en el lugar y realizo una breve reseña histórica y sociodemográfica del mismo y del oeste catamarqueño. Por otro lado retomo los aspectos metodológicos y conceptuales que incidieron en el proceso de formulación del problema de investigación, que ha llevado mucho tiempo como resultado del trabajo de campo y el replanteo de mis conocimientos previos en la temática migratoria cuyas categorías analíticas fui desnaturalizando para el correspondiente estudio.

En el Capítulo 2 remito a tres ejes centrales que contextualizan el planteo de este trabajo. Por un lado la histórica interacción regional entre la puna y el área valliserrana de la que forma parte el valle El Bolsón. Luego los trabajos antecedentes al presente estudio de caso que refieren a la articulación entre las economías domésticas de poblaciones aledañas y la sociedad mayor, en la cual las distintas características de las primeras estimulan la movilidad a la zafra. Finalmente, el desarrollo de la agroindustria azucarera como marco estructural y las distintas miradas analíticas acerca de los factores argumentativos sobre el fenómeno de movilidad a los ingenios.

En el Capítulo 3 reconstruyo la dinámica socioeconómica del valle El Bolsón durante el período en que los pobladores actuales se movilizaban a trabajar en la zafra azucarera (entre las décadas de 1940 y 1980), y analizo los viajes de intercambio de recursos entre la puna y valles bajos como *prácticas de movilidad espacial local*.

⁴ Haré referencia a las categorías nativas y a las citas textuales de la bibliografía consultada en entrecomillado.

En el Capítulo 4 presento el recorrido por los ingenios azucareros de acuerdo a los relatos de los pobladores de El Bolsón. Allí indago el modo en que los espacios cobran sentido de *lugar* y el trabajo determinada valoración a través de la memoria social.

En el Capítulo 5 estudio la dimensión social del proceso de movilidad a la zafra azucarera, considerando la vinculación con el entramado de actores involucrados, sus roles, tensiones y la particularidad de la mirada femenina.

En el Capítulo 6 menciono las estrategias de los pobladores en relación al establecimiento de lazos sociales y las transformaciones socioproductivas de los ingenios azucareros que recurren a la mecanización de las cosechas. Por último, retomo el sentido otorgado por los pobladores a su acción, tanto al trabajo como a la movilidad, como parte de la práctica de “andar”.

Finalmente realizo una breve recapitulación del planteo del estudio y retomo los primeros resultados que se fueron tejiendo a lo largo de la Tesis junto al señalamiento de las líneas de investigación que permanecen abiertas a la profundización de futuros estudios.

1. INTRODUCCIÓN

1.2 Contextualización del área de estudio

1.2.1 Ubicación espacial y características generales

El universo de estudio concierne a la población rural que habita los parajes del valle del río El Bolsón, ubicado al noroeste de la provincia de Catamarca (Argentina), en el departamento de Belén, entre los 26°52' y 27°00' de Lat. Sud y los 66°41' a 66°49' de Long. Oeste. Se encuentra a 100 km de la ciudad cabecera del departamento y a 390 km de la ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca. Se accede al mismo a través de la Ruta Nacional Nº 40 y luego por las rutas provinciales Nº 36 y Nº 43, y pertenece a la jurisdicción del distrito de Termas de Villa Vil, por cuya homónima localidad se pasa para ingresar al valle (Ver Figura 1). Ha sido denominado como un “valle de altura” (2.900-2.500 msnm) en cuanto a sus características ambientales que lo llevan a ubicarse entre el ambiente de puna y de valles bajos⁵. Posee una extensión de 20 km que sigue el curso del río El Bolsón de norte a sur y un ancho de 2 km, y linda con los pequeños valles de Los Morteritos-Las Cuevas y Rodeo Gerván. Sus límites geográficos naturales están delimitados hacia el noroeste por la Sierra de Papachacra y los medanales ubicados en la Quebrada de Randolpho; al noreste por las Sierras de Chango Real; al este por las Sierras de Las Cuevas y al sur por la Cuesta de Indalecio en la Sierra de Hualfín (Korstanje 1994). El clima se corresponde al tipo Templado Árido de Sierras y Bolsones y se caracteriza por contrastes de temperatura y monto pluvial entre el invierno y el verano (Cortés *et al.* 2012).

La población del valle⁶ se distribuye espacialmente en pequeños caseríos dispersos (Ver Figura 2) siguiendo el curso del río y vegas, al igual que el recorrido del camino (Ruta

⁵ Constituye una zona ecológica de transición, también caracterizada como borde de puna, que limita con poblados ubicados a 3.400 msnm aproximadamente, como Laguna Blanca o Antofagasta de la Sierra, y con valles bajos como el caso de Hualfín, ubicado a 1.800 msnm aprox. (Korstanje y Aschero 1996).

⁶ Según datos del Censo de Población y Vivienda 2001 el Radio n° 5 conformado por todos los parajes y puestos alrededor de la localidad de Barranca Larga cuenta con 435 personas. Entre las características demográficas generales, resulta notable el comportamiento según la variable de grupos de edad. En su interior la franja de edad de 0-14 años suma el 45% de la totalidad, proporción que comienza a caer a partir

P. N° 43) que fue construido en el año 1978 y que une Antofagasta de la Sierra con San Fernando del Valle de Catamarca. Su mayor parte se agrupa en la localidad de Barranca Larga, ubicada en el sector central donde se encuentra la Delegación Municipal y las principales instituciones y servicios. Los parajes que conforman el paisaje rural del valle son de norte a sur: Nacimientos de San Antonio; Lampasillo (conformados por pocas familias emparentadas); Yerba Buena (que cuenta con la Escuela N° 131 El Alto del Bolsón); Cura Quebrada; Barranca Larga (donde está la Escuela Albergue N° 420 y Escuela Secundaria Rural N° 32, la Posta Sanitaria, una Iglesia, el polideportivo, la Planta procesadora de fibras naturales, el Museo Rural Comunitario y algunos almacenes); El Bolsón (que posee un Templo evangélico y la estafeta de Correo); y Cotagua, sector compuesto por muy pocas familias ubicado justo antes de ingresar a Villa Vil.

de los 15 años de edad iniciando una tendencia en descenso y de escasa recuperación (Molina Pico *et al.* 2013). Según los números manejados por el agente sanitario de Barranca Larga, en el Censo de Población y Vivienda 2010 se registraron 524 habitantes, por lo que su población habría aumentado un 20% en ese decenio.

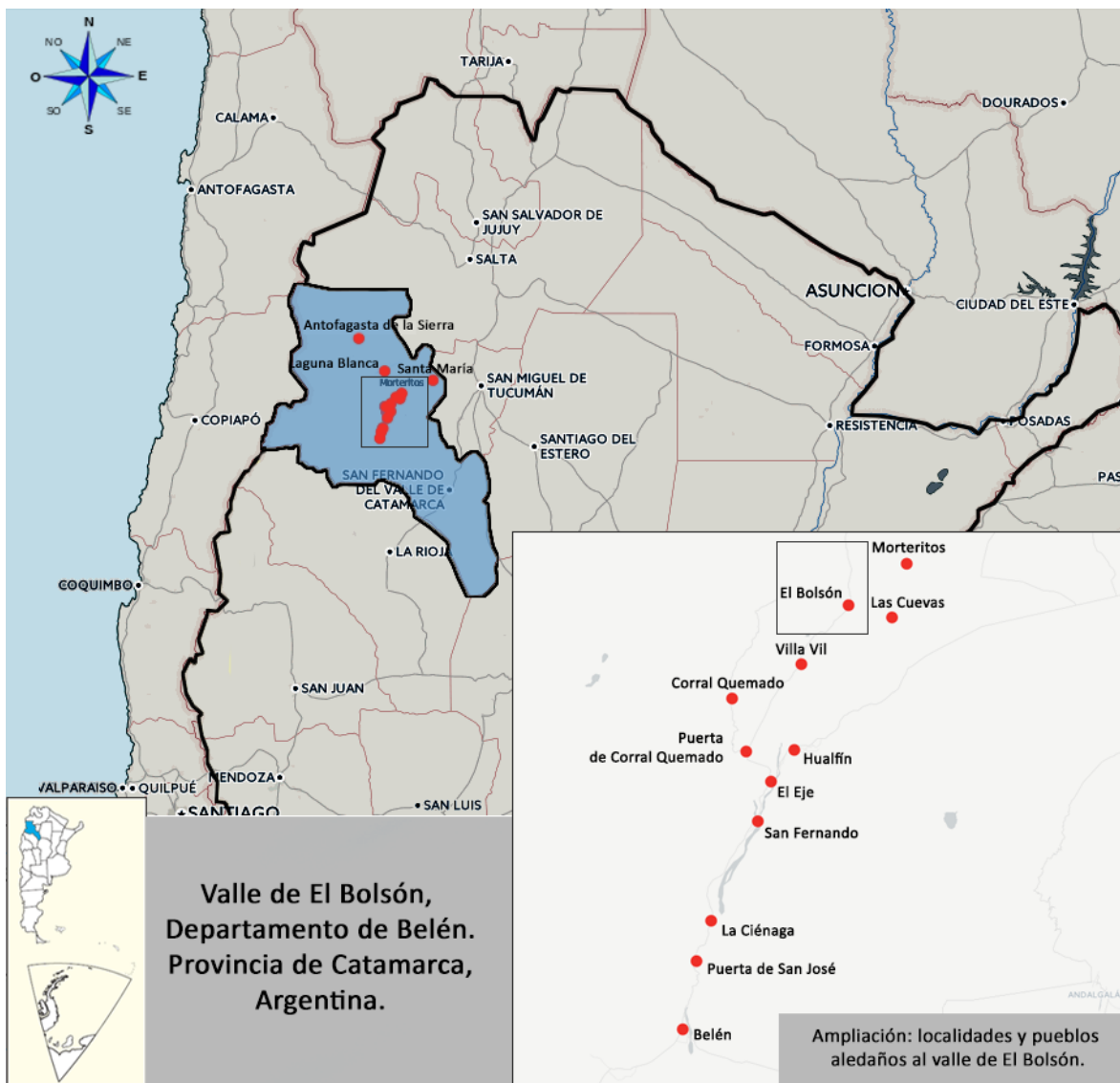


Figura 1. Ubicación del valle El Bolsón y localidades aledañas. Catamarca (Argentina). Elaboración propia.



Figura 2. Parajes que conforman el valle El Bolsón. Elaboración propia sobre imagen satelital de Bing Maps.

1.2.2 El equipo de investigación en el valle

El valle había constituido más bien un área de paso para los arqueólogos que investigaban la puna y valles bajos como Hualfín o Santa María durante el siglo XIX, por lo que la investigación sistemática comenzó a principios de la década de 1990, cuando el IAM⁷ inició sus campañas arqueológicas, que contaban con observaciones anteriores que un equipo del INAPL⁸ fue realizando en el transcurso de sus viajes a Antofagasta de la Sierra (Korstanje 2010). Con el tiempo se fue generando una modalidad de trabajo en interacción con las demandas de la comunidad local, que condujo al desarrollo de proyectos comunitarios y a una ampliación de las temáticas abordadas a partir del año 2008 con la incorporación al equipo de investigadores de la Universidad Nacional de

⁷ Instituto de Arqueología y Museo de la Universidad Nacional de Tucumán.

⁸ Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.

Catamarca y de Jujuy. Los proyectos realizados, como la construcción del "Museo Rural Comunitario"⁹, y en curso, como la radio comunitaria "Ecos del Chango Real", incluyen una actividad continua a través de instancias de participación local como talleres y capacitaciones. En los últimos años se comenzó a trabajar en conjunto con la Red de Desarrollo Económico y Social para el Territorio de la Jurisdicción de Termas de Villa Vil Depto. Belén, en la que forma parte el Municipio de Villa Vil, el INTA¹⁰, la Dirección de Ganadería de la Provincia, la Comisión Aborigen de Morteritos-Las Cuevas y otros agentes públicos y privados, y se han delineado otros proyectos relacionados a la preservación y uso del patrimonio cultural y natural en un contexto de incipiente turismo facilitado por constituir una zona de paso hacia la más visitada región puneña.

De acuerdo a las investigaciones realizadas, la ocupación de El Bolsón se remonta al Holoceno Medio (5.000 a.C. a 1.000 a.C.) y abarca los períodos Formativo (aprox. 1.000 a.C. a 1.000 d.C.), Desarrollos Regionales y probablemente Colonial (Korstanje 2010). Principalmente se ha trabajado en la reconstrucción del paisaje social y dinámica territorial del primer milenio de nuestra era, período durante el cual el valle se conformaba por conjuntos de aldeas vinculados a espacios agrícolas de arquitectura permanente y a otros sitios de ocupación discontinua en zonas con mayor disponibilidad de recursos, como también sitios relacionados al tráfico caravanero. Se ha relevado un complejo trabajo campesino durante el período Formativo, representado en la variedad de cultivos y técnicas agrícolas utilizadas como la construcción de parcelas aterrazadas o canales de riego (Quesada 2014).

A partir del año 1.000 d.C. de la mano de transformaciones políticas a nivel regional, se registraron indicios de conflictividad, aunque de menor grado respecto de

⁹ La idea de la construcción del Museo Rural Comunitario de Barranca Larga se originó en una asamblea local en 2007, comenzó a construirse en 2009 (a cargo del gobierno municipal a través de regalías mineras) y se inauguró en Agosto de 2011, momento a partir del cual la comunidad organiza una fiesta de aniversario cada año. Mediante el financiamiento de proyectos se ha trabajado en conjunto con la comunidad en la elaboración de la muestra y guión museográfico, como en la capacitación de los promotores culturales locales. El mismo se presenta no tanto como un museo tradicional, sino como un lugar de encuentro, un espacio de reflexión, reconocimiento y apropiación por parte de la población local (Korstanje y Carrera 2012).

¹⁰ Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria.

otros valles bajos, manifestados en representaciones rupestres, ocupaciones alejadas y de defensa del tipo “pucara” y cerámica Aguada de fechado tardío (Korstanje 2005). A través de otros sitios arqueológicos como La Angostura, que remite al Período de Desarrollos Regionales (siglos XI-XVI), se ha registrado un proceso de desarticulación de la infraestructura productiva agrícola prehispánica (Quiroga 2005a). En ese sentido se investigaron las transformaciones que el dominio colonial generó en el valle, las que indicaron una reorientación productiva con tendencia a espacios ganaderos articulados con redes mercantiles extra regionales (Quiroga 2005b).

1.2.3 Reseña de la historia socioeconómica y demográfica del oeste catamarqueño

Las tierras de El Bolsón fueron solicitadas hacia 1687 como merced real¹¹ por Bartolomé de Castro que, a pesar de ya poseer estancias en la zona, buscaba extender sus terrenos al norte de Belén (Quiroga 2003). Los documentos de los siglos XVII y XVIII analizados por L. Quiroga remiten al lugar como valle de *Cotahua* coincidiendo con todas las referencias ambientales, geográficas que identifica la autora. El nombre utilizado en los documentos se corresponde con la Laguna Cotagua que actualmente se puede visitar en el paraje homónimo en el sector meridional del valle. Tras haber sufrido un proceso de fragmentación, las tierras quedaron en manos de la rama familiar Castro y Aybar constituyendo un potrero que incluía arrendatarios atacameños¹² y articulado a las chacras de Hualfín (Quiroga 2003: 314 y 327). Los potreros conformaban unidades productivas para la invernada de animales que se trasladaban en pie hacia los mercados de Potosí mientras la zona se mantuvo articulada al Alto Perú y a Chile con la creación del Virreinato del Río de La Plata (1776).

Durante la segunda mitad del siglo XIX, el departamento de Belén participaba activamente en la economía regional destinando sus pasturas para los mulares requeridos

¹¹ Luego del cese de las guerras calchaquíes (1666) se llevó a cabo un proceso de apropiación de tierras y mano de obra a través de las instituciones coloniales “merced de tierras” y “reparto de indios” en favor de quienes habían ayudado en las campañas militares.

¹² Para mayor conocimiento sobre la diáspora atacameña consultar Rodríguez 2008.

para la explotación de Mina Capillitas (depto. de Andalgalá) y proveyendo alimentos para sus trabajadores (Herrán 1972). Con la implementación del modelo agroexportador a fines de siglo XIX, la situación económica de la provincia de Catamarca entró en crisis considerando los altos impuestos fijados a la actividad minera, el cese del comercio interregional tradicional con Chile y el noroeste, y su marginación de los nuevos ejes de circulación económica tras el trazado férreo (Bazán 1992). Por añadidura entró también en un estancamiento demográfico (su población aumentó sólo en 10.000 habitantes entre 1895 y 1914) que podría comprenderse por la masiva salida de mano de obra catamarqueña hacia la zafra azucarera tucumana, de modo tal que más de la mitad de los catamarqueños que residían fuera de su provincia (que eran casi el 40% de su población total) se encontraban en Tucumán durante el Censo de 1914 (Bazán op. cit.).

Entre 1914 y 1947 la emigración de catamarqueños se mantuvo constante (Miatello 1960), y específicamente para los departamentos del oeste (Ej. Belén), el crecimiento poblacional tendió a disminuir exhibiendo bajos índices de masculinidad y el envejecimiento de su población entre 1947 y 1960 (Geldstein de Moyano 1974). El modelo de desarrollo basado en la industrialización para la sustitución de importaciones orientó las migraciones de catamarqueños de zonas rurales a zonas industriales como Córdoba y Buenos Aires, y posteriormente a ciudades medias mayormente de la región patagónica, manteniendo un saldo migratorio negativo hasta 1980 (Atlas Catamarca). A partir de ese año, la tasa de crecimiento de la población catamarqueña aumentó progresivamente, cuestión asociada a la política de empleo público que retuvo parte de la población activa y disminuyó el desempleo. Entre los departamentos del oeste, Belén presentó mayor densidad y crecimiento poblacional reteniendo población rural entre los censos de 1980 y 1991 (Bazán 1996 y República Argentina 1997 en Mastrangelo 2004: 42).

1.3 Aspectos metodológicos

1.3.1 Proceso de formulación del problema de investigación

La primera visita al valle tenía como objetivo conocerlo y ver qué posibilidades había allí para trabajar desde la antropología social en la medida en que ya había un

equipo en el lugar, mayormente formado por arqueólogos, que venían desarrollando diversos proyectos con incidencia comunitaria. La llegada al lugar fue un poco promovida por la oportunidad de acceder a un campo donde realizar la tesis de licenciatura de la carrera, y en gran parte motivada por conocer de primera mano el trabajo generado en conjunto entre las personas de las universidades intervinientes y los pobladores del lugar.

Uno de los lineamientos por los que me guié para las primeras observaciones remitía a la historia local y a la vinculación de la comunidad por lazos de parentesco, por lo que casi sin buscarlo, me relacioné principalmente con gente mayor. Puede ser que por eso entre los temas recurrentes en las charlas con los lugareños se repetía la referencia a “la zafra”, ya que eran los pobladores más grandes los que habían pasado por esa experiencia. Me llamó la atención que fuera un tema de conversación que siempre surgía con pobladores de los distintos parajes del valle y que las historias se remontaran a generaciones anteriores. A su vez, me asombraba por todos los lugares mencionados por donde habían andado, no sólo correspondientes a las localidades donde se ubicaban las plantaciones de caña de azúcar sino que remitían a otros trabajos realizados fuera del valle. Por lo que mi inquietud inicial era por la movilidad en general, que aparentemente parecía muy arraigada al lugar en la medida en que se repetían anécdotas de viajes a corta distancia. También parecía muy presente ya que en cada familia que conocía me iban indicando la residencia actual de cada uno de los miembros, generando una imagen de familias repartidas por todo el país.

Así es como inicialmente me interesó vincular la movilidad con el espacio familiar preguntándome por las prácticas familiares en función de los desplazamientos, cómo se organizaban las familias cotidianamente para vivir en la frecuencia de la movilidad. Pero, como particularmente me asombraba la cantidad de años que habían trabajado en la zafra, por lo que suponía que había implicado una experiencia importante en la comunidad, decidí hacer foco puntualmente en esa experiencia de movilidad. Entonces las primeras preguntas remitían a quiénes se movilizaban, quiénes se quedaban, cómo era la dinámica local durante la temporada de la zafra, por lo que iban apuntando a preguntas más generales: ¿qué mecanismos comunitarios y prácticas familiares facilitaron la

persistencia de esa movilidad estacional? ¿Cómo se inscribe dicha movilidad en las biografías familiares y personales?

Con los sucesivos viajes al campo se me fueron suscitando diferentes preguntas y también de acuerdo a la lectura bibliográfica realizada se fueron generando nuevos cuestionamientos: ¿Por qué se movilizaban a los ingenios azucareros todos los años? ¿Qué factores intervenían en la decisión migratoria y en la continuidad de aquel proceso? ¿Cómo se relacionan las migraciones a la zafra con la dinámica propia de la comunidad del valle de El Bolsón?

Con el transcurso del tiempo, mientras consultaba bibliografía en temática migratoria temporaria, notaba que la explicación de los desplazamientos solía focalizarse en dos aspectos. Por un lado, en las disparidades del desarrollo regional resultando áreas más desarrolladas cuyos salarios atraían poblaciones de otras áreas caracterizadas como expulsoras de población, por lo general “campesinos de subsistencia”. Por otro lado, en el proceso de asalaramiento de familias campesinas que se volvían cada vez más dependientes de las zonas industriales como resultado del avance del capital. Pero mi inquietud pasaba por otro lado, ¿podrían comprenderse estos desplazamientos habituales durante décadas, desde una lógica local? ¿Qué significa para sus actores esta experiencia? ¿Cómo la interpretan desde el presente?

En relación a lo anterior, decidí para esta instancia de investigación focalizarme en el análisis del proceso de movilidad a la zafra azucarera durante el período comprendido entre las décadas de 1940 y 1980, en tanto corresponde al ciclo de trabajo en la cosecha por parte de los pobladores actuales de El Bolsón. Para el análisis del proceso mencionado para este caso de estudio, tendré en cuenta las prácticas socioeconómicas locales durante ese período y al mismo tiempo consideraré el imaginario de sus pobladores en el presente.

Con el fin de abordar dicha problemática, en primera instancia indagaré las prácticas relacionadas a la movilidad espacial en la historia local y regional. Por otro lado, identificaré la dinámica socioeconómica local durante el período en que trascurrieron los

viajes a la zafra, y describiré el proceso de movilidad a la cosecha considerando los diferentes destinos, actores sociales involucrados y las estrategias desarrolladas por la población local. A su vez, analizaré las representaciones de los sujetos sobre aquel proceso de movilidad y trabajo en la zafra.

Los objetivos mencionados se desprenden del supuesto de que movilizarse a la zafra azucarera formaba parte de una práctica de movilidad espacial local y tradicional en el valle de El Bolsón, que es valorada positivamente por los sujetos de la comunidad. Con esto me refiero al interés por contextualizar una posible migración laboral de tipo temporaria dentro de una historia de movilidades en la región y, a su vez, comprenderla considerando el modo en que los pobladores reconstruyen esa experiencia y otorgan sentido a los lugares recorridos.

1.3.2 Experiencia de trabajo de campo en una comunidad rural

Han sido cuatro en total los viajes al campo, todos distintos y muy enriquecedores en diferentes sentidos. Los primeros tres se hicieron en el marco de campañas arqueológicas de dos semanas de duración, y el último, que fue de menor duración, se dio en el marco del festejo del tercer aniversario del Museo Rural Comunitario de Barranca Larga.

El primer viaje, que transcurrió durante la última semana de noviembre y la primera de diciembre del año 2012, consistió en una primera aproximación al lugar por lo que me dediqué a conocer su gente, que me recibió con gran amabilidad. El equipo de arqueología realiza sus actividades en “el alto”, instalándose directamente en el cerro, por lo que permanecí sola en el Museo la primera semana aguardando ansiosa la llegada de quien sería luego mi gran compañera de “aventuras”. Durante ese tiempo, vivido en parte como una situación de extrañamiento, me han acompañado dos de los jóvenes que trabajan en el Museo, Emilce y Elmer, por lo que las primeras presentaciones resultaron fluidas gracias a su compañía. Ellos tienen una especial inquietud acerca de sus raíces e

ilusión sobre los proyectos en curso, por lo que en varias oportunidades las entrevistas las realicé con su presencia. Fueron quienes me presentaron ante figuras clave a nivel local como el enfermero, el agente sanitario y los directores de las dos escuelas que hay en el valle. Por otro lado, la presentación con el delegado municipal y la propietaria del único hospedaje-comedor e importante comercio del lugar, fue a través de Alejandra, que es quien dirige el equipo de investigación. Al formar parte de un equipo compuesto en gran parte por arqueólogos, asociaban mi presencia con dicha actividad o con la geología, por lo que me veía en la frecuente dificultad de diferenciar mis intereses particulares, explicación que tendía a remitir a la historia reciente del valle y por la vida presente de sus pobladores. En ese viaje me relacioné entonces con la conformación de la población, sus lazos familiares, y junto con mi compañera, con quien compartí gran parte de las observaciones y entrevistas, recorrí el valle conociendo familias alejadas de “la mesada” (donde se emplaza el Museo en Barranca Larga). La población que conforma los parajes está relacionada parentalmente por lo que es posible ir recorriendo los grupos familiares al mismo tiempo que se circula por el valle. Contactarse al menos con un miembro de un hogar en uno de los parajes, posibilita el acceso al resto de las viviendas y el vínculo ampliado al grupo familiar.

En el segundo viaje, durante el mes de Septiembre 2013, me encontré con una imagen más invernal del valle, ya que para esa época suelen continuar las heladas. Fui con parte del equipo de arqueólogas que al trabajar en un “sitio” diferente y más cercano, se alojaron también en el Museo. Era una alegría inmensa volver después de casi un año para seguir conociendo familias asentadas en otros sectores del valle y con preguntas más orientadas a la temática elegida para la Tesis, ya que en los meses previos me había dedicado a la revisión bibliográfica de los trabajos acerca de la mano de obra estacional que acudía a los ingenios azucareros. En ese sentido, la vuelta al campo implicó una mezcla de ansiedad, por explorar las líneas de investigación relevadas, e incertidumbre por si las personas conocidas previamente me recordarían.

En los siguientes dos viajes al campo los encuentros fueron más espontáneos, con menos entrevistas grabadas y mi “atención flotante”¹³ durante las conversaciones, que en algunas oportunidades fueron compartidas con gente del equipo y en otras fueron realizadas de forma individual. También me resultó más fácil la comprensión discursiva en comparación con las primeras ocasiones, dado que me fui acostumbrando a la forma de hablar vallista y sus modismos. Dentro de las particularidades del trabajo de campo en comunidades rurales, señalaría la dificultad para las comunicaciones, la lejanía de los hogares que implicó a veces desencuentros con los pobladores y una continua reelaboración de los cronogramas de trabajo. Como también la fluida movilidad a Belén, a donde muchos pobladores viajan por trámites o por atención médica pudiendo permanecer con familiares o en las propias casas que poseen en dicha ciudad. De los 128 hogares aproximados que conforman El Bolsón he accedido a 29 y revisitado a 11 grupos domésticos en los sucesivos viajes. Por lo que el campo de investigación delimitado espacialmente remite a la circunscripción del valle, pero tomando al campo de investigación como una red de relaciones (Bourdieu y Wacquant 1995), el campo de estudio incluyó la visita a lugares que por la interacción de los sujetos forman parte del universo vallista, como Belén e incluso Buenos Aires¹⁴.

1.3.3 Estrategias de campo y recorte metodológico

Las estrategias de campo utilizadas fueron modificándose a lo largo de las visitas y de acuerdo al estado de formulación del problema y del avance en la investigación. Principalmente las técnicas utilizadas consistieron en observaciones, participaciones en

¹³ Este concepto, que corresponde a una premisa de las entrevistas antropológicas, implica que el investigador se mantenga en un modo de “escucha” permanente sin priorizar de antemano ningún punto en el discurso, que suele derivar en verbalizaciones más prolongadas por parte del entrevistado. De este modo se podrán identificar temas y conceptos que la población expresa por asociación libre, los cuales representan nudos problemáticos de su realidad social (Guber 2001: 33).

¹⁴ Muchos familiares residen en el Gran Buenos Aires, principalmente en los partidos de José C. Paz, Benavídez y Florencio Varela. Hasta el momento he visitado junto a mi compañera de equipo a una sola familia cuyo padre, oriundo de Nacimientos de San Antonio, migró a Buenos Aires treinta años atrás y actualmente trabaja como encargado de un edificio en Capital Federal.

eventos comunales, charlas informales y entrevistas abiertas y semi estructuradas grabadas.

También he consultado algunas fuentes como material secundario, tal como parte de las libretas de campo de las campañas arqueológicas de V. Weisser en 1924, que fueron indagadas en búsqueda de referencias a la sociedad local y su dinámica socioeconómica. Lamentablemente no he accedido a un corpus de documentación histórica particular del valle, más allá de la información obtenida a través de los “Libros Históricos” de la Escuela pero que no dan continuidad a la historia del lugar. El primero de los libros consiste en la recopilación de actas y documentos entre 1919 y 1920 que fueron dirigidos a la Escuela Ambulante¹⁵ por parte del Ministerio de Educación de la Nación, y el otro libro incluye información intermitente recién a partir de 1974. Por otro lado, me fue posible consultar actas de bautismo de 1913 y censos de 1895¹⁶ en donde figuran algunos de los primeros ocupantes del valle recordados entre los pobladores actuales. En una oportunidad he visitado el Registro Civil de Villa Vil (a 18km de Barranca Larga) junto a mi compañera, en donde pudimos consultar algunas actas de nacimiento, matrimonio y defunción a partir del año 1973. Anteriormente los pobladores solían registrarse en Hualfín o Corral Quemado, sitios a donde no he tenido acceso.

En el primer viaje fundamentalmente he registrado charlas informales y entrevistas abiertas con el fin de entablar conversaciones descontracturadas, orientadas por preguntas que no se respondieran por sí o por no exclusivamente. En las primeras instancias de comunicación, fundamentalmente con gente mayor y representantes de instituciones, como reflexión metodológica señalaría dos cuestiones. Algunos de los abuelos entrevistados ya estaban familiarizados con el contexto de entrevista debido al

¹⁵ El régimen ambulante consistía en el funcionamiento de la escuela nacional (por ley 4874) durante tres meses en cada estación o localidad, elegida según la proximidad de niños en edad escolar. En este caso la Escuela Ambulante “N” funcionaba en Villa Vil, Barranca Larga y Laguna Blanca en casas particulares cedidas gratuitamente, a partir de 1920 y bajo la dirección de Isaac Aybar.

¹⁶ La documentación se encuentra en los archivos de la Parroquia Ntra. Señora de Belén disponibles en el sitio www.familysearch.org

taller de Historia Oral¹⁷ realizado previamente en el Museo Rural, por lo que contaba de alguna manera con la ventaja de su familiaridad con el uso de un grabador y con las normas de interacción características de una entrevista formal (Briggs 1986). Pero a la vez, esta ventaja implicó que mis interlocutores presumieran de antemano qué era lo que yo quería escuchar. Por lo que noté en esos casos que hacían especial hincapié en la confrontación de la vida de “antes” y la de “ahora” posiblemente de acuerdo a los lineamientos del taller. Por otro lado, me vi personalmente influenciada por otras entrevistas realizadas anteriormente y en un contexto diferente, que respondían a la reconstrucción de trayectorias migratorias, constituyendo un sesgo del cual me fui apartando.

En consonancia con la reformulación del problema de investigación a partir del cual se suscitaban preguntas más específicas, en la segunda estancia en el valle, realicé entrevistas de formato más estructurado con las personas entrevistadas anteriormente que se desempeñaron entonces como *informante clave*. Si bien esos encuentros fueron precedidos por la formulación de un cuestionario más restringido, éste funcionó a modo de guía. Se ha señalado que en las entrevistas estructuradas prevalece la idea de entrevista del investigador, que es quien formula las preguntas y espera que el entrevistado se “subordine” a su dinámica, su cuestionario y sus categorías (Guber 2001). En cambio en la entrevista etnográfica, el investigador formula preguntas cuyas respuestas se convierten en nuevas preguntas y se mantiene atento a los indicios que despliega el informante para acceder a su universo cultural (Guber op. cit.). En este sentido he registrado también los actos meta comunicativos puestos en marcha en las entrevistas, para captar significados subyacentes a través de gestos, silencios, entonaciones, y repetición de frases y palabras que generalmente ocurría al final de los

¹⁷ En el marco del proyecto IBERMUSEOS “Hacia el fortalecimiento de la memoria desde un museo rural comunitario”, en 2011 se realizó un taller de capacitación en historia oral y lenguaje audiovisual (presentado por CDESCO- Centro Latinoamericano para el Desarrollo y la Comunicación Participativa) dirigido a los jóvenes locales con el fin de rescatar tradiciones orales y prácticas comunitarias (Korstanje y Carrera 2012). Además de la capacitación para el registro de entrevistas, uso de cámara fotográfica digital, grabador de voz y registro de objetos, durante el transcurso del taller se realizaron entrevistas a los abuelos de la comunidad de Barranca Larga y Morteritos-Las Cuevas.

enunciados. A su vez, con aquellas personas ya entrevistadas formalmente, intenté compartir momentos diferentes, como cuando realizaban sus actividades domésticas fuera del hogar en sus *rastrojos*¹⁸ o con los animales, con el fin de charlar en otros espacios.

Parto de considerar a la entrevista antropológica en términos de relación social en donde los datos que provee el entrevistado constituyen la realidad que éste construye con el entrevistador en ese encuentro (Guber 2001). En ese sentido tomo los relatos de los pobladores de El Bolsón sobre la zafra como instancias que producen *lugares*, transforman espacios en lugares (De Certeau 2000). Dice M. De Certeau que todo relato es un relato de viaje, que los relatos son recorridos de espacios, por lo tanto he prestado atención al recorrido discursivo de mis interlocutores que se iban deteniendo o avanzando en los sitios que encontraban significativos. Ese recorrido a través de los relatos veremos que puede transgredir las líneas establecidas por los mapas en la medida en que “allí donde el mapa corta, el relato atraviesa” (Ídem: 141). La narración oral posee la capacidad de componer espacios, verificarlos, confrontar y desplazar fronteras, por lo que a su vez, el relato privilegia una lógica de la ambigüedad convirtiendo “la frontera en travesía y el río en puente” (Ídem: 140 y 141). Esto me llevó a tomar, lo que a mí me parecían aparentes confusiones discursivas de los pobladores, como parte de la ambigüedad de la memoria que constituye las contradicciones en una fuente de acceso al significado subyacente en los relatos (Gordillo 2010). A su vez me costó comprender que el hecho de que no se atuvieran a fechas precisas, lo cual me desorientaba bastante, correspondiera a una forma distinta de experimentar el tiempo y a una manera más vivencial de relatar los acontecimientos históricos. Considero mis incertidumbres como parte del cuestionamiento clásico sobre el grado de veracidad de la memoria, como producto de la tensión tradicional entre oralidad y escritura, que es posible sobrellevar en la medida en que planteemos la memoria no como fuente de conocimiento de “lo que realmente sucedió” sino como objeto de reflexión en sí mismo (Ramos 2011).

¹⁸ Parcelas de tierra para sembradío.

Teniendo presente que en las entrevistas mi presencia podía condicionar el discurso de los pobladores, como así también la transcripción de los relatos constreñiría las voces vallistas, durante el proceso de escritura tuve muchas dudas respecto del modo de presentación del material. Intento ser lo más fiel posible a la reconstrucción de sus experiencias y su significación, por lo que para expresar su perspectiva particular retomo fragmentos de sus relatos a lo largo del trabajo, subrayando aquello que encuentro más relevante a los fines del estudio e indicando entre siglas la autoría de los mismos (aunque preservando su identidad).

El criterio para el recorte temporal del análisis del proceso de movilidad a la zafra azucarera, establecido entre las décadas de 1940 y 1980, corresponde a la trayectoria de vida de “los abuelos”, hombres y mujeres que viven hoy en El Bolsón, quienes conforman la principal fuente de relatos históricos del lugar. Constituyen una generación nacida entre fines de 1920 y 1940, que media entre la generación de “sus padres” que serían quienes comenzaron la habitual salida a la zafra, y la generación siguiente de “sus hijos” que participaron de la etapa final de aquel ciclo de movilidad espacial temporaria, en quienes también me he focalizado¹⁹. En su mayoría comenzaron a trabajar de forma estacional en la zafra durante la década de 1940 y fueron finalizando los viajes durante la década de 1980. Si bien a través suyo estoy al tanto de que sus padres ya tenían la costumbre de ir a la zafra (durante las primeras décadas del siglo XX) e incluso se ha señalado población catamarqueña como mano de obra de ingenios azucareros a fines del siglo XIX (Hermitte y Klein 1972; Herrán 1979; Campi 2000), he optado por centrarme en la experiencia de esta generación y específicamente en la reconstrucción de ese pasado.

¹⁹ Para este recorte ha sido de gran ayuda la reconstrucción de árboles genealógicos en la medida en que han permitido obtener una visión general en términos de proceso, respecto de las cambiantes ocupaciones y prácticas de movilidad en las diferentes generaciones.

1.4 Marco conceptual

1.4.1 Migraciones laborales en comunidades rurales del Noroeste argentino (NOA)

El estudio de la movilidad temporaria, y específicamente de tipo estacional, como sería el caso del desplazamiento a la zafra azucarera, se ha tratado desde diferentes enfoques, pero principalmente dentro del marco de una migración laboral. En este sentido, retomaré las posibles miradas analíticas considerando sus alcances y limitaciones para este particular caso de estudio.

Una perspectiva para referirnos a las también llamadas migraciones laborales agrícolas, implicaría pensar la articulación entre áreas de origen y de destino de los migrantes, en términos de relaciones de atracción y expulsión de acuerdo a disparidades regionales. Desde este enfoque, el fenómeno migratorio es explicado por la introducción de cultivos comerciales en un polo receptor que genera un mercado de trabajo estacional durante la cosecha, en la medida en que la mano de obra local no sea suficiente para cubrir esa demanda (Reboratti 1986). Al mismo tiempo, se explicaría por un real o potencial excedente de mano de obra estacional en el polo de emisión compuesto por minifundios de subsistencia. Esta articulación entre las áreas, mediante la migración estacional, permite que la producción agraria comercial se aproveche de las áreas marginales, explotándolas y transformándolas en cada vez más dependientes de condiciones externas (Reboratti 1986: 278).

El aprovechamiento sobre las áreas de subsistencia por parte del capital se vincula a otro posible enfoque analítico que implica plantear la movilidad estacional en términos de articulación entre modos de producción, el cual se contextualiza en algunos trabajos de la década de 1970 que intentaban superar la antropología estructural funcionalista a través de la aplicación de las categorías del materialismo histórico al estudio de sociedades pre capitalistas, por lo general africanas (Meillassoux 1977). De esa forma podríamos basar nuestro análisis en el reconocimiento de la conveniencia que conlleva la articulación entre la producción capitalista y la economía doméstica para la primera, tal como ha sido explicitado por C. Meillassoux. Desde un enfoque materialista, a propósito

de las migraciones temporarias, el antropólogo francés ha analizado el papel de la unidad doméstica campesina como lugar donde recae la reproducción de la fuerza de trabajo durante el período “muerto” de la actividad laboral. La misma constituye un espacio que al sistema capitalista le conviene conservar sin destruirlo del todo, para poder dar continuidad al modo de explotación.

Posteriormente, en el marco del estudio de migraciones temporarias en América Latina y específicamente respecto del trabajo estacional en la cosecha de caña de azúcar, se ha hecho hincapié en el proceso de asalaramiento de las comunidades rurales. Tal es el caso del campesinado del Noroeste argentino abordado a través del concepto de subsunción del trabajo al capital, de utilidad para estudiar la relativa autonomía campesina en términos de reproducción social (Abduca 1995). En ese sentido, retomando aportes de A. Stoler y A. Bartra principalmente, R. Abduca trabajó durante las décadas de 1980 y 1990 las posibilidades de control que mantenían las economías domésticas de la zona de Yavi (Jujuy) dentro de un contexto de dependencia salarial. De este modo, el debilitamiento de la economía de comunidades rurales fue asociado a la dependencia del trabajo asalariado en los ingenios azucareros, aunque se haya tratado de una proletarianización parcial (Reboratti 1978, 1983 y 1986; Bisio y Forni 1976; Rutledge 1987a y 1987b; Abduca 1995; Greco 2000; Isla 2009).

Retomando los posibles enfoques teóricos, se ha señalado que desde un abordaje de tipo materialista se podría caer en la explicación del comportamiento migratorio de los trabajadores y sus familias, por su “adecuación al proceso de acumulación capitalista” (Balán 1980: 11). A su vez, se ha mencionado que los enfoques de tipo histórico estructural que vinculan la movilidad de los trabajadores con la penetración del capital, no suelen incorporar la perspectiva de los actores (opciones, decisiones y representaciones de los migrantes y sus familias) ni el significado social de los movimientos (Bendini *et al.* 2001: 105). En ese sentido, considerar las migraciones temporarias y la consecuente desestructuración de la economía doméstica en respuesta al avance y demanda del capital, podría soslayar los procesos internos que por su parte dan cuenta de su mantenimiento e incluso recreación (Bendini *et al.* op. cit.). En base a eso, desde la

sociología rural se ha intentado en los últimos años posicionar a los migrantes como sujetos activos del proceso de movilidad. De ese modo destacan la interacción con otros actores e instituciones durante ese proceso, en la medida en que conciben a las prácticas migratorias como comportamientos espacialmente orientados por la demanda pero también por las capacidades, disponibilidades y redes socioculturales (Bendini *et al.* 2011: 144). De esta forma, podemos comprender las prácticas migratorias como un resultado complejo de condicionamientos estructurales y micro sociales, incorporando la acción social en la experiencia migratoria como respuesta activa a situaciones estructurales (Bendini *et al.* 2001 y 2011).

1.4.2 Una mirada desde la movilidad y las prácticas espaciales

En los últimos años se ha propuesto un nuevo abordaje dentro de los estudios migratorios que amplía la mirada analítica a un nuevo “paradigma de la movilidad” (Tarrius 2000 y 2010; Lara Flores 2010; Faret 2010). Estos autores parten de la premisa de que las migraciones de trabajo constituyen “hechos de movilidad” que incorporan distintas dimensiones, no sólo económicas sino sociales, culturales y políticas, movilizando redes sociales e intercambios diversos (Lara Flores 2010: 7). Desde un enfoque *espacial* destacan la capacidad de los sujetos por circular, recorrer y apropiarse de espacios (Lara Flores 2010), apelado por Tarrius (2010) como el “saber-andar” o “saber circular”. Desde una antropología del *movimiento* (Tarrius 2000), el autor propone el concepto de “territorios circulatorios” para aludir a la capacidad de los actores colectivos de otorgar sentido social a los espacios. Por lo que estos territorios, llamados también “territorios de movilidad”, suponen la socialización de espacios que se constituyen en soportes de las *prácticas de movilidad* de los sujetos (Tarrius 2010). Esta densidad social de los espacios circulados está relacionada con la memoria colectiva que se articula a los recorridos de las personas (Tarrius 2000: 54-56).

En este sentido resulta importante retomar algunos aspectos centrales del concepto de *memoria* utilizado en las ciencias sociales. Los estudios de memoria han ido reorientando su conceptualización desde los distintos campos de investigación, por lo que ha sido considerada por un lado desde una tradición histórica clásica, como un reservorio de los acontecimientos pasados remitiendo a los hechos “que verdaderamente sucedieron”, y posteriormente se ha hecho hincapié en su aspecto colectivo²⁰ y social (Connerton 1989). Desde esa línea se ha destacado la capacidad de creatividad de la memoria que hace *usos del pasado* (Hobsbawm y Ranger 1989), el cual está inexorablemente vinculado y condicionado al presente social de las personas y grupos involucrados en el proceso. En esta instancia tomo a la memoria, no únicamente como fuente de la historia local tal como he hecho referencia anteriormente, sino como un “modo de iluminar (...) experiencias del pasado y un campo de interlocución sobre los modos posibles de conectar, asociar y dar sentido a (...) imágenes del pasado” (Ramos 2011: 143). A partir de esta idea de memoria, como práctica social de “traer el pasado al presente”, entiendo que la población vallista comparte un marco de interpretación heredado que se actualiza en la medida en que está anclado al presente sociocultural del grupo.

Valiéndome de dicha conceptualización de la memoria y en consonancia con los últimos planteos, que retoman la iniciativa de los sujetos -concebidos también como destinatarios de coacciones del entorno social- y que a la vez amplían la tradicional categoría de migración, abordo la movilidad a la zafra entre los pobladores del valle de El Bolsón. A su vez, en la medida en que desde los relatos locales reconocen su experiencia de movilidad más bien como una práctica de “salir a trabajar” o de “andar”, me guío por el postulado de *prácticas espaciales* de M. De Certeau, quien destaca puntualmente el aspecto creativo del acto de andar. El interés del autor consiste en demostrar los efectos del movimiento de los sujetos en contrapartida de los dispositivos disciplinadores que detenta un orden sociopolítico establecido. En contrapunto con los procedimientos que organizan el espacio para hacerlo operador de una “vigilancia” generalizada, De Certeau

²⁰ Ver M. Halbwachs 1992 en Olick y Robinns (1998) y 2004a y 2004b en Ramos (2011).

retoma las “otras maneras de hacer” de la sociedad que remiten a las prácticas de los sujetos (De Certeau 2000: XLIV).

Dentro de este esquema tomo a los ingenios azucareros como instituciones poderosas que, apoyadas por el orden sociopolítico, respondían a un sistema económico que reorganizó en función de sus intereses al espacio del Noroeste argentino (Herrán 1979; Campi 2000). ¿Qué posibilidades de acción tenían los campesinos del valle El Bolsón en esa reconfiguración espacial? ¿Cuáles eran los efectos de sus actos dentro del constreñimiento que implicó el proceso de proletarización en la comunidad iniciado en generaciones anteriores? ¿Cómo deberíamos concebir esa actuación? En este sentido, la diferenciación entre el espacio organizado y el espacio *practicado* (De Certeau 2000) por parte de los sujetos, nos ayuda a comprender que el “andar” implicó un acto de movimiento mediante el cual los campesinos de El Bolsón fueron articulando los espacios recorridos, y que a su vez, les fueron otorgando sentido y afectividad a través de la memoria compartida. El espacio “es al lugar lo que se vuelve la palabra cuando es articulada”, por lo que el lugar no es más que un espacio articulado (De Certeau 2000: 129). Del postulado del autor me interesa retomar este último aspecto, la asignación de sentido a las prácticas, que considero se lleva a cabo a través de la memoria social en tanto ésta se vincula a la idea de lugar. De este modo “lugares, significados y memorias se conjugan para crear (...) sentido de lugar” (Ramos 2011: 136).

Este proceso de articulación hace referencia a la producción de lugar dentro de lo que L. Grossberg ha señalado como *sistemas de circulación*. Según el autor, la vida de los sujetos está estructurada por “maquinarias territorializadoras”, que son regímenes de jurisdicción que establecen una *movilidad estructurada* al definir los espacios y lugares, las estabilidades y movilidades en donde viven las personas. La movilidad estructurada es producida a través de un interjuego estratégico entre líneas *territorializadoras* o de articulación, y líneas *desterritorializadoras* o de vuelo (Grossberg 1992: 107). A través de este interjuego donde maquinarias territorializadoras fijan las posiciones de los individuos condicionando determinadas acciones, otras fuerzas desterritorializadoras habilitan ciertas prácticas. Mientras las líneas de la movilidad estructurada admiten determinadas

formas de movimiento y estabilidad, también empoderan ciertas formas de acción y agencia (Grossberg 1992: 108). Es justamente la posibilidad de acción de los pobladores de El Bolsón que me interesa visualizar, en el marco de sus recorridos espaciales relatados. El punto de partida además de tomar al sujeto en su capacidad de agencia, responde a un interés interpretativista en la medida en que pretendo focalizar las valoraciones y significación que los sujetos tienen de sus acciones.

Dentro de la movilidad habitual a los ingenios, estructurada por el desarrollo de la agroindustria azucarera, la producción de sentido sobre esa experiencia tiene que ver con la articulación de prácticas e *inversiones de afecto* (Grossberg 1992) que los vallistas comparten al poseer una historia común de movilidad. Como veremos, la inversión de afecto se implica en las prácticas de los sujetos generando una significación específica, que en este caso, incluyen valorizaciones relacionadas a la práctica campesina y sensibilidades vivenciadas colectivamente.

2. ANTECEDENTES LOCALES Y REGIONALES

Siguiendo la tensión entre las condiciones estructurales y el contexto local, aún en diferentes momentos históricos y desde diferentes disciplinas, se ha tratado en la región del oeste catamarqueño la articulación entre ambos niveles. Enfatizando por un lado la interacción histórica regional entre poblaciones de la puna y del área valliserrana a través de la continuidad de prácticas de movilidad espacial (Forni *et al.* 1993; Korstanje 1998; García *et al.* 2002; García y Rolandi 2003; García y López 2004; Quiroga 2003 y 2004; Quesada y Lema 2009), y por otro lado, la articulación social de la economía doméstica con la sociedad mayor y las prácticas de movilidad (Hermitte y Herrán 1970; Hermitte 1972; Hermitte y Klein 1972; Herrán 1972; Hermitte y Herrán 1977; Mastrangelo 2004) o particularmente las migraciones laborales temporarias a la zafra (Herrán 1979; Maffia y Zubrzycki 2005). En base a lo anterior, retomaré en este capítulo el desarrollo de la agroindustria azucarera en la Argentina como contexto estructural y señalaré los distintos enfoques analíticos antecedentes en relación al fenómeno de movilidad de la mano de obra temporaria a los ingenios.

2.1 La interacción histórica entre poblaciones de la puna y del área valliserrana

Las prácticas de movilidad espacial han sido ampliamente abordadas en los estudios andinos y en la región del NOA en particular, ámbito donde encontramos nuestro universo de estudio. Aludiendo tanto a tiempos prehispánicos como durante el período colonial o republicano, otros autores (Forni *et al.* 1993; Korstanje 1998; García *et al.* 2002; García y Rolandi 2003; García y López 2004; Quiroga 2003 y 2004; Quesada y Lema 2009; Abeledo 2010; Molina Otarola 2011) se han referido a este fenómeno en el oeste catamarqueño, que conectaba grandes extensiones de territorio abarcando desde la puna, valles altos (como El Bolsón) hasta los valles bajos.

Desde los modelos de análisis de la complementariedad productiva en el espacio andino regional que retoman Quesada y Lema (2009), como el control vertical a través de la explotación de distintas zonas ecológicas, enclave, movilidad giratoria e interetnicidad, se supone a la movilidad como una práctica para la reproducción doméstica durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Los autores manifiestan la inversión de trabajo del campesinado indígena de la región de la Puna de Atacama, precisamente Antofagasta de la Sierra (Pcia. de Catamarca), a través de la investigación arqueológica en “agricultura de vega” de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. En su interés por destacar la participación activa campesina que despliega estrategias frente a los contextos cambiantes, señalan que tanto la producción agrícola ganadera, la minería, la complementariedad para la obtención de recursos de otras zonas ecológicas y el caravaneo, eran prácticas preexistentes a la conquista que se mantuvieron reestructurándose según las condiciones sociohistóricas.

Por sus características geográficas y ambientales la microrregión que comprende El Bolsón, constituye justamente el límite entre la puna y la zona típica de valles y bolsones. En base a eso ha sido considerado como un área de transición entre estos dos ambientes y sistemas productivos diferentes como son la puna y los centros de producción agrícola ganadera valliserrana (Korstanje y Aschero 1996). Su particularidad como zona intermediaria orientó las preguntas iniciales de la investigación arqueológica en el valle respecto de su importancia como enlace en el intercambio entre recursos puneños y vallistos referente al período Formativo (1.000 a.C. a 1.000 d.C.) fundamentalmente. En ese sentido, se ha investigado un sitio arqueológico (El Médano) en las proximidades de Nacimientos de San Antonio (en el sector septentrional del valle de El Bolsón), que posiblemente haya constituido un lugar de descanso²¹ en el circuito caravanero entre el área puneña y valliserrana durante el período Formativo Regional (Korstanje 1998). La conceptualización del territorio retomada por la autora vinculándolo con la idea de tráfico

²¹ De acuerdo a su libreta de campaña, el investigador V. Weisser, pernoctó en las proximidades del sitio El Médano junto a los baqueanos que lo acompañaban en su viaje entre Laguna Blanca y Barranca Larga a principios de siglo (Korstanje 1998), reforzando la idea de que el lugar haya implicado históricamente un punto conocido localmente dentro de los circuitos que enlazaban asentamientos de la puna y del área valliserrana.

permite pensar el uso del espacio regional en relación a las redes de interacción entre poblaciones de distintos ambientes como lo son la puna, valles altos y bajos.

También se ha señalado para el caso de El Bolsón una alta movilidad espacial hacia fines del siglo XVII y XVIII, en la medida en que sus tierras constituían un potrero destinado a la invernada de animales que luego eran movilizados en pie para comercializarlos en Bolivia y Chile (Quiroga 2003). El patrón de asentamiento de los potrereros no generaba concentración de población sino que implicaba una ocupación dispersa. El hecho de estar articulado a las chacras de un valle bajo próximo (Hualfín) y conectado a extensas redes mercantiles a nivel regional implicaba traslados de corta y larga distancia (Quiroga 2004).

Un equipo del INAPL del cual forman parte D. Rolandi y S. García, ha realizado trabajo etnográfico en Antofagasta de la Sierra desde el año 1995 y publicado varios artículos que dan cuenta de prácticas de movilidad de sus habitantes y su vinculación con valles de la provincia de Catamarca y de Salta. En su análisis sobre los viajes comerciales de intercambio (García *et al.* 2002) señalan travesías de larga duración que realizaban los hombres puneños hasta las primeras décadas del siglo XX. Se movilizaban a Chile llevando ganado vacuno y lanar para los centros mineros en crecimiento en el siglo XIX y a la feria de Huari en Bolivia a donde llevaban burros que cambiaban por *coca* o dinero. Las autoras destacan la continuidad de los viajes durante el siglo XX pero a destinos más cercanos como los valles de Belén²², la zona de Fiambalá y los valles Calchaquíes (García y Rolandi 2003). Mediante el relevamiento de actas de matrimonio, nacimiento y los árboles genealógicos reconstruidos a partir de entrevistas, analizan las relaciones sociales, incluyendo las de parentesco, que vinculaban distintos puntos entre el origen y destino final de los viajes. Las autoras indican que los circuitos transitados entre la población puneña y vallista muchas veces estaban apoyados en redes parentales. A su vez, señalan que estos recorridos y redes sociales correspondientes se mantuvieron a lo largo del tiempo aunque con algunas modificaciones como la magnitud, frecuencia, conveniencia e incidencia de los viajes respecto de la economía familiar.

²² En el Capítulo 3 retomaré estos circuitos de intercambio de productos donde la población puneña incluía paradas en el valle de El Bolsón.

2.2 Articulación social: economía doméstica y movilidad espacial

Por su ubicación espacial, los pueblos del valle de El Bolsón y los puestos en sus cerros en donde se han criado la mayoría de sus habitantes, estarían incluidos en la categoría de “los Altos” si nos guiáramos por la descripción poblacional que hace Federico Espeche (1875) y que también retoma Manuel Soria en su descripción geográfica del departamento de Belén (1908). Partimos de las descripciones de Espeche que, aunque someras y recreadoras de un imaginario bastante prejuicioso de la población de la región, nos introducen en un espacio económico en movimiento que delinea ocupaciones femeninas y masculinas diferencialmente hacia fines del siglo XIX, las cuales me interesa retomar. La denominación “los Altos” refiere a diversos poblados, puestos o parajes situados en las zonas de montañas del norte del departamento de Belén cuyos habitantes, según Espeche, son caracterizados por poseer un “oríjen indio”, ser “atrasados”, “sumisos” y estar viviendo en “plena barbarie”. A través de su relato, que recrea una imagen de pobreza de la población, describe un tipo desplazamiento local, tal como si fuera una práctica habitual para la supervivencia de sus habitantes:

“(…) la jente pobre de los departamentos del oeste (…) abandonan el hogar para salir todos los eneros a los campos inmediatos en busca de la algarroba (…) para luchar con la naturaleza estéril del invierno. En presencia de estas grandes emigraciones temporales parece contemplar el trabajo e inolvidables costumbres calchaquíes cuyas tradiciones se conservan a través de los siglos”.

(Espeche 1875:263)

La mirada del cronista se descubre entusiasmada al describir el sistema económico de la población de Belén, que reconoce articulado tanto a nivel regional y nacional como internacional. A su vez, sin profundizar un análisis sugiere que la práctica de movilidad asociada a los hombres representaría una costumbre ancestral, que de alguna manera explicaría las características de la economía familiar belenista:

“Los hombres son viajeros i las mujeres atienden la familia i la labranza. Es la costumbre culminante de los indígenas, que todavía se conserva.

(…) Los productos del suelo i de la mano del hombre de Belen son conocidos hasta en las provincias vecinas. Espórtase la harina al fuerte de Andalgala i Tucumán. Los aguardientes se llevan a Bolivia. Frutas (…) a las Estancias de Santa María i provincia de Salta (…) se

trasladan (...) a lomo de mula. Traen en cambio dinero, vacas, ovejas, lanas i carnes secas. Bueyes y ovejas se importan a Chile, después de internadas en los alfalfares del mismo departamento. Mulas i burros a Bolivia y Perú. Las mercaderías manufacturadas se toman de Chile i Andalgala. Los cueros se llevan a Tucumán, de donde se traen suelas i calzados. Los tejidos de Belén son conocidos hasta en Europa. Las ponderadas mantas de vicuña de Catamarca son originarias de este departamento. (...) Esto [el tejido] (...) es ocupación exclusiva de las mujeres. No es esta la única ocupación de las mujeres de Belén (...) También son pastoras en las estancias. Los hombres ocúpanse preferentemente en viajar".

(Espeche 1875: 345-347. El subrayado me pertenece)

Durante los siglos XVIII y XIX se registró una activa movilidad de personas en la región tanto en relación al tráfico de mulas, cuya cría e internación tenía lugar en las estancias del departamento de Belén, como al traslado de mercaderías (Hermitte y Klein 1972). Retomaré algunas observaciones de los autores en cuanto a la interrelación entre los condicionamientos geográficos y ecológicos para el funcionamiento de la economía doméstica en el seno de la sociedad belenista de la época:

"Su ubicación central [de Belén] para el comercio interregional la convirtió en un centro de distribución importante para el oeste catamarqueño (...) Belén era el hábitat de los rebaños de vicuñas y llamas, lo que contribuyó a que eventualmente llegara a ser la más importante de las poblaciones tejedoras de la región.

La aridez del clima que hacía indispensable el riego para los cultivos, conjuntamente con la donación de las tierras a la iglesia constituyó un freno al potencial agrícola local, reafirmando más aún la importancia decisiva de la artesanía textil.

El control de la tejeduría en manos de las mujeres configuró una situación de características singulares. (...) Las actividades tradicionales de los hombres restringidas por limitaciones ecológicas y la existencia de alternativas favorables para ellos fuera de Belén contribuyó a debilitar cualquier redefinición de las actividades económicas masculinas versus las femeninas en la comunidad.

Fue la actividad artesanal la que logró fijar al lugar una parte importante de los habitantes, a pesar de que la salida de los hombres había sido característica de todas las épocas y a partir de fines del siglo XIX se acentuó por las nuevas fuentes de trabajo fuera de la comunidad.

(...) La importancia numérica de hogares encabezados por mujeres (...) no es casual en este sistema económico, ya que madres solteras e hijas constituyen el núcleo del grupo doméstico, una muy viable unidad productiva en la que la presencia más o menos esporádica del hombre no altera fundamentalmente la díada maternal."

(Hermitte y Klein 1972: 36-38. El subrayado me pertenece)

Partiendo de los condicionamientos (ecológicos, productivos y sociales) locales en articulación con la sociedad global, el grupo doméstico fue la institución básica indicada

para desarrollar mecanismos para la captación de recursos, junto al sistema de relaciones simétricas y asimétricas de patronazgo (Hermitte y Herrán 1977), que retomaré en los siguientes capítulos.

Según los autores las limitaciones en las actividades productivas que registraron entre las décadas de 1960 y 1970, estimularon la emigración temporaria en períodos “menos activos” coincidentes con la temporada de zafra azucarera. En el caso de Santa María, departamento contiguo a Belén y cuya población se movilizaba también a la zafra azucarera, se ha relacionado el proceso migratorio con la diferenciación social agraria local (Herrán 1979), manifestando una redefinición continua en las instancias de articulación con el sistema externo.

En línea con un abordaje de las relaciones entre los niveles macro y micro sociales en términos de articulación social, se ha remitido a la economía doméstica belenista durante la segunda mitad del siglo XX, como organizada en la alternancia de dos ciclos económicos (Mastrangelo 2004). La variación de un ciclo a otro estaría determinada por coyunturas históricas, rentabilidad, estrategias de acceso a materia prima, mano de obra y comercialización de los productos. Por un lado, el ciclo de la vicuña liderado por mujeres tejedoras, en el cual los hombres suministraban la materia prima mediante viajes de cacería en la puna. Y por otro lado, el ciclo de la minería liderado por hombres dedicados al *pirquineo*²³, donde las mujeres también se movilizaban para cocinar en los campamentos mineros emplazados en los cerros. Según la autora estos ciclos económicos estaban organizados en función de roles de género, y en el caso de la tejeduría, la subutilización de la fuerza laboral masculina los habilitaba a migrar a la zafra azucarera en forma temporaria (Mastrangelo op. cit.: 79).

A su vez, la movilidad espacial en la región del departamento de Belén fue abordada a través del caso de Azampay (Maffia y Zubrzycki 2005), en el valle de Hualfín. Las autoras señalan a la migración como la principal estrategia de reproducción en la medida en que la sociedad manifestaba una “pérdida de la capacidad de reproducción

²³ Extracción de mineral de forma artesanal.

expulsando algunos de sus miembros más allá de sus fronteras” (Maffia y Zubrzycki op. cit.: 30) a partir de la segunda mitad del siglo XX. Previamente a 1950, momento a partir del cual señalan el comienzo de los viajes a la zafra azucarera, caracterizan a la sociedad azampeña por la existencia de pocas familias extensas, dedicadas al trabajo textil de las mujeres y al trabajo agrícola pastoril de los hombres. Situación que definen como equilibrio dinámico, regulado por la posibilidad de sus habitantes de generar recursos materiales y simbólicos, que favorecían la reproducción en el lugar (Maffia y Zubrzycki op. cit.: 40). En este sentido, ese “equilibrio dinámico” se vio alterado por el crecimiento demográfico, problemas vinculados a la tierra y al abastecimiento de agua, la oferta laboral en la zafra tucumana y salteña y, en menor medida, de otras cosechas de frutas en las provincias de Mendoza y La Rioja, promoviendo la emigración fundamentalmente masculina. Posteriormente con la disminución de la migración a la zafra, señalan a la migración tanto en sentido rural-rural como rural-urbana como la principal estrategia de reproducción social para hombres y mujeres, en medio de una situación de deterioro de la rentabilidad del trabajo textil, presión demográfica, escasez de oportunidades laborales en la zona y atracción ejercida por la ciudad (Maffia y Zubrzycki op. cit.: 53).

2.3 La agroindustria azucarera: los ingenios y la mano de obra temporaria

La historiografía del complejo azucarero es muy rica sobre todo respecto del período de fines del siglo XIX hasta la tercera década del siglo XX, etapa durante la cual se consolidó el modelo de producción basado en el cultivo y procesamiento de caña de azúcar. Al respecto mencionaré brevemente los aspectos más generales aportados por algunos historiadores (Rozenvaig 1986; Santamaría 1986; Campi y Bravo 1999; Campi 2000 y 2009; Ortiz D’Arterio 2005) correspondientes al contexto de consolidación del emprendimiento en las provincias de Tucumán, Jujuy y Salta que tuvieron procesos dispares, a la conexión de las elites norteñas durante la construcción del Estado central, a

la legislación que acompañó y posibilitó el crecimiento de su producción y al funcionamiento del mercado laboral.

A propósito de esta investigación, es de mi interés centrarme en aquellos trabajos que estudian la relación entre ingenios azucareros y mano de obra (principalmente trabajada para el caso de los ingenios del Ramal²⁴), que como veremos fue muy diversa tanto en su origen geográfico como en su ocupación. En tal sentido, se ha analizado el papel de las empresas de la agroindustria azucarera sobre comunidades indígenas (Bernand 1973; Gordillo 1995, 2005 y 2010; Hirsch 1999; Literas Rondon 2008 y 2011; Bossert 2013), poblaciones de la puna y vallistas (Bisio y Forni 1976; Reboratti 1978 y 1983; Rutledge 1987a y 1987b; Greco 2000) así como migrantes de Bolivia (Whiteford 1977 y 1981) en torno a las diferentes formas de captación desplegadas para emplearlas.

La mayoría de los artículos consultados, sobre todo sociológicos, coinciden en la perspectiva de un orden o modelo que consta de áreas de enclaves o áreas centrales donde se encontraban las plantaciones de caña y sus centros productivos, y otras áreas marginales que devinieron satélites de los primeros reduciéndose al rol de proveedores de fuerza laboral (Bisio y Forni 1976; Reboratti 1978 y 1983; Campi 2000). La perspectiva desde donde se ha analizado la relación entre ingenios y mano de obra estacional responde de alguna manera a la mirada explicativa de los autores sobre el fenómeno de movilidad a la zafra azucarera. En ese sentido encontramos por un lado aquellos que parten de un desarrollo desigual haciendo foco principalmente en la estructura agraria (Bisio y Forni 1976; Reboratti 1978 y 1983), quienes hacen hincapié en las formas de reclutamiento de la mano de obra como parte del proceso de integración del campesinado al sistema capitalista (Rutledge 1987a y 1987b) o en los aspectos sociológicos como las relaciones interétnicas como parte del entramado de razones que llevaban a los indígenas chaqueños a los ingenios (Bossert 2013). Por otro lado, observamos en algunos casos el interés en posicionar el estudio desde las condiciones locales de las comunidades originarias de la mano de obra, focalizando los factores

²⁴ Se conoce comúnmente como El Ramal a la zona de valles bajos orientales de las provincias de Salta y Jujuy atravesada por el ferrocarril.

ecológicos y de la estructura social (Meister *et al.* 1963; Hermitte y Klein 1972; Herrán 1979; Maffia y Zubrzycki 2005), las estrategias locales generalmente “invisibilizadas” que fueron contemporáneas al trabajo en los ingenios (Canelada Lozzia 2005), las historias familiares, personales y relatos sobre la experiencia de la zafra (Mercado 1997, 2003 y 2005; Hirsch 1999; Giarraca *et al.* 2001; Bidaseca 2002; Gordillo 2005). Retomaré algunos de los trabajos señalados en la medida en que aportan particularmente a nuestro propósito, que es justamente la búsqueda de lógicas locales respecto del proceso de movilidad a la zafra que involucraba a los pobladores del valle El Bolsón.

2.3.1 Contextualización de la agroindustria azucarera

En la Argentina la agroindustria azucarera se remonta a tiempos coloniales en algunas zonas de Tucumán, Salta, Jujuy, incluso Catamarca, pero de forma muy incipiente (Campi 2000). Hasta fines del siglo XIX gran parte del país consumía azúcares importados, por lo que llevó tiempo su posicionamiento en el mercado interno. Este se vio impulsado por la llegada del ferrocarril y maquinaria europea moderna, acelerando la gestación de un nuevo modelo productivo que se consolidó en 1880 y dejó atrás la articulación económica con los Andes y el Pacífico cimentado durante el período colonial (Campi *op. cit.*). La industrialización del cultivo de caña de azúcar a gran escala alteró la dinámica regional, en la medida en que “todos los recursos fueron reorientados en función de nuevos intereses y necesidades: los capitales, las tierras, los bosques, el agua, los hombres” (Campi *op. cit.*: 74). Esta empresa fue caracterizada como política y económica en la medida en que su devenir estuvo directamente relacionado al peso de las elites provinciales que participaron en la construcción del Estado central. La condición de su prosperidad económica estuvo ligada a una legislación de tipo proteccionista, dado que remitía al ofrecimiento de créditos, baja de aranceles y aumento de impuestos de azúcares importados para limitar su competencia, al mismo tiempo que se extendía la

inversión de capitales extranjeros como los franceses²⁵ e ingleses²⁶ (Santamaría 1986; Rutledge 1987b; Campi 2000).

De las plantaciones de caña e ingenios que se localizaron por un lado en la zona pedemontana de la provincia de Tucumán y por otro en la zona del valle de San Francisco, en las provincias de Salta y Jujuy²⁷, resultaron dos modelos azucareros diferentes (Ver Figura 5, Capítulo 4). Sus diferencias, que afectaron su evolución y conformación actual, se originaron en las respectivas estructuras agrarias y en su relación con los sectores dominantes. En Tucumán, a mediados de siglo XIX ya se generalizaba la mediana y pequeña propiedad de la tierra, acompañada por una gran densidad demográfica y mercantilización de la producción agropecuaria, en la que la clase dominante, que se vinculó tempranamente a los inmigrantes europeos, se posicionó como intermediaria comercial (Campi 2000). Por el contrario, en el sector salto-jujeño predominaban las grandes haciendas en una zona de frontera de “tierras bajas” escasamente pobladas, y la producción de actividades de subsistencia de campesinos indígenas en las “tierras altas”, en donde el poder de la elite procedía justamente del control de la tierra y del excedente económico extraído al campesinado a través de servicios personales y arriendos (Campi op. cit.: 85-86).

Si bien el proceso de expansión de la agroindustria se dio primero en Tucumán²⁸, con la fundación del ingenio San Martín del Tabacal en 1920 (en el valle de San Francisco, Salta), el crecimiento viró al Ramal. A pesar de la crisis económica mundial de 1930 que afectó también a la industria azucarera argentina, el golpe militar que derrocó al gobierno radical de Hipólito Yrigoyen benefició los intereses de la industria azucarera norteña²⁹,

²⁵ Como el caso de Clodomiro Hileret, dueño del ingenio Santa Ana en Tucumán (Santamaría 1986: 14).

²⁶ Como el caso de los hermanos Leach, dueños del ingenio La Esperanza en San Pedro, Jujuy (Rutledge 1987b: 239-240).

²⁷ Haré referencia indistintamente a los ingenios de las provincias de Salta y Jujuy como los ingenios “salto-jujeños”, del “norte” o del “Ramal”.

²⁸ En 1894 en Salta existía un solo ingenio (San Isidro), en Jujuy tres [posiblemente La Mendieta, La Esperanza y Ledesma] y en Tucumán treinta y seis (Rutledge 1987a).

²⁹ El caso salto-jujeño es emblemático de la relación entre poder político y poder económico. En Salta, una familia poderosa como los Patrón Costas que eran los dueños del ingenio San Martín del Tabacal, pertenecían al partido Demócrata Nacional de la provincia habiendo sido el mismo Robustiano Patrón

posibilitando entre 1930 y 1943 la expansión del área cultivada con caña de azúcar del nuevo ingenio (Rutledge 1987a). Esta época es señalada como la segunda etapa de expansión productiva, que delineó por un lado las haciendas del norte como complejos compuestos por plantaciones y fábricas, y por otro lado en Tucumán, una gran cantidad de pequeñas plantaciones independientes de las fábricas procesadoras de la caña (Gordillo 1995). Finalmente, se dio una tercera etapa en la década de 1960 con la paulatina mecanización de la cosecha, que transformó gran parte de la dinámica económica regional (Bisio y Forni 1976; Sabalain y Reboratti 1980; Gordillo 1995 y 2005; Greco 2000).

2.3.2 Enclaves económicos y mano de obra satelital

El espacio regional se reorganizó y refuncionalizó alrededor del azúcar definiendo las denominadas áreas centrales y satelitales (Campi 2000). Las áreas centrales fueron justamente donde se localizaron plantaciones de caña e ingenios: la zona pedemontana de Tucumán y el valle de San Francisco en Salta y Jujuy. Muchísimos poblados y zonas reconfiguradas como satelitales en el nuevo orden regional se desarrollaron como “proveedores del gran contingente de mano de obra necesario para el corte, recolección, transporte y procesamiento de caña, cuya demanda se concentraba en los meses de cosecha o ‘zafra’, de mayo a septiembre, octubre o noviembre, según los años” (Campi op. cit.: 75). Quienes marchaban anualmente provenientes de las zonas satelitales eran, como veremos más adelante, campesinos de la puna y del valle Calchaquí, indígenas del Chaco, peonadas criollas de Catamarca y Santiago del Estero (e incluso de La Rioja y Córdoba aunque en menor medida) chiriguano de Bolivia y jornaleros de Potosí, Tarija y Chuquisaca (Ídem: 74-75). La complementación de las áreas a la que se refiere la bibliografía consultada residía en la existencia de algunas con reducidas posibilidades de

Costas quien lo había presidido. En el caso de Jujuy, el Partido Popular realizó una alianza entre conservadores y radicales que perduró hasta 1940, habiendo sido el conductor de ese partido Herminio Arrieta, propietario del ingenio Ledesma (Rutledge 1987a).

integrarse productivamente al mercado nacional, ya que se encontraban alejadas de la red ferroviaria impulsada por el Estado nacional, dedicadas a actividades de subsistencia de baja productividad. En tal sentido, se señalaron a las migraciones a la zafra como una alternativa para complementar los bajísimos ingresos de arrenderos, pastajeros o propietarios minifundistas (Campi 2000: 80-81).

Coincidiendo con el modelo de áreas centrales y áreas satelitales, C. Reboratti problematiza las migraciones “golondrina” de carácter regular y estacional con relación a la cosecha de caña de azúcar en Tucumán, Salta y Jujuy, en su trabajo “Migración estacional en el noroeste argentino y su repercusión en la estructura agraria” (1978). Allí se refiere a las áreas de minifundios, de cultivos de subsistencia y de reservas indígenas como áreas deprimidas y marginadas del proceso de desarrollo nacional que actuaban como emisoras de población hacia las zonas de cosecha. Según el autor, las migraciones ponen de manifiesto el sistema de relaciones entre aquellas zonas marginadas y desintegradas del resto de la nación que se mantuvo dentro del proceso de desarrollo general. Toma el caso de Santa Victoria (Salta), cuyos pobladores se movilizaban a los ingenios del valle de San Francisco, para ilustrar la irrupción de economías monetarias en la estructura agraria de áreas marginales de subsistencia. Continuando la idea de un modelo de áreas centrales y satelitales, el artículo de R. Bisio y F. Forni (1976), que se basa en trabajo de campo realizado entre 1973 y 1974, se presenta como una secuencia histórica del desarrollo desequilibrado en la región de las provincias de Salta y Jujuy. Se refieren al caso del ingenio San Martín del Tabacal (aunque no lo mencionen explícitamente) que desde su fundación en 1920 satelizó un conjunto de zonas: áreas de alta montaña (Santa Victoria e Iruya) y de los valles Calchaquíes (Molinos y Cachi) con la finalidad de asegurar sus necesidades estacionales de mano de obra. Los autores se encargan de dilucidar cómo este sistema de enclave con áreas satelizadas que le proveían de mano de obra estacional no hizo más que generar e institucionalizar condiciones sociales y situaciones ocupacionales precarias.

Al principio los ingenios salto-jujeños recurrieron al trabajo indígena. En el período de 1880 a 1930, la mayor parte de los trabajadores ocupados en la industria azucarera del

Ramal eran indígenas chaqueños: maticos, mocovíes, chorotes, tobas, pilagás y chiriguano provenientes del Chaco argentino y específicamente en los ingenios de Jujuy se sumaron los siguientes indígenas bolivianos: chiriguano (Chaco boliviano) y chaguanos del pedemonte meridional del altiplano. Sus formas de reclutamiento incluían una coacción extraeconómica, el engaño, la presión y la violencia militar (Ortiz D'Arterio 2005). También los ingenios tucumanos habían recibido fuerza laboral indígena desde fines del siglo XIX. A cambio de apoyo político a J. A. Roca, algunos propietarios de las empresas azucareras fueron beneficiados por el reparto de prisioneros, principalmente entre 1878 y 1880, que fueron tomados de la "Campaña al Desierto" como el caso de poblaciones indígenas pampas y patagónicas (Lenton 2008; Lenton y Sosa 2009; Masés 2009).

Una consulta fundamental para la temática son los trabajos de I. Rutledge (1987a, 1987b) respecto del análisis de los mecanismos que tendieron a la integración del campesinado a la economía azucarera entre 1930 y 1943. Para el caso de los trabajadores temporales de "Tierras altas" de Salta y Jujuy explica que frente a la creciente demanda de trabajadores temporales para la zafra, se llevó a cabo una política de acumulación de tierras en la que Patrón Costas y sus socios llevaron la delantera. Esta medida, debatida y esclarecida entre legisladores provinciales, remitía a que diversas comunidades campesinas pasaron a tener un nuevo arrendador al que tenían que pagar las rentas de la tierra con prestación de servicios en las plantaciones de los ingenios, trabajando seis meses al año como cortadores de caña durante la zafra.

En cuanto a la mano de obra estacional de origen boliviano disponemos de la etnografía de S. Whiteford (1981) durante la década de 1970, que dentro de un marco de análisis más general de la migración boliviana tanto rural como urbana y también definitiva a la Argentina, toma particularmente el caso de las migraciones a la zafra al Ramal. A través de la descripción del funcionamiento del sistema de reclutadores y zafreiros, de las constricciones del viaje y de las condiciones de trabajo intenta transmitir parte del sacrificio y perturbación que implica la movilidad estacional a la zafra, sin explicitar a cuáles ingenios se refiere como protección de sus informantes (aunque

suponemos que remite a Ledesma). Trata de comprender el rol que juega la zafra en la vida de los migrantes bolivianos y sus familias y el motivo por el cual están dispuestos a someterse a condiciones difíciles e incómodas dentro de un contexto de crecimiento de la agricultura capitalista. Grandes cantidades de “braceros” para las cosechas de caña de azúcar emigraron de los departamentos de Potosí, Chuquisaca y Tarija luego de la finalización de la Guerra del Chaco (1932-35) adquiriendo mayor dimensión en las décadas de 1940 y 1950 (Rutledge 1987b). Whiteford relata cómo durante la década de 1970 eran frecuentes las huelgas a las que los zafreiros bolivianos no solían adherirse, por lo que sumado a que acostumbraban aceptar condiciones de trabajo más duras con menos quejas y que no tenían documentos por tanto no estaban amparados por el marco de derecho laboral argentino, era apreciada su presencia en los ingenios (Whiteford 1981: 36).

2.3.3 Condiciones locales de las comunidades que se movilizan y sus imaginarios

Un trabajo que propone un acercamiento antropológico a las migraciones estacionales de mano de obra, es el de M. Hirsch, “Mbaporenda: el lugar donde hay trabajo. Migraciones guaraníes al noroeste argentino” (1999). Allí la autora retoma las migraciones guaraníes al norte argentino para concentrarse por un lado en las causas que motivaron las migraciones y por otro en el impacto generado en la cultura y el imaginario colectivo del grupo. Lo que llama mi atención sobre este artículo es su aproximación a la migración a la zafra desde una perspectiva distinta a la tradicional mirada que suele enfatizar el proceso de proletarización de mano de obra indígena, las condiciones laborales a las que se sometían o la pérdida de modos de vida tradicionales. En cambio en él es posible explorar la producción de significado en torno a experiencias pasadas a través de la memoria oral, lo cual me interesa retomar para el caso de estudio presente. Desde los relatos presentados se percibe una continua comparación del trabajo en la zafra argentina con la zafra en Santa Cruz de la Sierra (Bolivia), configurándose la experiencia

argentina como un recuerdo positivo. Como dice la autora, se perfila una historia de migración construida como vivencias enriquecedoras, en las cuales se destacan la obtención de objetos codiciados, el aprendizaje de oficios y el encuentro con un país distinto y concluye, en que si bien Mbaporenda no es la “Tierra sin Mal”, es la “tierra con menos mal”. En ese sentido, argumenta que con el tiempo, “las características del lugar utópico se acentúan e idealizan, se tornan imágenes-creencias indiscutibles que son compartidas por el grupo”, por lo que pocos recuerdan los aspectos negativos como la explotación a la que se sometían en los ingenios o el mal trato de contratistas y patrones (Hirsch op. cit.: 13). A su vez los sujetos evocan a familiares que permanecieron en Salta o Jujuy, imaginando otra vida que “hubiera sido mejor si se hubieran quedado en la Argentina” donde “hubieran podido progresar y no sufrirían las carencias que ahora sufren” (Ídem). De esta forma M. Hirsch sostiene que la idea de que “en la Argentina la vida es mejor, que abunda el trabajo, la comida y hay posibilidades de trabajo”, conforma una imagen transmitida de generación en generación.

Como parte del Grupo de Estudios Rurales del Instituto Gino Germani, el trabajo de N. Giarraca, K. Bidaseca y D. Mariotti (2001) se centra en el fenómeno social que constituyen las migraciones estacionales generadas alrededor de la actividad cañera azucarera en el contexto de las transformaciones de la década de 1990. Su investigación presta especial atención a las consecuencias que tienen los procesos migratorios en la vida de un pueblo tucumano y en los “mundos de vida” de sus protagonistas. Retomo este estudio para pensar en el efecto que estos traslados transitorios producen en la vida de familias e individuos. Para el análisis del fenómeno migratorio de los zafreros, por un lado hacen hincapié en la cuantificación de los procesos migratorios y por otro, en los mundos sociales y de vida, para lo cual se basan en los conceptos de “trayectorias vitales” o “cursos de vida” de G. Elder. Los autores concluyen en que la identidad social del zafrero tucumano está muy marcada por las migraciones como signo de una falta importante (el trabajo en el verano tucumano), pero también como recurso que les permite no sólo la supervivencia sino también ciertas experiencias que luego transmiten a sus descendencias.

En el mismo sentido se encuentra el estudio particular de K. Bidaseca (2002) basado en las migraciones laborales temporarias de los trabajadores azucareros “del surco” hacia fines de siglo XX (específicamente entre los años 1998 y 2001). Su investigación refiere al proceso rutinario de desplazamiento de los zafreros que viven en León Rougés (Tucumán) hacia la ciudad de Balcarce (Buenos Aires). Como bien señala Bidaseca los estudios sobre procesos migratorios suelen coincidir en que la migración provoca una serie de cambios en los órdenes económico, social, cultural, político, familiar y en las relaciones de género. Justamente las repercusiones en la vida familiar y comunitaria, serán retomadas más adelante para nuestro caso de estudio.

En consonancia con las miradas hacia los protagonistas de las migraciones, la Tesina de Maestría en Historia de América Latina y Mundos Indígenas de M. Canelada Lozzia (2005) sobre la comunidad de Yavi (Jujuy), resulta sumamente interesante para el presente estudio, en la medida en que parte de reconocer la persistencia de la perspectiva de la dependencia económica en los estudios tradicionales de las migraciones a los ingenios azucareros. Tras cuestionar el hecho de que los movimientos migratorios respondan exclusivamente a las demandas de los ingenios, la autora se pregunta si éstos tuvieron también una lógica propia que pudo o no coincidir con ellas. Es por eso que se focaliza entonces en la historia social particular de la comunidad yaveña entre 1930 y 1970. Resulta interesante también metodológicamente el tratamiento de cartas pertenecientes a una de las familias locales. Por otro lado realiza un análisis de una festividad (Carnaval) como corolario de las relaciones entre las familias de elite y el campesinado indígena con el fin de manifestar el funcionamiento de la estructura social local. A su vez, la autora distingue las ocupaciones de los pobladores de Yavi durante el período estudiado demostrando la existencia de otras posibilidades laborales alternativas al ingenio San Martín del Tabacal.

Como señalé anteriormente, es de mi interés abocarme a esta última línea de trabajos señalados con el fin de hacer foco en la dinámica particular del valle de El Bolsón, prestando atención a las voces de los protagonistas de la movilidad espacial y desentramando los ejes de sentido de sus relatos en el presente.

3. EL VALLE: UN TERRITORIO CAMPESINO “ANDADO”

*“De Antofagasta he venido
Y en el camino he dormido
Oyendo cantar mujeres
Levántame mi vestido”*

(Doña Luz C. y Don Juan F. - Dic. 2013)

Como antecedente de la información socioeconómica del período que me he propuesto analizar (entre las décadas de 1940 y 1980), dispongo del Censo Nacional de 1895 de la población rural de Hualfín, distrito al cual pertenecía El Bolsón anteriormente. En el censo figuran algunos de los más antiguos pobladores recordados por sus descendientes, cuyas ocupaciones han sido registradas bajo las categorías de “criador”, “hilandera”, “telera” y en menor medida “labrador”³⁰. De acuerdo a este antecedente de fines del siglo XIX y a las entrevistas realizadas en el valle en cuanto a las actividades socioproductivas desarrolladas por padres y abuelos, considero que en El Bolsón éstas tradicionalmente han consistido en una producción agrícola ganadera organizada familiarmente. En este sentido el valle ha sido definido como un “territorio campesino” (Korstanje 2007) en tanto se consideró que: la economía campesina apunta a la reproducción de las familias y no a la acumulación de bienes; la familia es la unidad productiva ya sea tipo extensa, nuclear o que incluya miembros no parientes; sus vínculos con el exterior están dados por redes de intercambio o por el uso de plazas del mercado para la obtención de artículos y servicios no producidos por ellos (Korstanje op.cit.: 3).

Partiendo de dicha definición de economía campesina haré referencia a la dinámica socioeconómica de las familias de El Bolsón durante el período histórico transcurrido entre las décadas de 1940 y 1980, aunque por momentos me remitiré a algunos años previos a modo de contextualización. Veremos que al mismo tiempo que la población campesina se dedicaba a una producción agrícola ganadera de mano de obra familiar, cuyas actividades derivadas y la explotación de recursos naturales la incluía en extensos circuitos de intercambio comercial entre distintos ambientes, se insertaba

³⁰ Algunas mujeres fueron registradas como “cocineras” lo cual plantea la posibilidad de relaciones sociales asimétricas en torno al sistema de patronazgo investigado por Hermitte y Herrán (1970), que podría haberse establecido con pobladores de Hualfín en la medida en que muchos propietarios de las tierras de El Bolsón pertenecían a dicha localidad.

también al mercado laboral de los ingenios azucareros como analizaré en el próximo capítulo.

3.1 De las actividades socioproductivas y la organización familiar

El valle ha sido delimitado de acuerdo a su diversidad ecológico ambiental (y arqueológica) en tres sectores: Septentrional, Central y Meridional (Korstanje 1994). Más allá de las diferencias que se hayan dado en el desarrollo económico de sus sectores, se puede sostener que las actividades productivas durante gran parte del siglo XX, incluían la cría de ganado y una agricultura con riego por acequias para el consumo doméstico. La crianza se basaba en ganado caprino, bovino y vacuno, y se cultivaba principalmente: hortalizas como papa (en zonas altas), zapallo angola, habas, trigo, maíz (en zonas bajas) para el consumo doméstico, y forrajes como alfalfa para la alimentación del ganado (Korstanje op. cit.). Los lugareños se dedicaban también a actividades derivadas como la elaboración de *charqui*³¹, quesos, quesillos o *patay*³² a partir de la recolección de algarroba, al trabajo artesanal en cueros y en algunos casos a la carpintería y herrería. Pero la actividad fundamental para la subsistencia de las familias vallistas fue la industria textil artesanal en la medida en que el hilado y tejido constituyeron la fuente tradicional para el intercambio de recursos y bienes no disponibles en el valle.

Durante las primeras décadas del siglo XX eran pocas las viviendas en los bajos del valle. La mayoría de la población vivía en los cerros, incluso hasta gran parte de la mitad del siglo, y muchos en calidad de puesteros³³ quedando actualmente infinidad de

³¹ Carne seca con sal.

³² Pan a base de harina de la fruta del algarrobo.

³³ Herrán señala que los puesteros son los ocupantes de los llamados “campos comuneros” o “indivisos” (a los que comprende como tierras provenientes de mercedes reales coloniales que por la práctica del mecanismo de cesión de derechos, pertenecen a múltiples propietarios), que crían la escasa hacienda que puede darse en aquellos parajes de pocas precipitaciones, generalmente atendidos por mujeres ya que los hombres migran a trabajar en la zafra azucarera (1972: 12-13). En El Bolsón, si bien algún poblador ha mencionado la existencia de terrenos “mancomunados” (de varios dueños o ninguno, con boleta de compraventa o sin) donde es posible hacer uso de pastoreo, la mayoría ha indicado haber arrendado puestos o ser propietario de terrenos con límites bien definidos.

*puestos*³⁴ abandonados. Por lo que han contado los pobladores, casi todas las tierras pertenecían a una familia de Hualfín, los Leguizamón³⁵ y otras extensiones eran de los Llama (de Nacimientos de San Antonio) en el sector septentrional, de Isaac Aybar³⁶ en el sector central y de los Vázquez (de Villa Vil) en el sector meridional. Algunos terrenos fueron comprados por familias cuya procedencia desconozco, como los Mercado y Herrera, que a su vez siguieron vendiendo a familias del lugar como los Villagra (de Cura Quebrada), o a personas de Villa Vil como Solano Pachado (político del Partido Radical) o Indalecio Pachado, ya acercándonos a la década de 1970. Si bien ambos fueron comerciantes e incluso inicialmente compañeros de fórmula política por el Partido Justicialista, fue principalmente Indalecio quien se desarrolló comercialmente y adquirió grandísimas extensiones de terrenos que superan la delimitación del valle. Por otra parte la población rural de El Bolsón, que anteriormente arrendaba, fue comprando terrenos más pequeños para edificar sus casas más cerca del camino, por ejemplo a los Delgado en Barranca Larga.

He mencionado que la economía vallista estaba organizada familiarmente. Con esto me refiero a que los hogares, como unidades de producción y consumo, estaban conformados por grupos familiares, por lo que ambos dominios, parentesco y producción, se hallaban interrelacionados (Godelier 1987). Los grupos familiares al igual que otras comunidades rurales de la zona (Forni *et al.* 1993; Mastrangelo 2004; Maffia *et al.* 2005), estaban compuestos en su mayoría por familias de tipo extensas donde todos los miembros participaban en las actividades productivas. Pero no todos sus miembros se vinculaban estrictamente por lazos de filiación, ya que la crianza de niños ajenos constituía una práctica común que implicaba mayor fuerza laboral dentro del grupo doméstico (Mastrangelo 2004; Molina Pico *et al.* 2013). También era común la existencia

³⁴ Viviendas generalmente en el cerro usadas en el invierno para pastura de animales.

³⁵ Waisser menciona en sus libretas de campo de la VIª expedición (1924), que debe enviar peones a Hualfín para solicitar los permisos (de excavación) a los “diferentes Leguizamones a quienes pertenece El Bolsón en comunidad”. En el Capítulo 5 “Lazos sociales y movilidad a la zafra”, retomaré la importancia de la familia Leguizamón respecto del trabajo en los ingenios azucareros.

³⁶ Oriundo de La Puerta y primer maestro en la zona cuando la escuela era ambulante. Recuerdan algunos pobladores que una vez jubilado seguía yendo a caballo y pasaba por la escuela cuando ellos acudían de niños y que su maestra los instaba a saludar con respeto al “patrón”.

de núcleos domésticos encabezados por madres solteras, quienes en ese caso se mantenían principalmente por el hilado y el tejido.

Las actividades productivas solían organizarse intrafamiliarmente de la siguiente manera: las mujeres se encargaban de la elaboración de tejidos y del cuidado de la hacienda y los hombres se dedicaban al trabajo en los *rastrojos*, a la construcción (*pircas*³⁷, acequias, mantenimiento de casas) y se encomendaban al intercambio de productos o al *conchabo*³⁸. Es necesario aclarar que esta división sexual del trabajo no resulta categórica sino que admitía la alternancia de tareas entre la población femenina y masculina.³⁹

El hilado constituía una actividad practicada por todo el grupo familiar, tanto hombres como mujeres, mayores y niños y era realizada a cada momento, principalmente cuando se pastoreaba la hacienda. Los niños solían encargarse de buscar la leña necesaria para que cocinen las mujeres y también del cuidado de las tropillas de animales que llevaban al cerro, al igual que las niñas que también ayudaban en otras tareas domésticas como moler maíz en las *pecanas*⁴⁰. Algunas mujeres solían hacer ollas de barro con greda del lugar y hacían jabón con *jume*⁴¹ y grasa de burro, lo que constituía otro recurso para el intercambio de productos, pero que no llegó a perdurar como costumbre en las generaciones siguientes. Ellas también se dedicaban al cuidado de la hacienda y principalmente se ocupaban en los telares que armaban en el exterior de las viviendas, actividad que requería de al menos dos mujeres. Esta labor ha constituido la principal fuente de ingresos en la medida en que eran los *puyos*⁴², corbatines, picotes, chalinas, *peleros*⁴³ lo que se *cambalacheaba* por las mercaderías necesarias para la supervivencia.

³⁷ Muros bajos levantados con piedras.

³⁸ Contratarse, emplearse.

³⁹ Por ejemplo también había hombres tejedores, aunque en menor medida, a diferencia de lo relevado en otros poblados aledaños donde la división sexual del trabajo parecía ser más marcada (Maffia 2005; Maffia *et al.* 2005; Hermitte y Herrán 1970; Hermitte y Klein 1972).

⁴⁰ Especie de mortero.

⁴¹ Planta local.

⁴² Mantas tejidas.

⁴³ Telas para la montura de animales.

3.1.1 Los mecanismos del sistema socioproductivo

El principal mecanismo para el abastecimiento de recursos y bienes no disponibles en el valle de El Bolsón se basaba en el trueque o intercambio de productos localmente llamado *cambalacho*. A pesar de que la economía del valle se basaba en una producción agrícola ganadera organizada familiarmente, estaba estrechamente vinculada a un mercado interno implicando una continua circulación e interacción con otras poblaciones de la puna y valles bajos cuyas transacciones comerciales se regían, por ejemplo, de los siguientes valores: una (1) oveja = una (1) bolsa de harina (50kg) o una (1) llama grande = un (1) puyo grande. Más adelante me referiré a los circuitos transitados habitualmente por los pobladores para el trueque de productos.

Otro mecanismo local, principalmente ejercido en la producción de tejido artesanal, es denominado *al partir*. Los lugareños sin posibilidad de esquila en hacienda propia recurrían habitualmente a este procedimiento, mediante el cual una persona propietaria de lana le entregaba este recurso a otra persona para que lo tejiera, obteniendo al final cada una de las partes la mitad del producto. Esta relación solía establecerse localmente con hombres “de negocio”, quienes tenían posibilidad de movilizarse “al norte” y adquirir allí esa materia prima a cambio de otros bienes. El sistema *al partir* también podía aplicarse para la cría de ganado quedando mitad de la hacienda nacida para el puestero y mitad para el propietario de las tierras, tal como menciona Herrán (1972) para la crianza de cabras y ovejas en el departamento de Belén. En cambio con el ganado vacuno el autor indica que se trabajaba “al tercio” correspondiendo dos de los animales nacidos para el propietario, cuestión que no he cotejado para El Bolsón.

Siguiendo el ciclo del tejido, una vez que una familia ya había hilado la lana provista y tejido las prendas, éstas eran entregadas al mismo proveedor para obtener a cambio alimentos como harina, fideos, arroz, azúcar o yerba. El funcionamiento de este sistema de obtención de recursos, el cual establecía relaciones entre segmentos en desiguales condiciones de acceso a bienes y mercado, puede comprenderse a través del

relato de una mujer que vive actualmente en Barranca Larga. Ella fue criada por su madre y tía en el cerro donde cuidaba hacienda ajena, aunque por unos años se había instalado en Barranca Larga para asistir a la escuela. Más adelante se asentó en el paraje de Cura Quebrada donde se dedicaban al tejido:

“¿Y cuando estaban en Cura Quebrada qué es lo que trabajaban? Todo tejido, hilar y tejer, hilar y tejer, eso nomás. (...) Las tres hilábamos, tejíamos las tres (...) **¿Y de dónde sacaban la lana?** Y la lana nos daban así de ‘al partir’, había algunos que trabajan y bueno se van y traían la lana. **¿Las traían de Laguna?** Claro la compraban y nos daban ‘al partir’ y [a] trabajar el tejido, porque con eso vivíamos todas las personas de aquí. **¿Y quiénes eran los que hacían esos viajes y conseguían la lana?** Y bueno más antes iban todo el tiempo, pero el ‘fino’ Indalecio, y bueno después ya este señor de ‘la banda’ que vive todavía ahí (...) traía de ahí y ya compraba y él nos daba. **¿Y después a quién le daban los puyos?** Y a ellos. Ellos nomás compraban. **¿Y qué les daban?** La mercadería todas que necesitábamos. **¿Y eso porque Indalecio tenía almacén?** Claro tenía negocio, de todo había (...) todo había que sacarlo con ellos. **¿Pero nunca le daba dinero?** No porque nunca necesitábamos. Nosotros no lo buscábamos al dinero, porque no era que había no se conseguía dinero para nosotros los pobres, no. Y bueno nosotros necesitábamos nada más para la ropita para la proveeduría”.

(S. C. Mujer de 70 años. Barranca Larga Sep. 2013)

Este mismo mecanismo de abastecimiento de recursos a partir del tejido doméstico que es mediado por proveedores comerciantes fue observado en la sociedad belenista por E. Hermitte y C. Herrán a fines de la década de 1960. Allí advirtieron el modo en que una minoría social establecía relaciones de patronazgo⁴⁴ con los pequeños productores, en tanto propietarios de almacenes de ramos generales⁴⁵ que abastecían a la población y acopiaban parte del producto textil.

Los autores realizaron una tipología de la actividad textil y agraria de acuerdo a las condiciones de acceso a recursos y mercado. Menciono aquí su descripción de las

⁴⁴ Si bien no profundizaré el análisis de las relaciones de patronazgo, hago referencia a su definición en tanto parte del contexto social. Estas surgen como un caso especial del lazo diádico que incluye una amistad instrumental, en donde un individuo de status socioeconómico más elevado, que asume el rol de patrón, usa su propia influencia y recursos para proveer de protección y beneficios a una persona de status menor que asume el rol de cliente, quien por su parte, recíprocamente ofrece apoyo y asistencia general a su patrón (Scott 1977a en Boivin 2001: 4).

⁴⁵ Es en el sector comercial donde se insertaron los inmigrantes siriolibaneses que llegaron al lugar a partir del 1910 (Hermitte y Herrán 1977). Tal es el origen de la familia Saadi, conocidos comerciantes de Belén que tuvieron un importante papel en la política a nivel provincial y local, con influencia también en la sociedad de El Bolsón.

tejedoras de la categoría “B” (Hermitte y Herrán 1970), ya que se asimila al funcionamiento de tejeduría del valle de El Bolsón durante el momento en que se basa el presente análisis. En este sector se incluyen a las tejedoras cuya mano de obra se limita al grupo doméstico, y su acceso a la materia prima, mercados y créditos se da principalmente a través de un acopiador local⁴⁶, situación de muchas de las familias vallistas conocidas y que puede ilustrarse a través de las palabras de la tejedora presentada anteriormente. Por otro lado, Herrán se refiere a la “explotación subfamiliar” entre los diferentes sectores productores del Valle de Santa María de acuerdo al acceso a mano de obra. En este sector la mano de obra utilizada proviene del propio grupo doméstico adicionando eventualmente fuerza laboral mediante formas de reciprocidad local entre las cuales el autor se refiere a la “minga” o “cambio de mano”⁴⁷. Al no ser suficiente el nivel de producción para el sostén familiar en este sector, algunos de sus miembros participan como jornaleros en otras explotaciones o en la ejecución de obras públicas y se desplazan en forma temporaria a la zafra (Herrán 1979). Ambas definiciones son útiles para comprender las condiciones y también las posibilidades socioeconómicas de las familias vallistas, que como veremos, tenían también la posibilidad de emplearse estacionalmente en la cosecha de caña de azúcar en otras provincias norteañas.

⁴⁶ También la existencia de redes de parentesco por fuera de la villa de Belén, como señalan los autores, puede mediar el acceso al mercado. En este sentido las redes sociales (principalmente familiares) extendidas regionalmente pueden intervenir en la colocación comercial de los productos, lo cual veremos más adelante que se dio en los mercados en torno a destinos laborales como ingenios y plantaciones azucareras a donde acudían pobladores de El Bolsón.

⁴⁷ “Sistema de ayuda recíproca en la que quien había recibido colaboración estaba obligado a devolverla sin que medie pago alguno” común entre teleras y hombres durante la cosecha de trigo y en donde se incluía un ambiente festivo de comida, música y baile (Hermitte y Herrán 1970: 300 y 301).

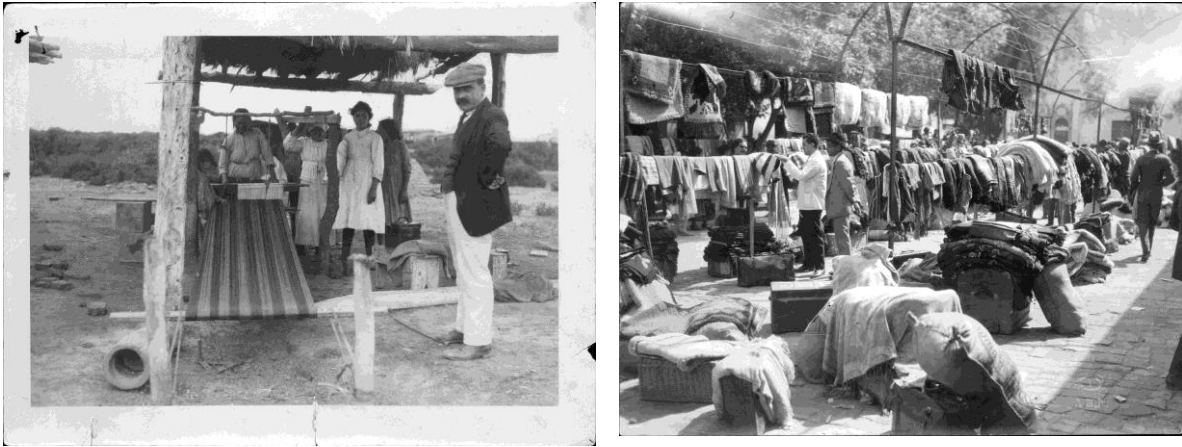


Figura 3. “Industrias textiles” (Catamarca 1927). “Exposición de tejidos regionales de Santa María y Belén durante las festividades de la Virgen del Valle” (Abril 1932). Fuente: Archivo General de la Nación (A.G.N.)

Volvemos momentáneamente al trabajo de E. Hermitte y H. Klein para repasar la caracterización del rol de los comerciantes de Belén. Señalan: “estos señores pudientes además de ser comerciantes y terratenientes eran patrones de una abundante clientela integrada por peonas que hilaban y tejían, y de jornaleros que labraban la tierra. El acceso a la materia prima para el tejido en las zonas montañosas del departamento y la comercialización en destinos tan distantes, determinaron la dependencia de estos comerciantes al mismo tiempo que aseguraba la obtención de alimentos” (Hermitte y Klein 1972: 34). Partiendo de esta descripción, que bien podría referirse a la actuación de los “hombres de negocio” y “patrones” de la sociedad del valle de El Bolsón, pasamos a otro de los mecanismos en función del sistema socioproductivo local: el *conchabo*.

Los mismos comerciantes de mercaderías y que mediatizaban el acceso a materias primas y mercado para comerciar los productos artesanales, solían *conchabar* peones. Los hombres del lugar eran contratados para desempeñarse como *fleteros* cuando se organizaban las caravanas “al norte”, o para trabajar en las fincas tanto en cultivos como para el pirqueo de corrales u otras faenas. Tal es el caso de uno de los abuelos, del paraje El Bolsón, que se *conchababa* con el principal comerciante a cambio de mercadería y cuya mujer tejía *al partir* con la lana entregada por el mismo negociante.

“¿A Indalecio lo conoció? Sí, yo era peón de él. Yo ya casado para criar a los hijos me ‘conchababa’. Iba con carga de burros a Laguna. Él iba a vender mercadería. Siempre conchababa (...) A Laguna se iban por ocho días [con] treinta burros, mulas. (...) Era por la mercadería. Él nos daba lana ‘al partir’. Uno para ella [la esposa del entrevistado] y otro para él. De allá traía la lana. ¿Cómo le pagaba? Con la mercadería, no circulaba dinero”.

(A.V. Hombre de 90 años. El Bolsón, Sep. 2013)

Retomo también las palabras de la tejedora que vive actualmente en Barranca Larga para hacer referencia a la relación establecida con los comerciantes.

“¿Cómo era Indalecio? Y por ahí a veces no eran muy buenos [los comerciantes]. **¿Y por qué?** Y porque siempre así (...) que nos hacía hacer los tejidos los puyitos que ya era de una manera, que faltaba pero mejor dicho que (...) tenían por ahí sus cosas pero gente buena servidora porque nos servían las cosas y nos aguantaban hasta que podíamos pagar. **¿Por ahí los apuraban a que terminen los tejidos?** Mmh no, no mucho. No, eso no. **¿Y ellos después con los tejidos que harían? ¿Adónde los venderían?** Vaya a saber dónde sabrían llevar los tantísimos tejidos... ¿lejos por ahí no? Porque antes la gente de antes hacíamos tejidos todos y muchísimo, muchísimo, harto tejidos.”

(S.C. Mujer de 70 años, Barranca Larga Sep. 2013)

Siguiendo su relato, llama la atención cómo los comerciantes, con quienes establecían un vínculo de intercambio, comienzan siendo calificados como “no muy buenos” para terminar siendo caracterizados como “gente buena” y “servidora” porque les brindaban los recursos necesarios “aguantando” hasta que pudieran pagarles. Esta concepción sobre los comerciantes, poseedores de mayor status socioeconómico e influencia local, remite al modo de construcción de legitimidad en las relaciones de patronazgo o bien patrón-cliente, como en este caso. El hecho de que el cliente perciba la relación como una “reciprocidad justa y equilibrada, advirtiendo explotación únicamente allí donde el flujo de los intercambios amenace las necesidades (culturalmente definidas) mínimas de subsistencia”, otorga legitimidad al sistema de relación (Scott 1977b en Boivin 2001: 5).

Antes de que hubiera comercio en Villa Vil, los pobladores debían buscar la mercadería en Hualfín, La Ciénaga, Belén o Santa María (Ver Figura 4 en el siguiente apartado), pero más adelante la mayoría estuvo vinculada al mismo comerciante que, con su almacén en Villa Vil, constituyó aquella localidad en un nodo importante para el comercio local durante la segunda mitad del siglo XX. También conchababa peones tanto

para el trabajo en cultivos (pimientos) como para los viajes comerciales que emprendía hacia el norte movilizand o caravanas de burros cargados con mercadería para intercambiar, por ejemplo, por lana en Laguna Blanca o Aguas Calientes. Además de instaurarse como el principal proveedor de lana para muchas familias, era también quien absorbía cantidad de tejidos realizados allí mediante los cuales los grupos domésticos obtenían las mercaderías necesarias para su vida diaria, tal como vimos en los casos presentados. Es probable que los hombres de negocio a su vez vendieran los “tantísimos tejidos”, que señala la tejedora de Barranca Larga, al sector de acopiadores de la villa de Belén mencionados por E. Hermitte y C. Herrán. Para completar el panorama de dependencia de los pobladores vallistos con estos comerciantes, recordemos que, como mencionamos anteriormente, también algunos eran propietarios de terrenos allí (como el comerciante de Villa Vil) por lo que sus tejedoras y peones en muchos casos eran a su vez sus arrenderos⁴⁸.

3.2 Los viajes para el intercambio de productos

Dadas las condiciones ambientales y productivas que han constituido al valle de El Bolsón como ámbito de interacción y tránsito entre la puna y los valles (Cortes *et al.* 2012), el sistema económico vallista formaba parte de un mercado interno que incluía circuitos comerciales entre distintos pisos ecológicos que implicaban una intensa movilidad espacial en la zona.

La movilidad para el intercambio de productos desde El Bolsón se estructuraba principalmente en dos sentidos: uno en sentido descendente con destino al área valliserrana y otro, en sentido ascendente hacia la puna.

La categoría de los viajes que defino como descendentes se destinaban a Hualfín, Santa María o Belén principalmente, para intercambiar tejidos (*puyos*, corbatines, chales,

⁴⁸ Lo mismo sucedía en el distrito de Laguna Blanca con el mismo comerciante, ya que también poseía terrenos allí y a su vez se relacionaba comercialmente con los pobladores (Forni *et al.* 1993).

peleros) y cueros por mercadería (arroz, harina, fideos, yerba, azúcar, jabón), también maíz, trigo o frutas y pelones. Por otro lado, los viajes en sentido ascendente tenían como principal destino Laguna Blanca y pueblos aledaños para intercambiar parte de la mercadería obtenida en los valles bajos por lana y hacienda. Establezco esta categorización, que parte del caso de El Bolsón, para visualizar de forma simplificada la interacción entre poblaciones de diferentes ambientes y la circulación de recursos y productos.

MOVILIDAD	Productos llevados	Productos traídos
Sentido Descendente El Bolsón - Valles bajos	Tejidos	Mercadería
Sentido Ascendente El Bolsón - Puna	Mercadería	Lana Hacienda

Cuadro 1. Elaboración propia en base a relevamiento de campo 2012-2014.

La movilidad espacial para el intercambio de productos fue modificándose de acuerdo al contexto histórico general, a la localización de acopiadores de tejidos y a la construcción de caminos. Es así como en las primeras décadas del siglo XX era común el contrabando de productos chilenos obtenidos en el desierto mediante el intercambio de corderos por cueros de vicuña, *coca*, armas, ollas y cucharas (Ruperto 2011). A mediados de siglo, cuando todavía la mayoría de las familias vivía en los cerros, y aún los comerciantes de centros poblacionales aledaños no se acercaban al lugar, la gente del valle se movilizaba habitualmente para el intercambio de productos necesarios para su sustento recorriendo gran parte del territorio regional.

Viajaban a lomo de mula a Santa María (ubicada a 165 km aprox.) o Belén (ubicada a 96 km aprox.) por huella ya que no había camino, demorando en el caso de Belén tres días y medio incluyendo dos paradas: una en la Quebrada de Hualfín y otra en la Puerta de San José. En estos desplazamientos habituales solían ir hombres acompañados de niños que se “criaban andando” para ayudar con los animales, padres e hijos o jóvenes que se conchababan a comerciantes de quienes aprendían dicha práctica. También se movilizaban a localidades más próximas como La Puerta de Corral Quemado (ubicada a 44 km aprox.) o Hualfín (ubicada a 54 km aprox.).

“(…) Tenía alfa para animales, tenía muchos caballos [Don Crisanto]. Los tenían como antes, veinte o más. **¿Los vendían?** No, los tenían nomás. **¿Para cargar cosas?** Si, se iban de almacenes y traían mercadería (...) Burros llevaban, esos años se hacía mucho el puyo, cueros cambiaba con harina, azúcar.

(…) Iba a Hualfín por Villa Vil, por ahí era el camino ‘a cabalgar’. Iba por el río y sabía llevarnos para que tengamos los animales. A Belén íbamos a caballo, tres días y medio. **¿Y dónde dormían?** Dormíamos en la quebrada cerca de Hualfín, en Campo de Palo Blanco, ahí en el campo. De ahí a la Puerta de San José y de ahí otro día en Belén. **¿Le gustaba?** Si, iba de guía llevando el animal. **¿Porqué a Belén?** **¿No había almacén en Villa Vil?** No nada, en Hualfín sí.”

(A.V. Hombre de 90 años. El Bolsón, Sep. 2013)

Como mencioné en el apartado anterior, algunos hombres tenían animales de carga como caballos, mulas y burros necesarios para el traslado de productos a considerables distancias que alcanzaban a las provincias de Salta, Jujuy y La Rioja (Ver Figura 1 en el Capítulo 1 y Figura 4 a continuación). Para la crianza de animales sembraban “alfa” (alfalfa) que, como recuerdan actualmente los vallistos, había “en cantidad”. Los mulares también podían obtenerse de Tinogasta, Fiambalá, Vinchina e incluso de Santa María y, a su vez, eran comercializados en el norte. Algunos pobladores viajaban hasta Abra Pampa en Jujuy demorando un mes, muchos se movilizaban hasta Pampa Llana en Salta, dónde era “muy puna y los perros se morían”, a Tacuil, Jasimaná, Compuel, en donde obtenían ganado en pie: llamas, ovejas y cabras (en menor cantidad). Esos viajes a lomo de mula, ya que “el caballo no aguantaba la puna”, solían llevar quince días y requerían del *conchabo* de *fleteros* ya que se cargaban de a veinte o treinta burros.

A Laguna Blanca (localidad ubicada a 55 km aprox.) llegaban tras una jornada de viaje para intercambiar mercadería, frutas, pelones, pasas de uva por lana y hacienda para carnear y vender después localmente. Desde allí seguían viaje hasta Aguas Calientes, un pueblo ubicado a 60 km aprox. de Laguna.

“(…) Cantidad de bolsas cargaba, en burro hasta Laguna, solito, pregunten allá en Laguna, les van a decir cuánto sabía cargar yo. De allá traía lana, hacienda, sal tal vez. **¿Y de acá qué llevaba?** Mercadería, fideos, arroz, azúcar. Antes todo se cargaba, coca, yerba.”

(A. V. Hombre de 63 años aprox. El Bolsón, Sep. 2014)

Otro traslado habitual tenía como propósito la extracción de sal, cuyo circuito clásico se daba entre las salinas ubicadas en las cercanías de Laguna Blanca, el paraje de

Nacimientos de San Antonio (sector septentrional del valle) y el valle de Santa María. Para el comercio de sal se organizaban viajes exclusivos durante la época de abril, tiempo en el que ya habían ocurrido las cosechas, pariciones de animales y la elaboración de quesillos (Korstanje 1998).⁴⁹

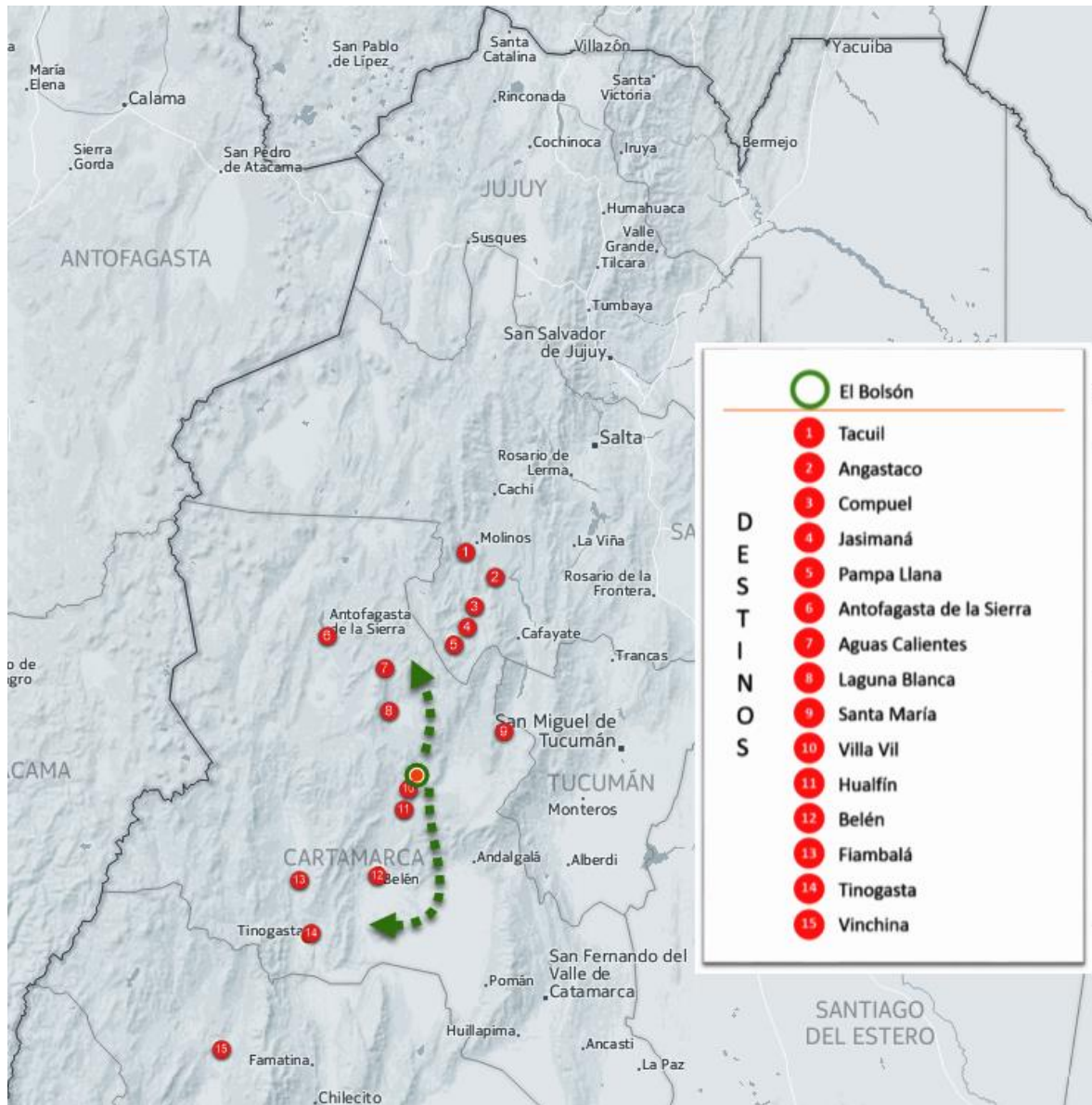


Figura 4. Principales lugares recorridos para el intercambio de productos. Elaboración propia en base a relevamiento de campo 2012-2014.

⁴⁹ Actualmente esta actividad continúa desarrollándose y consiste en una caravana de aproximadamente veinte burros, alquilados o prestados, mientras los pobladores van a pie. La caravana recorre aproximadamente unos 25 km para llegar al lugar de la extracción y las travesías, viaje de ida y vuelta más los trabajos de extracción, se extienden por aproximadamente una semana (Cortés *et al.* 2012).

Para facilitar la presentación de la información sobre los circuitos comerciales obtenidos a través de la memoria de los vallistas, planteo de forma simplificada los principales datos en un cuadro.

DESTINOS	Productos llevados	Productos traídos	Contactos*
Villa Vil	Puyos Chales Corbatines	Maíz Harina Grasa Azúcar Fideos, arroz	Rafael Vazquez Solano Pachado Indalecio Pachado Simon Delgado Angel Cedron
Hualfín	Puyos Cueros	Mercadería Trigo, maíz	Oscar Abarza Wenceslao Vazquez
Quebrada de Hualfín		Frutas/Colpa	
Santa María	Sal	Mercadería Uva/Pelones Maíz	
La Puerta		Lana	Don Filomon Aibar
San Fernando	Sal	Maíz/Uvas Pelones/Algarrobas	
La Ciénaga	Tejidos	Mercadería	
Belén	Tejidos/Cueros	Mercadería	Sr. Hidalgo
Londres		Mercadería	
Tinogasta		Frutas Mulares	
Fiambalá		Frutas Mulares	
Vinchina (La Rioja)		Hacienda	
Laguna Blanca	Pasas de uva Harina , fideos Patay	Sal* Lana y cuero Ovejas/Cabras Llamas	Abel Gutierrez Nemesio Gutierrez Juan Guerra
Aguas Calientes	Mercadería	Lana/Hacienda	
Antofagasta de la Sierra		Cueros de vicuña	
Chile	Corderos	Coca Cueros de vicuña Armas Ollas y cubiertos	
Pampa Llana (Depto. San Carlos, Salta)	Mercadería/Mulares Tejidos	Llamas/Ovejas Cabras	
Jasimaná (Depto. San Carlos Salta)		Hacienda	
Compuel (Depto. Molinos, Salta)		Hacienda	
Tacuil (Depto. Molinos, Salta)		Lana de llama/Llamas Corderos y chivos	

Cuadro 2. Destinos de viajes para el intercambio de productos para la población de El Bolsón. Elaboración propia en base a relevamiento de campo 2012-2014.

La misma lógica de movilidad espacial en sentido descendente y ascendente en lo que respecta a los recursos y productos intercambiados entre las poblaciones puneñas y vallistas, se repite en otros estudios (Forni *et al.* 1993; García *et al.* 2002; García y Rolandi 2003; García y López 2004) sobre los circuitos comerciales regionales que tuvieron lugar durante el período analizado del siglo XX.

En el caso de la población de Antofagasta de la Sierra o del Peñón, los circuitos registrados llegaban a los valles de Belén (Ej. Corral Quemado, Barranca Larga-El Bolsón), a las cercanías de Fiambalá y también a los valles Calchaquíes constituyendo destinos vinculados por redes de parentesco (García *et al.* 2002; García y Rolandi 2003; García y López 2004). En los viajes con destino a Belén estudiados por las autoras, mencionan paradas de descanso en parajes del valle de El Bolsón, como Nacimientos de San Antonio, localización que resulta un punto estratégico en prácticas de movilidad que conectaban la puna con el área valliserrana, las cuales fueron registradas tanto arqueológica como etnográficamente por parte del equipo de investigación, como veremos a continuación. También refieren paradas de descanso en la localidad de Villa Vil donde se hospedaban en hogares de algunas familias del lugar⁵⁰, formando así parte de las redes sociales y de intercambio de productos que las autoras señalan hasta 1980. En esos viajes los productos llevados desde la región de Antofagasta eran: lana de oveja o de llama, cueros de oveja o de cabra, tejidos (*puyos*, *peleros*) y *charqui* o *chalonga* (de cordero). Los productos con los que regresaban hacia la puna eran: azúcar, harina, cereales (maíz o trigo), vino y zapallo de angola (García *et al.* op. cit.; García y Rolandi op. cit. y García y López op. cit.).

Quienes han estudiado los viajes para intercambio de productos desde la población de Laguna Blanca (Forni *et al.* 1993), mencionan como principal destino en sentido descendente a Belén. Allí obtenían proveeduría como maíz, arroz, yerba, azúcar a cambio de los productos que llevaban ellos: lana, cueros de chinchilla, vicuña y *coca* (obtenida previamente en San Antonio de los Cobres, Salta). Los autores indican que esos viajes

⁵⁰ Se trata de las mismas familias que de acuerdo a las entrevistas realizadas jugaron un activo rol en la historia económica y política del valle de El Bolsón y que figuran como contactos para el intercambio de productos en el Cuadro 2.

implicaban para los jóvenes un “rito de pasaje” para salir del pueblo de Laguna Blanca antes de enrolarse en el servicio militar y que luego podía continuar en una emigración temporaria en búsqueda de empleo (Forni *et al.* op. cit.: 21). A finales de la década de 1970 la localidad de Villa Vil comenzó a figurar como destino importante para el intercambio de productos, de la mano de la mayor dependencia a uno de sus comerciantes tal como sucedió en el valle de El Bolsón.

Previamente he mencionado la importancia de la localización del valle El Bolsón como zona de tránsito respecto de los circuitos de intercambio de productos entre la puna y valles bajos. Por otro lado había señalado la existencia de prácticas de caravaneo relacionadas a un sitio arqueológico en Nacimientos de San Antonio (sector septentrional del valle) que pudo haber constituido un punto de descanso para la movilidad regional. Vimos también que en las libretas de campaña de V. Waisser del año 1924 se registraba una parada de descanso en las cercanías del sitio junto a los baqueanos que lo acompañaban. Sumado a lo anterior, hacia el año 1991 el equipo de arqueología que trabaja en el valle, observó el uso de puestos, corrales y pasturas de Nacimientos de San Antonio por parte de troperos en su paso hacia los valles. Los viajes de los troperos consistían en dos itinerarios: Laguna Blanca - El Bolsón y Aguas Calientes - El Bolsón, para los cuales incluían una parada de descanso en el paraje. Indicaron que para ese entonces el primer circuito se conservaba puntualmente para el tráfico de sal desde las salinas “Corralito” y “Salina Grande” hacia distintos pueblos de los valles, pero que ya no registraba una activa circulación de troperos desde la construcción de la ruta a fines de la década de 1970, que unió ambas localidades y trajo aparejado el frecuente trayecto de comerciantes intermediarios en camiones que iban levantando la producción local y llevando productos de las ciudades (Korstanje 1998: 4). De acuerdo a las observaciones realizadas respecto del segundo circuito, cuyo viaje duraba dos jornadas, los productos movilizados en sentido descendente consistían en lana, tejidos y ganado en pie, y los provenientes de los valles eran harina, azúcar, yerba y frutas (Korstanje op. cit.), manteniendo la composición de los productos intercambiados en décadas anteriores.

Actualmente los pobladores recuerdan no solo los propios viajes comerciales realizados durante su infancia o los reanudados al regreso de la temporada de zafra⁵¹, sino que también evocan imágenes de cuando venían a caballo de La Rioja con pasas o harina cocida y bajaba la gente de los “pueblitos” (de los alrededores de Laguna Blanca) para hacer *cambalacho*. Se juntaba “muchacha gente” que paraba por ejemplo en los *rastrojos* lindantes a la antigua escuela de Barranca Larga donde Domingo Pachado tenía “muchacha alfa” y “metros de pirca”. Los relatos recrean caminos “muy andados” lo cual refuerza la idea de circulación y movilidad en la zona.

⁵¹ Los viajes comerciales realizados al regreso de la zafra se destinaban principalmente a los pueblos de la puna u otros valles altos aledaños, lo cual se mantiene hasta el presente. En relación a esto, un lugareño que continúa dicha actividad comercial, al mismo tiempo que se dedica a su finca y hacienda y es empleado de planta permanente en la Municipalidad, ha señalado: “es un vicio mío el de viajar y vender”. En ese sentido, ha contado que le había costado comenzar el trabajo en “la Muni” ya que no podía viajar como antes por lo cual inicialmente deseaba “botar” el trabajo. De todas formas, actualmente continúa movilizándose los fines de semana, en su vehículo o moto, a Laguna Blanca, Las Cuevas o Rodeo Gerván para vender bolsones de ropa, *coca* o dulces. Retomaré la continuidad de estos viajes comerciales fuera de la temporada de la zafra azucarera durante el período temporal bajo análisis en el Capítulo 6.

4. LOS LUGARES Y EL TRABAJO DE LA ZAFRA

*...Soy como el cañaveral,
Tierra que rinde el esfuerzo.
Mis flores son de verano
Pero adentro llevo inviernos...*

“Fin de la zafra” - Atahualpa Yupanqui

La construcción de los relatos sobre el trabajo en la zafra azucarera entre los vallistas no ha seguido necesariamente una línea cronológica en el sentido en que comúnmente se concibe la historia, sino que tendió a forjarse primero en torno a las experiencias más agradables relativas a la interacción social, al esparcimiento fuera de la jornada laboral, a las mercancías traídas producto del dinero ganado, y como parte de los territorios conocidos. Generalmente los significados de estas experiencias se condensaban en el término “lindo”, que suele ser la primer palabra enunciada en respuesta a cómo era ir a la zafra. En cuanto a la reconstrucción de la experiencia del paso por los diferentes destinos, también es necesario aclarar que por momentos las fronteras entre un lugar y otro se entrecruzan, tal como el caso de San Martín del Tabacal y Ledesma al relatar los viajes y el encuentro con otros trabajadores de orígenes diversos. Pero al mismo tiempo que ciertos recuerdos se enredan, los tonos y términos utilizados para referirse a estos lugares son bien diferenciados. En este sentido, retomo la diferencia entre el espacio geográfico, organizado y precisamente delimitado, y el *espacio vivido* relacionado directamente con la experiencia de la práctica la cual remite a otra espacialidad (De Certeau 2000).

Teniendo presente esta diferenciación en términos analíticos, la presentación de la tradicional movilidad a la cosecha de caña de azúcar seguirá la trayectoria *hablada y practicada* por la mayoría de la población, de acuerdo a cómo *mapas y recorridos* se imbrican en los relatos (De Certeau 2000). En líneas generales y exclusivamente a modo de simplificar la presentación, distingo tres momentos de acuerdo a los itinerarios reconstruidos: el primero transcurrido entre las décadas de 1940 y 1950 en que concurrían a Salta a trabajar al ingenio San Martín del Tabacal; el segundo transcurrido

entre las décadas de 1960 y 1970 en que trabajaban en el ingenio Ledesma, en Jujuy; y un tercer momento entre fines de la década de 1970 y la de 1980 en que se movilizaban a las fincas de Tucumán. Considero que la estructuración de esta trayectoria se relaciona directamente con el establecimiento de lazos sociales extendidos por fuera del valle, basados en una vinculación por parentesco, “amistad instrumental” o patronazgo, y con el momento en que cada uno de los ingenios fue mecanizando la cosecha de caña de azúcar.



Figura 5. Principales destinos de trabajo en la zafra azucarera: el valle de San Francisco en las provincias de Salta y Jujuy, y la zona pedemontana de la provincia de Tucumán. Elaboración propia en base a trabajo de campo (2012-2014).

4.1 Los destinos

4.1.1 San Martín del Tabacal

El ingenio San Martín del Tabacal se fundó próximo a Orán, al noroeste de la provincia de Salta, sobre el valle del río San Francisco en 1919 (Ver Figura 5). Fue caracterizado por sus grandes superficies de plantaciones de caña, y por su rápido establecimiento en la industria azucarera, facilitado por el posicionamiento político de sus propietarios. La extensión de sus terrenos, que iba aumentando con los años, se debió a la implementación de una política de acumulación de tierras. Este mecanismo estuvo directamente vinculado al reclutamiento de mano de obra temporaria para las cosechas, en la medida en que las poblaciones de fincas adquiridas por el ingenio eran convertidas en sus arrendatarias, debiendo tributar con su fuerza laboral en las zafras (Rutledge 1987a; 1987b). En sus inicios empleó mano de obra aborígen primero para el desmonte y la implantación de los cultivos de caña, luego vallistas y quebradeños de Jujuy, Salta y Catamarca, y por último población de origen boliviano (Bisio y Forni 1976).

Los pobladores del valle de El Bolsón habrían formado parte de la mano de obra correspondiente a la segunda etapa, posiblemente iniciada en la década de 1930. Si bien los vallistas han mencionado que “antes” sus padres iban a Tucumán, al ingenio Santa Lucía⁵² (solamente dos personas han mencionado el ingenio Santa Ana), los relatos que incluyen a sus padres hacen referencia principalmente al ingenio San Martín del Tabacal. Es allí donde la generación mayor actual del valle comenzó a viajar de forma estacional durante su niñez. Acudían para trabajar en la temporada de cosecha acompañando a sus padres y ayudando, ya sea para la pelada de caña o para cocinar para los zafros.

⁵² En los testimonios recopilados por Lucía Mercado se registran catamarqueños, principalmente vallistas de Santa María, arribados al ingenio Santa Lucía durante la década de 1920, a donde algunos permanecieron definitivamente como el caso de la familia Marcial (Mercado 2003: 218).



Figura 6. "Ingenio San Martín del Tabacal en plena actividad". Agosto 1926. Fuente: A. G. N.

Los recuerdos de este lugar suelen ser los más sombríos de la experiencia laboral en la zafra entre la población vallista. Aunque cuando se les pregunta puntualmente cómo eran los patrones muchos responden que eran "gente buenita", por lo que ellos hacían el trabajo "calladitos", durante el transcurso del relato las condiciones laborales referidas están lejos de ser asociadas a cualquier rasgo de bondad de la patronal. Trabajaban sin "enrole" (sin registro) y no tenían aportes, eran maltratados incluso con latigazos, y debían trabajar durante jornadas interminables en un ambiente caluroso y "muy sucio", según la mirada femenina. Estas condiciones fueron enfatizadas en los relatos mediante el uso del cuerpo para representar las situaciones sufridas. Podemos observarlo a través de la memoria de dos abuelos que viven actualmente en El Bolsón, de ochenta y cuatro y noventa años respectivamente:

"¿Cómo era el trabajo cuando fue para San Martín? Éramos esclavos. A las dos, una de la mañana los encargados [nos levantaban] a latigazos. Mi papá me dejaba solo en la pieza, hacía frío, hasta que amanecía. **¿Cómo aprendió el trabajo?** Y aprendí obligado. Nos

indicaban cómo eran las cepas de cañas y cómo agarrar el machete. A mí me decían currito [haciendo referencia al puerco de pequeño].”

(F.V. Hombre de 84 años. El Bolsón, Sep. 2013)

“Trabajaba de sol a sol. (...) Antes la patronal (...) era muy exigida. [Los] primeros años en San Martín ahí salíamos a la una de la mañana, volvíamos cuando se hacía la noche, ya para el ranchito, a la pieza, a comer y dormir un momentito. Nos tenían ‘bajo el brazo’, ‘bajo el zapato’, viera cómo era antes la patronal. (...) [Estábamos] queriéndonos dormir a veces y ya sentíamos que venía la máquina del ingenio para ir a cargar la caña. (...) Nos golpeaban la puerta a la una de la mañana. Obligados, si [uno] no se levantaba daban una vuelta y al rato volvían otra vez [por] el que no se ha levantado sino a las dos veces lo sacaban a patadas, a patadas lo sacaban de la cama. No tenía que quedarse, había que ir a esas horas.”

(A.V. Hombre de 90 años. El Bolsón, Dic. 2012)

La vida cotidiana en los ingenios fue caracterizada como una resultante de imposiciones, resistencias y adaptaciones entre las medidas de sus directivos y sus trabajadores (Campi 2009: 246). Con el propósito de “civilizar” y disciplinar al diverso entramado social en tanto trabajadores, se tendió a la jerarquización del espacio, a la organización de las tareas y marcación de los tiempos de trabajo. Otro indicativo del disciplinamiento de los trabajadores está representado en la figura del “familiar”⁵³, frecuente en relatos sobre la experiencia laboral en ingenios azucareros (Martínez 2012; Gordillo 2010). En general su referencia fue escasa en las entrevistas con los vallistas, salvo aisladas menciones para los ingenios tucumanos, si bien no fue un tema indagado específicamente. Pero una de las pocas mujeres del pueblo de El Bolsón que ha ido a los ingenios a pelar caña ha mencionado el peligro de ser ingerido por el “ucumar”, que era “malo” y del cual había que tener cuidado cuando se iba a buscar leña. Esto refuerza la referencia al oso de los bosques salto-jujeños denominado ucumar que es protagonista de leyendas locales sobre el rapto de mujeres (Colombres 1984). Pero a la vez, esta misma figura fue asociada a un bicho que podía “llevarse” a la gente que estaba en el ingenio San Martín, como contó la misma mujer de acuerdo a la historia que su padre le había relatado. Su padre, que frecuentaba San Martín junto a su cuñado y solía llevar también a

⁵³ En el imaginario popular “el Familiar” nace de un pacto entre el dueño del ingenio y el diablo. Es un monstruo, generalmente representado por un perro negro, que vive en los sótanos de la fábrica velando por la riqueza y prosperidad de su señor a cambio de la entrega de un obrero para devorar (Rozenvaig 1986: 248).

sus hijos “de cuarta”⁵⁴, en una ocasión entre las dos y las cuatro de la mañana estuvo cerca de ser “llevado”:

“El bicho vino del demonio. Lo alzó de la manga, quería cazarlo a él (...) Después se hizo un remolino de viento, le salía sangre de la nariz. Si no tenía a su hijo varón lo llevaba.”

(A. CH. Mujer de 58 años aprox. Barranca Larga, Sep. 2013)

En este sentido, la citada mención del ucumar sí podría vincularse a las apariciones del “familiar” relatadas por otros trabajadores, como los tobas que mencionaron que salía a las dos o tres de la mañana (Gordillo 2010: 172) o como pobladores del Cajón (Santa María) que señalaron que llevaba gente sola que no tenía familia (Martínez 2012). Hago mención a esta dimensión simbólica de la zafra en San Martín para considerar cómo en el imaginario de seres monstruosos o diablos, se articula el poder simbólico y el control social de ingenios azucareros pero también la importancia que conllevan las relaciones sociales como familiares para los trabajadores en un nuevo contexto (Martínez op. cit.: 371). A su vez, el control social detentado por los ingenios es manifestado incluso actualmente, cuando en los relatos sus patrones son enunciados como “buenitos”, cuestión que relaciono al disciplinamiento y la paulatina proletarización del campesinado, en cuyo proceso, el terror que acompañó la “seducción del dinero” se fue transformando en hábito (Isla 2009: 82-83).

4.1.2 El ingenio Ledesma

Los orígenes del Ingenio Ledesma se remontan a 1830, aunque la introducción de la caña de azúcar en ese sector del valle de San Francisco, en Jujuy, tuvo sus inicios a mediados del siglo XVII (Ver Figura 5). A fines de siglo XIX la producción fue modernizada con la adquisición de máquinas de vapor y comenzó su expansión en consonancia con el poder político de sus propietarios (Rutledge 1987a y 1987b). A lo largo de su expansión

⁵⁴ Sistema de trabajo de la zafra por el cual una persona, generalmente un varón joven o una mujer, se desempeñaba como auxiliar a cambio de la cuarta parte del ingreso del zafrero. Volveré a referirme a este método laboral en el Capítulo 5.

productiva ha utilizado mano de obra estacional indígena inicialmente, luego quebradeños y puneños de Jujuy, vallistas de Salta y Catamarca como también pobladores de Santiago del Estero, y finalmente pobladores bolivianos (Whiteford 1977 y 1981).

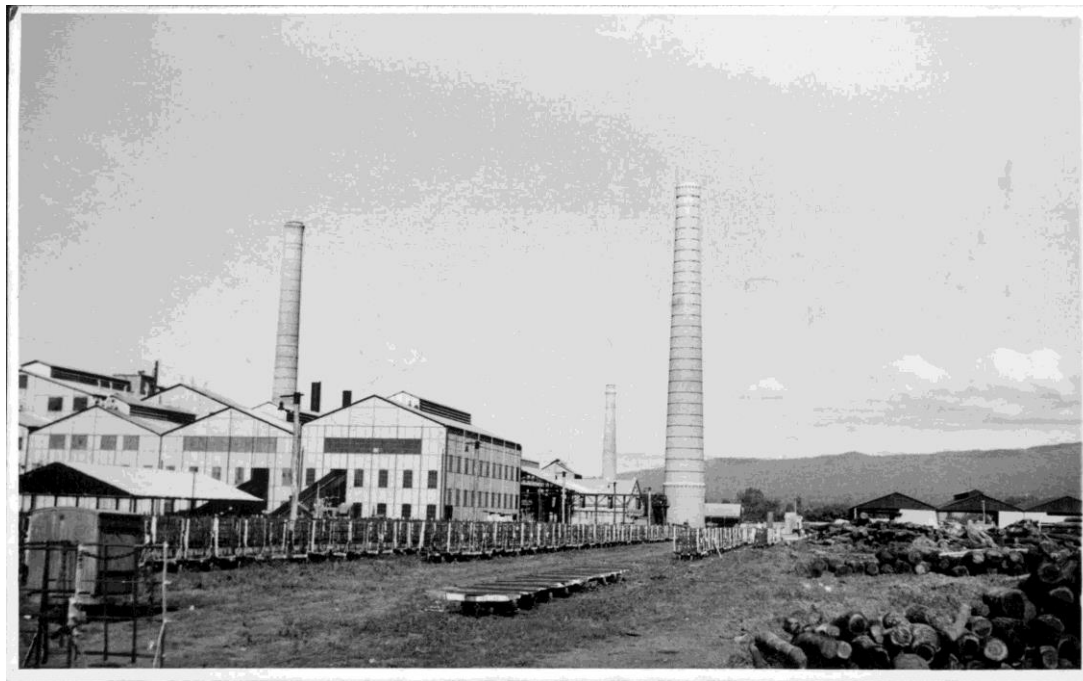


Figura 7. Ingenio Ledesma 1938. Fuente: A. G. N.

No llamaría la atención que el ingenio San Martín del Tabacal se haya reconstruido discursivamente entre los vallistas como un lugar lejano, puesto que realmente se encuentra a una gran distancia física del valle de El Bolsón y ha implicado la primera experiencia laboral de la mayoría de los pobladores, por lo que también sería un lugar lejano temporalmente. Pero resulta interesante la contraposición de los términos utilizados para referirse por un lado a San Martín como “allá” y por otro lado al ingenio Ledesma como “aquí”, siendo que también este ingenio se ubica considerablemente lejos del valle en términos geográficos.

De Certeau ha señalado que los sujetos, al enunciar sus movilidades espaciales, constituyen un cerca y un lejos, un *aquí* y un *allí* que rebasa su utilización como adverbios en la medida en que implica una marca de *apropiación* presente *del espacio* donde el

posicionamiento de un “yo” y un otro relativo a ese “yo”, instaura una posición conjuntiva y disyuntiva de sitios (Ídem 2000: 111). Resulta importante retomar esta “marca de apropiación” para destacar la subjetividad de la experiencia, cuestión que asocio a las *inversiones de afecto* que los sujetos realizan en determinadas situaciones generando sitios estratégicos de carácter temporal a los cuales los vinculan sentimientos de pertenencia (Grossberg 1992). El sujeto, en su capacidad actuante, organiza un *aquí* en relación con un *allá*, una familiaridad en relación a una extrañeza (De Certeau 2000: 142) tal como podemos observar entre los relatos donde el antes y el después de San Martín o su diferencia con otros lugares, es realmente significativa de acuerdo a la propia experiencia de vida. En este sentido retomo las palabras de uno de los abuelos de El Bolsón, cuya familiaridad hacia Ledesma puede contextualizarse de acuerdo a la evocación de su “finada” esposa que iba allí a cocinar:

“¿Y su mujer no ha ido a cocinar? [A San Martín] Después, ya cuando los chicos eran grandes. Un tiempo y ya he trabajado aquí en Ledesma. **¿Y por qué cambió?** Y porque allá era muy lejos, caluroso y nos traían muy tarde. Y aquí en Ledesma era más fresco íbamos más temprano menos meses. Una vez que pasaba la cosecha ya nos traían. (...) **¿Y a su familia la extrañaba?** Y si allá si, aquí ya no porque siempre la llevaba a mi ‘finadita’ [a Ledesma]. Ella agarraba pensionistas, les cocinaba.”

(A.V. Hombre de 90 años. El Bolsón, Sep. 2013)

Además de la relación de familiaridad, que pareciera vincular a los pobladores con Ledesma cuando se refieren al lugar como “aquí”, también hay una imagen asociada a este lugar, que se repite entre los interlocutores: la llegada de Perón que los libera de la “esclavitud”. Si bien en términos históricos las políticas peronistas relacionadas al trabajo rural comenzaron en décadas anteriores al período que había marcado para el trabajo de los vallistas en el ingenio Ledesma, e incluso anteriores a la primera presidencia de Perón (1946-1952)⁵⁵, en la memoria de los pobladores su imagen es evocada en asociación con este ingenio:

“(…) Desde que fui a Ledesma me gustó y [me] quedé [para trabajar durante las zafras]. En Tabacal las casas eran palos revocados con barro y en Ledesma de bloque (...) Perón nos sacó de la esclavitud. Las habitaciones eran buenas en Ledesma.”

(A. CH. Hombre de 88 años. Barranca Larga, Dic. 2013)

⁵⁵ Como el caso del “Estatuto del Peón Rural” de 1944.

“Después he ido a Ledesma. **¿Ahí era igual?** No, diferente. Porque (...) ya no éramos esclavos. (...) Conozco surco por surco en Ledesma, en todos los lotes he trabajado, paliar, machetear. (...)”

(F.V. Hombre de 84 años. El Bolsón, Sep. 2013)

Durante el período en que acudían al ingenio Ledesma, alrededor de las décadas de 1960 y 1970, tanto los viajes, los horarios y condiciones laborales estaban más regularizados en comparación a cuando concurrían a San Martín. Las políticas del gobierno peronista además de posibilitar que mejoraran las condiciones de las viviendas o aumentara el salario (Whiteford 1981), estipularon beneficios complementarios, como el reparto de leche y azúcar recordado por los vallistas. Claro que también reportan un trabajo “matador” en este ingenio⁵⁶ pero señalado únicamente cuando se vuelve a preguntar si no sucedía lo mismo que contaban de San Martín.

Es posible que la asociación de la imagen de Perón a Ledesma se deba por un lado a la incorporación de los reclamos sindicalistas vivenciados en ese ingenio y, por otro lado, a que la mayoría de la población mayor se encuentra actualmente jubilada (conquista vinculada al peronismo) por los aportes realizados principalmente en Ledesma. En este sentido consideramos que las imágenes del pasado están enlazadas a las condiciones actuales de las personas. Las imágenes que conforman la memoria vehiculizan sus propias asociaciones con eventos, objetos o emociones del pasado, que a su vez se entretajan con las circunstancias del presente, por lo tanto las experiencias del pasado y del presente se encuentran interpenetradas (Connerton 1989 en Ramos 2011: 133). De ese modo, tomamos la imagen de Perón como indicador del fin de la “esclavitud”, un acontecimiento del pasado revestido de emoción y asociado a un lugar, que va más allá de la sucesión cronológica de los hechos históricos.

El comienzo laboral en el ingenio Ledesma en varios casos fue antecedido por la realización del servicio militar y el paso a este destino podría deberse a los vínculos con

⁵⁶ Más allá de que no he indagado específicamente el contexto de la violencia institucionalizada a través de la fuerza pública en los ingenios azucareros, estoy al tanto de la presencia de la policía en las plantaciones, de quienes los trabajadores recibieron golpes en alguna oportunidad tal como recordó un entrevistado. Respecto del ingenio Ledesma, es de conocimiento público el procesamiento judicial de su propietario, P. Blaquier, por ser considerado colaborador de la “Noche del Apagón” en 1976.

contratistas y capataces o, a su vez, al comienzo de la mecanización de la cosecha en San Martín, en la medida en que para 1973 la cosecha allí ya estaba mecanizada en un 85% (Bisio y Forni 1976: 50). El proceso de incorporación de maquinaria, si bien apuntaba al aumento de producción, también se consideró como forma de evadir la creciente organización política de los trabajadores que comenzaban a hacer huelgas con mayor frecuencia (Whiteford 1981; Gordillo 1995). El ingenio Ledesma fue también mecanizando gradualmente todas las tareas desde la década de 1950 aunque las transformaciones más importantes por la introducción de tecnología ahorradora de mano de obra se llevaron a cabo a comienzos de 1970, en un contexto de creciente conflicto con los zafreros y sindicatos (Gómez y Karasik 2013: 12-15).

“En Ledesma no había máquina [aún] ahí llevaban la gente, la mano de obra. **¿Ahí ya tenía familia usted?** Si ya tenía los chicos las mayores. **¿Lo han acompañado a Ledesma las dos más grandes?** Si si, después (...) ya les llevaba a todos, andábamos con todos (...) En Ledesma yo he pelado caña con mi hijo.”

(A.V. Hombre de 90 años. El Bolsón, Dic. 2013)

Si en Tabacal los vallistas habían comenzado yendo como asistentes de sus padres, en Ledesma algunos iban acompañados de sus hijos y esposas, proceso que continuó principalmente cuando trabajaron en la zafra tucumana.

4.1.3 La zafra tucumana

Como ya he señalado, la primera generación del valle que se movilizaba a la zafra azucarera parece haber concurrido también a Tucumán al ingenio Santa Lucía (cerrado en 1967). Pero es recién a fines de la década de 1970 y durante la década de 1980 cuando el trabajo en la zafra tucumana se generalizó entre las familias vallistas. Los ingenios mencionados son Fronterita, Nuñorco, La Corona, Aguilares, pero principalmente los pobladores han indicado todos los lugares recorridos y conocidos donde se situaban las fincas cañeras que solían emplearlos como Acherál, Monteros, Concepción, La Tipa, Los Sarmiento, Alberdi, San Ignacio y La Cocha (Ver Figura 5).



Figura 8. Tucumán. Octubre 1920. “Grupo de trabajadores llegados de Santiago del Estero para asistir a la cosecha de la caña de azúcar en Tucumán. Terminan la zafra estos obreros, como los de Catamarca, [y] regresan a sus respectivos pueblos donde hacen agricultura para llenar las necesidades domésticas, pues por lo general ahorran en Tucumán y viven con eso en su provincia”. Fuente: A. G. N.

Habíamos visto que en Tucumán desde mediados de siglo XIX predominaba la mediana y pequeña propiedad de la tierra (Campi 2000), por lo que existía una gran cantidad de pequeñas plantaciones que eran independientes de las fábricas que procesaban la caña (Gordillo 1995). Al constituir superficies de menor extensión pertenecientes a varios “cañeros” que destinaban su producción a diversos ingenios, a

diferencia de las grandes plantaciones salto-jujeñas, en las fincas tucumanas se reducía el período de la zafra. Esta diferencia es expresada por el abuelo de El Bolsón:

“¿Y le gustaba irse ese tiempo solo cuando se iba para la zafra? Y sí. Pero por ahí andaba pocos meses, tres, cuatro meses, depende cada cañero, algún ingenio tiene mucha y otros tienen poca caña. **¿Y en qué mes iba?** Así en mayo. **¿Pero volvía antes?** Volvía en junio, agosto ser ya. Cuando uno se quería ir se volvía (...) voluntariamente, no había obligación de cumplir la fecha de contrato, nada nada. **¿En otro sí?** Si, no se podía [en los ingenios del norte]. No, no... ahí no.”

(A.V. Hombre de 90 años. El Bolsón, Sep. 2013)

La referencia a la zafra tucumana suele ser considerada más “linda” entre los pobladores mayores que se han movilitado durante años a otros destinos cañeros. Como observamos en el caso de un poblador de Barranca Larga (hoy jubilado), tal vez por la reducción del tiempo de cosecha o la modernización del trabajo manifestada en la aparición de los tractores, se recuerda como una experiencia positiva.

¿Y cómo era el trabajo en Tucumán? ¿Era distinto como se organizaban? No, pelábamos pero era ya más lindo. **¿Porque más lindo?** Cargábamos con tablitas en los carros. **¿Era más moderno?** Si. Ya había tractores eléctricos. “

(A.V. Hombre de 68 años. Barranca Larga, Sep. 2013)

En cambio los más jóvenes cuya única experiencia zafrera han sido las fincas tucumanas suelen recordarlo como un trabajo poco redituable, como veremos a continuación en palabras de un poblador de Nacimientos de San Antonio. En este sentido, retomo el concepto de “generaciones de memoria” de G. Elder (1998 y 2003 en Odone y Lynch 2008) cuya noción de memoria colectiva relaciona al momento o ritmo de vida de las personas. El concepto es útil para comprender cómo diferentes grupos de edad comparten experiencias sociales que son históricamente distintas a otras, lo que genera que sus recuerdos sean moldeados diferencialmente.

“En Tucumán [era] ‘fiera’ la caña. En 1986 se mecanizó, mucho sacrificio y ya no se ganaba. Antes si, era mucho sacrificio pero se ganaba por tonelada. Si era ‘guapo’ se ganaba mucho, si era ‘dormilón’ no. Hubo paros en el ingenio (...). Las máquinas van moliendo la caña, antes hachaban la caña quemada. Diez toneladas al día para ganar bien por persona.”

(L. V. Hombre de 50 años aprox. Nacimientos de San Antonio, Dic. 2012)

“(…) **¿Por qué no fue más a Tucumán?** Porque me ha salido la Municipalidad. **¿Pero por qué se quedaba en la Muni si le pagaban menos?** Porque (...) me han hecho efectivo. Y

porque los patrones [de las fincas tucumanas] se han hecho así que no pagaban, decían que más tarde y ellos vivían en la ciudad... (...)"

(L. A. Hombre de 50 años aprox., Barranca Larga, Sep. 2014)

Las huelgas y cesación de pagos que señalan los vallistas, son el telón de fondo de las sucesivas crisis que sufrió la agroindustria azucarera tucumana. Tal situación se remonta a finales de los años cuarenta cuando se produjo una retracción en el mercado laboral que enfrentó a trabajadores permanentes, temporarios, "del surco" y de fábrica, y un descenso de la rentabilidad de la industria que en los siguientes años enfrentó por un lado internamente a cañeros e ingenios de mayor y menor rendimiento, y por otro, a los ingenios tucumanos con los del "norte" (Ramírez 2008). A su vez, la caída del precio internacional del azúcar en 1965 paralizó la actividad azucarera, a lo que sobrevino una profundización de fisuras internas y una radicalización de protestas en oposición a las medidas represivas del gobierno militar, que procedió a la intervención de la industria azucarera tucumana y el cierre de varios ingenios entre ellos Santa Ana y Santa Lucía (Ramírez op. cit.; Bisio y Forni 1976). Como consecuencia de la agudización de la crisis se buscó el aumento de productividad y la disminución de costos mediante la mecanización de la cosecha (Benencia y Forni 1986), proceso que señalan los interlocutores. De todas formas, como veremos en el Capítulo 6, la mecanización de la cosecha en Tucumán no implicó que los pequeños cañeros prescindieran de la mano de obra temporaria.

4.2 Los viajes a los ingenios: "camionadas" y trenes

A través de los años, las formas de movilidad para trabajar en la zafra sufrieron importantes cambios. Los pobladores han dicho que sus padres "se metían derecho hasta Tucumán a caballo" en los primeros tiempos. Recién a partir de 1943 se facilitó la comunicación con la provincia vecina, con la construcción de la Ruta Nacional 307 que conecta Tucumán con los valles Calchaquíes (Herrán 1979). De todas formas, los pobladores del valle El Bolsón hasta finales de la década de 1970, debieron transitar a lomo de mula hasta Río las Cuevas, en las cercanías de Hualfín, demorando ocho horas

para embarcarse en camiones, ya sea rumbo a la estación de tren más cercana cuando el destino final de los viajes eran los ingenios del Ramal, o hacia las fincas de Tucumán. Luego de 1978, año en que se construyó el camino (en ese entonces la Ruta Nacional 53) que conecta Antofagasta de la Sierra con la Ruta Nacional 40, únicamente transitaban a mula el tramo de camino a Villa Vil (Ver Figura 1 en el Capítulo 1).

Del viaje en camión trascienden imágenes de hacinamiento, considerando que los camiones llevaban de veinticinco a treinta personas que viajaban incómodas, algunas paradas y que se movilizaban con elementos domésticos como ollas para cocinar, animales para carnear e incluso llevaban a sus perros, fundamentalmente cuando iban las mujeres para “dar pensión”. Se suman a estas imágenes las reiteradas referencias a accidentes como el caso de un camión que se cayó en el Puente Morales en el trayecto entre Cafayate y Alemania, o como aquel camión en el que viajaba gente de Corral Quemado rumbo a una finca tucumana, que volcó en El Infiernillo, Tafí del Valle, en el año 1976 debido a la helada. A partir de ese accidente fatal en el que aseguran que fallecieron treinta personas, cuentan los lugareños que se instó a que aquellos traslados se realizaran en colectivos, cosa que se respetó pero para el tramo hasta Santa María que es donde se efectuaba el control vial.

Cuando se movilizaban al “norte”, llegaban entre diez o quince camiones repletos de gente (razón por la cual utilizan el término “camionadas”) hasta Alemania, en donde estaba la estación ferroviaria conectada a los ingenios del Ramal. Allí aguardaban a veces varios días el tren a leña que enviaban desde los ingenios, mientras se terminaba de reunir el contingente de zafreros.

“(…) En ese entonces sabía haber tren. Venía hasta la Alemania por la quebrada ésta que va de Salta, que le llaman. Ahí iba la gente [al canchón] hasta ahí iban los camiones. Y nos embarcaban en tren a San Martín. Pero mucha gente, Alemania era grande. **¿Tenían que pagar para el camión?** No, eso era por el contratista ya. **¿El tren también?** Era parte del ingenio. **¿Y cuando volvían también?** Claro, era del dueño de las cañas, Patrón Costa.”

(A.V. Hombre de 90 años, El Bolsón, Sep. 2013)

Durante ese tiempo de espera, el vino, la taba y alguna que otra riña entre pobladores aledaños de Corral Quemado, Jacipunco, Hualfín, Santa María, Londres, Belén, se apropiaban del “canchón” de Alemania, tal como recuerda una mujer quien de niña por varios años se movilizó a la zafra junto a su familia, y un poblador de Barranca Larga:

“(…) ¡Estábamos en el canchón cuántos días! Había peleas. Papá era muy cuidadoso de nosotros, hacía fuego y estábamos dos, tres días, una semana. Se juntaban dos mil, tres mil de valles de Salta, La Rioja, Belén, La Falda, Villa Vil, El Durazno, Jacipunco, Corral Quemado. Tenía miedo, se peleaban sobre el fuego (...) llevaban charqui, angola, sal, las ollas para dar pensión. Eran brutos no miraban si había mujeres o niños, chupaban (...)”.

(M.CH. Mujer de 55 años. Barranca Larga, Dic. 2013)

“(…) Siete días solíamos estar uh, chupando, tabeando, jugando naipes ¡pero qué vagancia! **¿Y dónde dormían ahí?** Cada uno llevábamos la cama [un puyo] (...) Si pero peleaban eh, ¡qué animales, indios! estaban chupando y ya se estaban peleando. Botellazos, cuchillos terriblemente. **¿Y eso hasta que llegaba el tren?** O al otro día, pasado mañana, pasado mañana va a venir [les decían] y meta chupar. **¿Ya se gastaban la plata antes?** Y claro. Como los de aquí eran guapos así que iban los contratistas: ¿quién necesita más plata? y los tontos meta sacar y chupar ¡qué animales desgraciados! (...) Por la banda salíamos ahí donde (...) la ruta hace la curva y ahí sacábamos piedra de afilar (...) orejones. De ahí sabíamos sacar cantidad y llevábamos para allá (...) piedra de la áspera más fina. **¿Y para qué las llevaban?** Para afilar los cuchillos”.

(A.V. Hombre de 68 años. Barranca Larga, Sep. 2013)

El contexto de esparcimiento durante la espera del ferrocarril refuerza la imagen “linda” de los viajes en tren, donde también los recuerdos dan cabida a la comodidad de los coches donde se acomodaban entre conocidos, los paisajes de Salta y los túneles atravesados en el camino.

4.3 El trabajo relatado: “lindo” y “fiero”

Si bien en la mayoría de los casos los relatos se construyeron primero en torno a una experiencia “linda”, he podido observar una relación de tensión entre los recuerdos que representaban un trabajo “matador” y al mismo tiempo “lindo”. Es posible relacionar la estructuración de los relatos con la tensión existente entre lo que A. Isla (2009) denominó la coacción de los ingenios y la atracción del mercado. De esa forma es factible

comprender imágenes de dureza de las condiciones laborales y disciplinamiento laboral incorporado al punto de permanecer “calladitos”, así como las de patrones “buenitos” y expresiones de satisfacción por la retribución monetaria. El hecho de que este proceso de movilidad se haya perpetuado durante décadas pudo haber llevado a una contradicción entre el avance y la progresiva dependencia del capital y el peso de la lenta destrucción de las economías domésticas (Gordillo 2010). Pero guiándome por los relatos de los lugareños de El Bolsón, destaco que la tensión entre los recuerdos de la zafra nos remite a la revalorización de ciertas prácticas que, como veremos, pueden asociarse a la actividad campesina.

4.3.1 El trabajo en la caña

Los vallistas eran contratados temporalmente para trabajar en las plantaciones de caña de azúcar, puntualmente para la época de cosecha. Allí diariamente les eran asignadas “tareas”, que consistían en la delimitación del área para la pelada de caña, que debían cumplir exactamente para que fueran contabilizadas. En San Martín del Tabacal una tarea podía consistir en la entrega de seis o siete medios surcos por persona, midiendo en total cien metros cada surco, en cuyos extremos se colocaban los trabajadores (Bisio y Forni 1976: 49). El zafrero “corta (voltea), pela, apila y carga” la caña en un carro, que es llenado con sesenta “brazadas”, al menos en la zafra tucumana, en donde cada “brazada” es de cincuenta kilos por lo que hace en promedio tres mil kilos por día (Vessuri en Benencia y Forni 1986: 432). Igualmente en Ledesma, cada brazada podía ser de cuarenta o cincuenta kilos (Nelli 1988: 197) reafirmando la importancia de la fuerza corporal y la rapidez de los trabajadores.



Figura 9. Tucumán. "Cortando caña". Posiblemente 1955. Fuente: A.G.N.



Figura 10. Ingenio San Martín del Tabacal. "Los decauvilles llegan de esa manera a la cinta mecánica". Revista Presente abril-mayo 1939. Año II. Nº 6. Fuente: A.G.N.

A través del discurso, parecieran revivir las jornadas laborales extenuantes expresando disconformidad por las tareas repartidas desde un tono de reclamo:

“(…) **¿En qué consistían las etapas del trabajo?** Primero volteabámos [la caña], después pelabámos y ahí apilabámos así en paquetes. **¿Y dónde las cargaban?** Y venía la máquina del ingenio, de la fábrica. Y eso traía el vacío que llamaban ‘zorras’, de fierro y las tiraban a bueyes esos años. Venía la máquina entregaba el vacío y eso ya lo metían por los callejones por medio de las cañas.

(…) Corríamos cincuenta metros con una brazada de cincuenta, sesenta kilos. Y apurados cargabámos (…) ¡viera cómo era la orden! ¡Si algunos sabíamos que no nos iba a llegar el tiempo de cargar sabiendo el vacío que tenía la máquina y sabiendo la cantidad de tareas preparadas! (…)

Y los que estábamos en el fondo, ¡había más de mil tareas, cómo iba a llegar!”.

(A.V. Hombre de 90 años. El Bolsón, Dic. 2012)

El período de la zafra azucarera en términos generales solía durar cinco meses, comenzando en el mes de mayo y finalizando durante el mes de septiembre, aunque la temporada de cosecha difería según la época y el ingenio. Para el caso de San Martín del Tabacal el viaje comenzaba en abril y una vez finalizada la zafra solían permanecer para otro tipo de trabajos como la limpieza de los surcos o el desmonte, por lo cual regresaban recién en el mes de enero teniendo que soportar las altas temperaturas del lugar.

“(…) En San Martín ya nos daban pala e íbamos a desyerbar los surcos. Nos daban tarea: desyerbar, bien desyerbado el surco (…)

bien limpito. Aporcar le llamaba echarle tierra a la caña y desaporcar, dejaba bien limpita cada planta, cada planta (…)

¿Hacía calor? Si (…)

a partir de septiembre, octubre, noviembre ya diciembre hasta enero un calor bárbaro que usted sabe de noche no se podía dormir. Cuántas veces uno iba al agua se bañaba y de vuelta a dormir el calor otra vez. He sufrido mucho ‘la calor’ ahí. **¿Dónde se bañaban?** En los canales. Así como acequia.”

(A.V. Hombre de 90 años. El Bolsón Sep. y Dic. 2013)

Al ya “sacrificioso” y “pesado” trabajo de la pelada de caña, se sumaba el sistema de quema, en ocasiones antes o después del corte, tal como es recordado por la peladora de caña del Bolsón y también por un matrimonio que vive en Barranca Larga, que se movilizaban en familia a las fincas tucumanas.

“(…) Pelar caña era tremendo, de ahí me he jodido [la cintura].”

“(…) La caña era un trabajo duro y sucio, la quemada peor. La apilaba en brazadas, cargaba a hombro y venían carros tirados por tractor. Por zorras era en Ledesma y a

veces chocaban las zorras, [era] fiero. Se quema, voltea y después despuntar con machete. Hay que sacar el caroto, la punta verde de la caña. Si no te hacen hachar de mano (...)

(A.CH. Mujer de 58 años. Barranca Larga, Sep. y Dic. 2013)

- “Al último ya ha sido una alegría salir, han dicho que volteemos bien parejito y le meten fuego.

- Lo queman para andar más rápido. Iban ¡dios! ¡desconocidos!, se tiñe la ropa (...).

- Era fiero, y lindo.

-¿Y porqué era lindo?

- Porque era trabajo.

-Porque había platita para traer.”

(J. F. y L.C. Hombre y Mujer de 70 años aprox. Barranca Larga, Dic. 2013)

Estas últimas palabras encierran la ambigüedad característica de la memoria histórica que puede llevar tanto a la fascinación como al extrañamiento (Gordillo 2010; Bossert 2013) ante la experiencia en los ingenios. ¿Cómo es posible que los pobladores al mismo tiempo consideren a la zafra como algo “lindo” y como algo “fiero”? Es posible comprender esta ambigüedad de la memoria colectiva como resultado de las tensiones sociohistóricas vivenciadas por el grupo, el cual fue atravesando un proceso de semiproletarización y disciplinamiento laboral en los ingenios pero que a la vez involucraba una atracción. A través de los relatos podemos advertir el modo en que se va construyendo la experiencia laboral en la zafra que, a pesar de haber significado un trabajo pesado, conlleva un recuerdo positivo articulado a valoraciones que van más allá del ingreso económico, que analizaremos a continuación. La misma operatoria de la memoria parece darse en otros casos de trabajadores temporales, como guaraníes y santiagueños, donde los aspectos negativos de la dureza del trabajo y explotación de los ingenios son olvidados en pos del recuerdo de buenos ingresos, adquisición de elementos culturales nuevos y la diversión de los campamentos temporales (Benencia y Forni 1986; Hirsch 1999). En ese sentido se ha enfatizado que la memoria es selectiva e incluye recuerdos y olvidos que convierten al pasado en un recurso maleable (Olick y Robbins 1998; Visacovsky 2007) no solo para naciones o instituciones hegemónicas sino también para los grupos o minorías sociales (Alonso 1988 en Olick y Robbins 1998).

4.3.2 El salario

El salario obtenido en la zafra azucarera era a destajo, por lo que la paga dependía de la cantidad producida por los trabajadores. Claro que por lo que han contado el registro de su producción no siempre era confiable. Al ser un trabajo pago “por tanto”, la habilidad y destreza corporal de los zafreros era primordial. Esto lo podemos observar a través de la memoria vallista que, como veremos, en reiteradas ocasiones reivindica el valor de ser “guapo” y “ligero”.

“(…) Era muy ‘caliente’ ahí, San Martín era caliente (…) Y como era por tanto trabajaba y lo que hacía iba al trabajador y le daba el boleto, un papelito. **¿Qué decía?** Decía cuantos kilos de caña he hecho pelada y listo. **¿Cómo sabían? ¿Lo pesaban?** Claro pesaban, iba al ingenio y lo pesaban. Solo que ellos ponían lo que querían. ¡Qué íbamos a ver nosotros!

(…) El que era guapo traía plata, el que era ‘cochino’ volvía con los cuentos porque todo era por tanto (…) **¿Qué sería ser cochino?** Y, ser vago... **¿Trabajar poco? ¿Juntar poca caña?** Había algunos que veían la caña y se agarraban la cabeza.”

(A.V. Hombre de 68 años. Barranca Larga, Sep. 2013)

En el siguiente extracto de entrevista observamos también la valoración del trabajo asociado a la destreza física, a través de la mujer de Barranca Larga, que con mucho orgullo contó que había ido a pelar caña a Ledesma y a Tucumán junto a su padre y hermano.

“Nos pagaban en Ledesma, el salario. Trabajamos con enrole (…) Hacen descuentos (…) esa plata me van a devolver. Mi papá tuvo veinticinco, treinta años de trabajo en la caña, era hombre ‘indio’, he salido a él. (…) A la par de mi hermano trabajaba (…)”

(A.CH. Mujer de 58 años aprox. Barranca Larga, Sep. 2013)

En San Martín del Tabacal el pago era semanal, en Ledesma era quincenal y al fin de la zafra se hacía el pago general con los descuentos correspondientes, como el adelanto obtenido en su lugar de origen por parte del contratista o las compras realizadas en los almacenes del ingenio. En cambio en Tucumán el pago era mensual y al no haber figura de contratista tampoco existía ningún adelanto que pueda ser descontado. Esta característica del pago, sumado a la reducción del período de cosecha y a la modernización de las tareas agrícolas, manifiestan las mejores condiciones laborales de la zafra tucumana, consideradas más “lindas” por los mayores.

“(…) Más antes en San Martín nos daban semanalmente (...) mejor dicho los miércoles nos daban hasta el otro miércoles ya venían a traer del ingenio. Y aquí en Ledesma ya no era así, ya nos pagaban, pagaban cada quince días, ya nos daban la plata (...) Nos iba quedando para el último. Cuando nos veníamos nos hacían el pago general nos pagaban todo lo que nos quedaba, lo que habíamos ganado.

(…) Y [el contratista] nos daba [un] anticipo, ‘el peso’. Pero eso cobraban allá. Sabían hacer mucho descuento. Nos pagaban lo que a ellos les parecía lo mejor. Antes trabajábamos como se dice la palabra como burros.”

(A.V. Hombre de 90 años. El Bolsón, Sep. 2013)

Recordemos que la población campesina del valle de El Bolsón se dedicaba a la actividad agraria organizada familiarmente y que se insertaba en redes de intercambio comercial a nivel local y regional. Dado que en la economía local no circulaba dinero, el empleo en la zafra azucarera, aunque temporal, implicaba la posibilidad de obtener un ingreso monetario. Una vez finalizada la cosecha y cobrado el pago general, los trabajadores compraban en los mismos ingenios artículos no disponibles en el valle ni en localidades aledañas como herramientas para el trabajo rural, telas, máquinas de coser, trajes, calzado y vestimenta en general, y recuerdan que igual les sobraba dinero para traer de vuelta.

“(…) Cuando ya se veníamos (...) nos pagaban todo. **¿Y pagaban bien?** Y antes era poquito pero nos alcanzaba, antes la plata tenía mucho valor. Eran unas moneditas como las nuevas que al principio salieron de 1 centavo de 10 centavos. **¿Le pagaban con monedas? ¿No le daban billete?** Billeto nada. Y pero (...) esa moneda nos alcanzaba pa’ mucho, si con 10 centavos comprábamos ropa, lo que queríamos comprábamos. **¿Compraba ahí la ropa o cuando volvían para acá?** No, comprábamos ahí (...) Ya en el pago general cuando nos daban la liquidación decían, para despacharnos ya para venirnos, entonces nos pagaban todo entonces comprábamos juh! ... **¿Y le sobra?** **¿Traía monedas para acá?** Y claro, por eso digo yo que antes la plata valía muy mucho, muchísimo. Se comprábamos un juego de montura para ensillar (...) todo, el guarda barro, caronas y todavía se compraba un traje de ropa y todo eso sobraba mucho (...).”

(A.V. Hombre de 90 años. El Bolsón, Sep. 2013)

El relato precedente permitiría acercarnos a un proceso de dependencia salarial (Bisio y Forni 1976; Reboratti 1978, 1983, 1986; Rutledge 1987a, 1987b; Abduca 1995; Greco 2000) que pudo haber atravesado la población del valle al incorporar el ingreso monetario y bienes materiales otrora no habituales. Se ha señalado que durante el proceso de asalaramiento de comunidades campesinas han operado dos fuerzas conjuntamente:

por un lado la coacción de los ingenios azucareros y por otro la seducción del dinero (Isla 2009). Para el caso trabajado por el citado autor, la comunidad de Amaicha del Valle, el proceso de asalaramiento comenzado a fines del siglo XIX se correspondió con el poder detentado por los dueños de ingenios respecto del Estado y su fuerza policial, lo cual favoreció sus intereses por sobre los de la patronal local, de Cafayate y Santa María, en pos de obtener mano de obra (Ídem: 82). Más allá del proceso de proletarización del campesinado, la cuestión que me interesa destacar en esta instancia, apunta al modo en que se va construyendo discursivamente la noción de *trabajo*:

“Y bueno todo la gente de antes había que irse a otro lado para poder ver la moneda porque aquí no había trabajo, únicamente el criadero lo únicamente (...).”

(P. LL. Hombre de 70 años aprox. Vaca Vizcana, Sep. 2013)

“Y cuando he sido grande yo me he ido a trabajar pa’ San Martín y pa’ Ledesma, y traía la platita. Con eso juntar la plata, hemos comprado el terreno aquí.
(...) **¿Y cuando volvían de San Martín vivía con esa plata? Si con esa plata. ¿Y tenía otro ingreso?** No, si no había trabajo de nada nos íbamos a semejante distancia, Salta, Jujuy... que ahora todos tienen trabajo (...).”

(A. V. Hombre de 68 años. Barranca Larga, Sep. 2013)

La movilidad habitual a los ingenios azucareros es explicada localmente por la ausencia de “trabajo” en el valle. Esto ha llevado a preguntarme ¿qué significado atribuyen entonces a esta categoría? Noto dos cuestiones respecto de la noción de *trabajo*. El término pasa inadvertido al referirse a la actividad campesina en la medida en que caracterizan al valle justamente por la ausencia de “trabajo”⁵⁷. En consecuencia, el término es asociado a la experiencia en la zafra que es donde recibían un salario. En ese sentido, A. Isla sostiene que a partir de la incorporación a la actividad agroindustrial se transforma la noción de trabajo y, a su vez, se modifica la valoración de actividades que podríamos considerar tradicionales. De esta forma, al menos los vallistas de Amaicha, irán “abandonando y paulatinamente desdeñando el trabajo campesino en la parcela y el cuidado del rebaño” en parte por la coacción y por la “seducción del dinero” (Isla 2009: 75). En relación a lo anterior, en el caso de la población de El Bolsón podría darse el mismo

⁵⁷ La noción de trabajo construida en los discursos se relaciona también con el presente de los pobladores, cuyos hombres en gran parte son asalariados por formar parte de la planta permanente de la Municipalidad.

proceso en la medida en que la actividad campesina queda excluida de la noción de “trabajo”. Respecto del menosprecio de la práctica campesina aludido por A. Isla, es de mi interés plantear la valoración del esfuerzo físico percibida en los relatos de la población de El Bolsón, para poner en tensión dicho supuesto.

Esta valoración del trabajo físico, condensada en la reiterada expresión ser “guapo” como condición en oposición a otras categorías nativas como “cochino” o “flojo”, alude al orgullo por la destreza en el trabajo del campo. Remite también al orgullo por la vida “de antes” considerada “dura” y “sacrificada” en la que había que esforzarse para “criar a los hijos” en condiciones hostiles, en tanto a los vientos, heladas y nevadas mencionadas, que eran parte de la movilidad habitual para el intercambio de productos señalados en el capítulo anterior. A su vez, la condición de “ser guapo” es retomada para remitirse a la zafra, como cuando un lugareño sostenía que “a todos los han llevado” porque “los de aquí eran los más guapos del departamento”. Me pregunto, ¿qué significado subyace en la valoración de esta condición? ¿En qué se funda la valoración? Mi presunción es que su sentido se basa en la experiencia agraria y, en tanto esa experiencia implica una actividad tradicional vallista, podría comprenderse como una valoración subyacente de la práctica campesina.

Por lo que a pesar de su omisión en la noción de *trabajo*, considero que en este caso las actividades campesinas no estarían del todo “desdeñadas” al tener en cuenta las valoraciones subyacentes de los relatos de la zafra. Tampoco estarían tan “abandonadas” si remito a las observaciones de campo, las cuales aseveran la persistencia del cuidado de animales y *rastreros*, incluso en los núcleos domésticos emplazados en Barranca Larga que posee un patrón más “urbano”. Esta cuestión plantea más preguntas que merecen un mayor análisis que contemple, una vez más, las ambigüedades en el imaginario colectivo, pero que por cuestiones de espacio no profundizaré en esta instancia.

5. LAZOS SOCIALES Y MOVILIDAD A LA ZAFRA

“(...) Iban de aquí, de La Ciénaga de Belén, de Jacipunco, de La Puerta, de Villa Vil. Yo a la gente más de antes conozco a todos”.

(Don Antonio - Sep. 2013)

Los lazos sociales en cuanto a la conformación de redes de parentesco, amistad y vecindad e incluso relaciones de patronazgo, son de gran importancia para comprender el funcionamiento y la continuidad del proceso de movilidad a la zafra. Estos sistemas de relaciones sociales, identificados como grupos domésticos, alianzas simétricas (entre actores de igual status y poder) y asimétricas, fueron referidos para la comunidad local de Belén, como unidades o “instituciones paralelas” cuya acción contribuye a la articulación con la sociedad mayor (Hermitte y Herrán 1977). En ese sentido veremos que en el caso de la población de El Bolsón, la habitual movilidad a la zafra está estrechamente relacionada al grupo familiar y a las redes sociales basadas en lazos de parentesco o amistad extendidos por fuera del valle.

Al igual que las actividades socioproductivas del valle se organizaban familiarmente, el trabajo en la zafra azucarera también se apoyaba en los lazos de parentesco. Sus miembros podían actuar como peladores de caña, como asistentes en el sistema “de cuarta”, como cocineras y “tacheros”⁵⁸ de acuerdo al ciclo vital del grupo doméstico. El ciclo comenzaba cuando el zafrero llevaba a su hijo de corta edad, quien lo ayudaba en las tareas; la familia entera aportaba en este trabajo (Herrán 1979: 185), tal como veremos a través del caso de una mujer que ha trabajado en la caña. A medida que una nueva generación daba continuidad a la movilidad temporaria a la zafra, ésta iba constituyéndose como una actividad habitual entre las familias de El Bolsón. Por lo que la tradición se iba transmitiendo familiarmente, al igual que sucedía al interior de la comunidad local donde entre vecinos se iban “animando” para “salir”.

⁵⁸ Remite a quienes trasladaban los tachos con comida a los zafreros.

Por otro lado, habíamos visto que la dinámica socioeconómica del valle se incluía en amplias redes de comercio regional sustentadas por el funcionamiento de determinados mecanismos locales. Estos se basaban en la vinculación entre individuos de igual o diferente status socioeconómico, pero principalmente de diferente condición de acceso al mercado, el cual estaba mediatizado por comerciantes. A partir de los relatos de los pobladores, me plantearé si este mismo tipo de vinculación, señalada como de patronazgo (Hermitte y Herrán 1970 y 1977; Hermitte y Klein 1972), se estableció también en relación al sistema de contratistas para la zafra. En la medida en que se ha destacado que la elección de los lugares de trabajo (los ingenios) dependía de relaciones personales con los “enganchadores” y luego seguían una línea de relaciones de parentesco, amistad o vecindad (Herrán 1979: 184).

Retomaré también las relaciones sociales locales, con el fin de manifestar particularmente la tensión entre los lazos familiares y comunitarios, y la posibilidad de movilizarse a la zafra. En la medida en que esa movilidad era sostenida también por los miembros del grupo doméstico que permanecían en el valle, mayormente mujeres, en quienes me detendré para indagar el lugar ocupado por la zafra en su imaginario. A su vez, veremos también en los siguientes apartados cómo los espacios de trabajo *delineados* por los ingenios, son evocados como lugares *practicados* (De Certeau 2000) debido a la interacción social con otros actores.

5.1 Algunos actores de la zafra

5.1.1 Contratistas y capataces

A los contratistas se los ha identificado fundamentalmente en su rol de articuladores entre los ingenios azucareros y los peones rurales, haciendo hincapié en el poder que conlleva su figura (Whiteford 1977 y 1981; Herrán 1979; Reboratti 1983 y 1986; Rutledge 1987a y 1987b). La naturaleza de esta articulación se estudió enfatizando diversos aspectos: el vínculo entre áreas emisoras de mano de obra y áreas receptoras donde su tipo depende de la estructura agraria de las segundas (Reboratti 1986), el

sistema de relaciones patrono-cliente propio de la estructura social local (Herrán 1979), o el que focaliza las formas coercitivas de reclutamiento (Rutledge 1987a y 1987b). ¿De qué se ocupaba el contratista? Su actividad principal era reclutar mano de obra, trasladarla desde el lugar de origen a los destinos laborales, negociar su contratación y ocasionalmente instalar y “vigilar” a los cosecheros (Reboratti 1986). Muchas veces eran oriundos de los mismos lugares que los peones, los comerciantes que adelantaban crédito o mercaderías, los administradores de grandes fincas, los caudillos políticos o toda persona influyente localmente, con quienes establecían vínculos basados en relaciones de poder, como jueces de paz e incluso maestros (Reboratti 1983: 8 y 16; 1986: 273).

Pero ¿quiénes eran las personas influyentes, en el caso del valle de El Bolsón, que se desempeñaron como contratistas? En lo que respecta al ingenio San Martín del Tabacal, la conexión con el valle se establecía a través de Hualfín, más precisamente a través de miembros de su elite social. El primer contratista recordado entre los vallistas es Jorge Leguizamón, quien era “dueño de todo El Bolsón, hasta Yerba Buena” y quien había oficiado públicamente en Hualfín, ya que figura como delegado municipal/subcomisario en 1918 (Cuello 1992). Luego, hacia mitad de siglo, el rol de contratista fue continuado por su yerno, Carlos Saravia, que había contraído matrimonio con “la criada” (hija) de J. Leguizamón. Es notable que no sólo los apellidos sino las familias de los contratistas estén vinculados a los de la elite salteña (Bayá Casal y Oyuela s.f.), pero no tengo conocimiento de ninguna relación directa con los propietarios del ingenio San Martín del Tabacal. Según las fuentes consultadas, la familia Leguizamón era propietaria de tierras en el valle El Bolsón⁵⁹ y ha desempeñado un activo rol en la vida pública de la sociedad lugareña⁶⁰, pero desconozco los términos en que se conformó la relación contratista-peón inicialmente.

⁵⁹ De acuerdo a conversaciones con pobladores y a las libretas de V. Weisser señaladas en el Capítulo 3.

⁶⁰ En el Censo de 1895, de Hualfín, se registraron pobladores de apellido Leguizamón poseedores de propiedad raíz, que sabían leer y escribir, incluso uno fue registrado como médico. Allí Jorge Leguizamón, aparece como salteño (al igual que sus aparentes hermanos y madre de apellido Dávalos) y como propietario con tan solo ocho años de edad. Los Leguizamón figuran como censistas y como testigos en actas de matrimonio de Hualfín y, particularmente, Jorge Leguizamón aparece como testigo del matrimonio de J.P. Llampá, reconocido entre los vallistas como el “fundador” del paraje Nacimientos de San Antonio (valle El Bolsón).

Rutledge (1987b) señala que los contratistas llegaron en medio del empobrecimiento de los departamentos de Santa María, Andalgalá y Belén. Esta situación la atribuye a las guerras civiles de mediados de siglo XIX y al crecimiento poblacional en regiones donde la cantidad de tierra cultivable, limitada por la falta de agua de riego, llevó a su subdivisión extrema (Rutledge 1987b: 249). El autor retoma un informe del diputado socialista J. A. Solari de 1934 respecto del reclutamiento de los trabajadores en Catamarca:

“Los traficantes o ‘conchabadores’ [los contratistas] operan así: en las pequeñas villas alejadas de estaciones ferroviarias, establecen tiendas de comestibles (...). La venta se hace durante todo el año y se realiza a crédito [‘a libreta’] (...). El comprador promete, casi siempre por escrito, pagar la cuenta con lo que gane en la zafra y promete aceptar al dueño de la tienda como intermediario entre él y el ingenio. Cuando llega la época de cosecha, cada contratista envía a sus trabajadores al ingenio en trenes de carga, y la explotación entra en otra fase”.

(Solari, en Rutledge 1987b: 250)

De esta forma los contratistas mantenían a los campesinos permanentemente endeudados y con poco poder. Si bien los lugareños de El Bolsón acudían a Hualfín para abastecerse de mercadería, no han señalado que los mismos comerciantes hayan sido contratistas. Por lo que no he descubierto en el caso de El Bolsón una situación de reclutamiento por endeudamiento, al menos por el momento y para la época en que he centrado el presente estudio. En parte puede deberse a que el proceso descrito por Rutledge, entre 1930 y 1943, es atribuido a una primera fase de la proletarización de los campesinos catamarqueños, que para ser completada requería el “reemplazo de los aspectos coercitivos del reclutamiento por un sistema de trabajo asalariado voluntario, que podría ocurrir únicamente cuando las condiciones laborales mejoraran significativamente” (Rutledge 1987b: 253).

Los contratistas solían contar con tres o cuatro capataces, dependiendo de la cantidad de mano de obra tratada, pero normalmente implicaba uno cada cien trabajadores. Los capataces, también llamados mayordomos, conocían muy bien el trabajo ya que la mayoría se había desempeñado como zafrero anteriormente. Pero una vez encargados ya no pelaban caña sino que supervisaban las tareas y se diferenciaban de

los peladores de caña por “andar a mula”. Debían tener conocimiento en matemática en la medida en que su trabajo implicaba hacer cuentas continuamente, desde la repartición de tareas o el peso de la producción (Whiteford 1981: 46). El encargado de la zona era “fino” Domingo Pachado⁶¹, un conmemorado poblador de El Bolsón (aunque de familia de Villa Vil) que había ido como el resto a pelar caña a San Martín, pero que por “mérito” y por “cumplir con su trabajo” fue designado capataz:

“(…) Había un capataz, un mayordomo: el tío Domingo Pachado. Mi papá iba a pelar caña con él. Por mérito lo han nombrado (…).”

(A.V. Hombre de 68 años, Barranca Larga, Dic. 2013)

“Era el encargado de aquí (...) de todo el pueblito este, de Villa Vil, Corral Quemado. Todo sabía atender él. (...) **¿Se encargaba de llevarlos también?** Claro. **¿Y de allá darles tareas?** Claro. **¿Cómo hizo para que Domingo le consiga el trabajo? ¿Usted le pidió a él? ¿O él se acercó primero?** No porque nos contrataban mejor dicho, el contratista. (...) Él se hacía cargo de juntar la gente, anotar él. Claro, había una persona que lo llamaba a él y le daba los papeles para que contrate la gente y ahí nos hacían firmar todo. **¿Y cómo conocía Domingo a los contratistas? Que eran de otro lado ¿no?** Uno era de aquí, de Salta era. Eh... no se claro cómo, de ahí sabían venirse, buscar (...) El dueño de ahí habría de verlos a ellos para que busquen gente muy mucho.”

(A.V. Hombre de 90 años. El Bolsón, Sep. 2013)

Después de que se retirara Domingo Pachado, que según han contaron renunció e ingresó a la Policía departamental y fue enviado a Laguna Blanca, quedó como capataz uno de los hermanos Villacorta, quien vive actualmente en El Bolsón y cuya experiencia como encargado retomaré más adelante. De acuerdo a la diferencia de edad entre ambos supongo que hubo un intervalo entre sus ciclos como encargados. A su vez, muy pocos pobladores lo han mencionado en su rol de mayordomo de San Martín del Tabacal (pero sí lo han hecho por su etapa como delegado municipal), seguramente porque para ese entonces la mayoría ya no acudía a ese ingenio.

El último contratista de San Martín ha sido Jacinto Contreras, de Belén (algunos han dicho que era de La Ciénaga y otros de la Puerta de San José), de quien dispongo poca

⁶¹ En la correspondencia enviada por el Ministerio de Educación (1919) a la Escuela de Barranca Larga cuando ésta era ambulante, figura Onésimo Leguizamón como propietario del terreno donde funcionaba la escuela en 1920. Esa casa es conocida actualmente en El Bolsón como “la Escuela Antigua” o la “Casa de Domingo Pachado” (quien posiblemente la haya adquirido posteriormente), poseedora de una bella arquitectura tradicional que se emplaza a la vera del río a la sombra de unos sauces.

información. Han mencionado que “viajaba a burro para Laguna (Blanca), vendía (mercadería) y compraba ovejas, y traía cien, setenta”, y que su hijo se quedó a vivir en Orán.

“(…) Y de allá era Jacinto Contreras que contrataba para San Martín (...) **¿Y ellos solamente hacían ese trabajo de contratar?** Si. **¿No trabajaban en el ingenio?** No. Solamente contratar y ponían en los papeles. **¿Ah, cómo era lo de los papeles? ¿Ahí los anotaban?** Si anotaban, fichar decían. Un papel grande. Venía con los papeles y firmaba así [hace que firma con las manos]. **¿Qué es lo que firmaba?** No me acuerdo (...)”.

(A.V. Hombre de 68 años. Barranca Larga, Sep. 2013)

En el caso del ingenio Ledesma, el primer contratista recordado entre los pobladores es Andrés Martínez, un español que residía en Santa María. La conexión se establecía localmente a través de la familia Villacorta⁶². Lamentablemente no tengo conocimiento acerca del tipo de vínculo que los unía, pero el que fueran “muy conocidos amigos”, considerando una desigual condición social y seguramente también económica entre ellos, plantea la posible existencia de una “amistad instrumental”, parte de alianzas asimétricas que remiten a relaciones de patronazgo (Wolf 1980). Posiblemente sea el mismo contratista que Herrán (1979) menciona como el principal reclutador del ingenio Ledesma retirado en 1971, momento en que todavía seguía vigente el sistema de contratista para las poblaciones más alejadas (Herrán op. cit.: 184), como sería el caso de El Bolsón.

“(…) **¿El contratista de Ledesma era Andrés Martínez?** Si **¿había algún otro?** No, el viejo siempre ese. Era gallego, buenito era. **¿Y cuándo aparecía por acá?** En abril, mayo ya venía con la camioneta hasta Hualfín y dejaba a los encargados de aquí que contraten. **¿Tenía que ir todos los años seguidos? ¿O si algún año no iba no pasaba nada?** No, podía dejar un año y al otro volver... **¿No había problema?** No. **¿O el contratista decía si no fue?** ... No, no decía nada.

(…) **¿Y cuando volvían, los contratistas también volvían?** Si, se quedaban en Santa María. Ahí vivía el Don ¿cómo le he dicho que se llamaba? **¿El gallego? Andrés Martínez.** **¿Andrés Martínez vivía en Santa María?** Si, ahí vive el hijo (...) **¿Y a él después le debía algo?** No nada... **¿Y a él quien le pagaba por hacer ese trabajo?** La empresa. **¿Y aquí ese señor no tenía tierras?** No. La gente conocida era don Gilberto el padre de los Villacorta (...) era muy conocido amigo. Ahí con tiempo ya estaba la carta, ahí decía como iban a hacer, leía y hacía todo. **¿Le llegaba la carta a Gilberto?** Si. **¿Y Gilberto también iba entonces?** Todos, todos los Villacorta”.

(A.V. Hombre de 68 años. Barranca Larga Sep. 2013)

⁶² Es probable que el padre de esta familia haya vivido en Santa María.

En un primer momento el trabajo del contratista era pagado directamente por la plantación y en un segundo período, de mayor oferta de cosecheros, pasaron a trabajar de forma independiente (Reboratti 1983: 15). Aunque desconozco los detalles del sistema de pago del contratista, considero que durante la segunda etapa a la que se refiere el autor, era también la empresa la encargada de su retribución.

En cambio el vínculo vallista con quien fue el capataz de Ledesma, José González, se establecía a través del parentesco con otra familia local: los Chaile. José González, para algunos su “tío”, era de Hualfín y también habría ocupado allí un cargo público (como habíamos observado en el caso de J. Leguizamón), ya que figura como vocal suplente de la Comisión Municipal de Hualfín en 1965 (Cuello 1992: 49). Como capataz, se encargaba de entregar “el anticipo”⁶³ antes de viajar y una vez en las plantaciones se ocupaba de “marcar” las tareas. Entiendo que González también fue mencionado como capataz del ingenio San Martín, lo cual tendría sentido ante el antecedente de contratistas de Hualfín para ese ingenio. Lo mismo sucede con Carmen Cruz (emparentado con González), recordado como un poblador “de este cerro pero que vivía en Hualfín”, quien ponía los camiones que los llevaban a Alemania cuando iban a San Martín. Su esposa, “Doña Luz” (Luz González, hija del capataz y prima de los Chaile), era quien llevaba a las mujeres del valle para cocinar en el ingenio Ledesma.

En una oportunidad se ha nombrado a otro poblador de Barranca Larga como capataz del ingenio Ledesma (entre 1975-1978 aproximadamente): Gumercindo Pachado, hermano de Domingo, el capataz de San Martín. También han señalado a un pariente suyo pero como contratista: Solano Pachado⁶⁴. A título de “Don Solano”, es recordado a menudo entre los vallistas, principalmente por su impronta política que lo condujo a “crear” la Municipalidad. Desde 1972 a 1976 figura como presidente de la jurisdicción de Villa Vil, en 1980 figura como delegado municipal y en 1991 figura como intendente del ya

⁶³ La entrega del “anticipo”, también recordado como “el peso” entre los vallistas, era el adelanto de dinero en efectivo que iniciaba el contrato para trabajar en la zafra, por lo que constituía un mecanismo de “enganche” sumamente atractivo para una sociedad en la que no circulaba dinero.

⁶⁴ Vecino de Villa Vil, cuyos *rastrojos* y vestigios de su casa permanecen en Barranca Larga, y a quien también he mencionado entre los comerciantes en el Capítulo 3.

creado Municipio de Villa Vil (en 1984) (Cuello 1992). Herrán (1979) ha señalado que desde inicios de la década de 1920 son los patrones locales quienes pasaron a detentar el papel de “enganchadores” de mano de obra para la zafra. Esta situación la atribuye a la crisis económica, producto de la redefinición del espacio del noroeste, en la que a los patrones locales les resultaba más rentable negociar que sus propios peones fueran a trabajar a los ingenios antes que en sus fincas. Esta dinámica paulatinamente convirtió el sistema de reclutamiento en una vía de ascenso político (Herrán op. cit.: 184). Si bien Don Solano Pachado constituyó una importante figura local a nivel político, no estoy en condiciones de afirmar que su caso responda al proceso señalado por C. Herrán, dado que no fue recordado ampliamente entre la población en carácter de su labor como encargado o contratista.

Gradualmente el sistema de contratista fue perdiendo vigencia en zonas con fácil acceso a vías de comunicación (Herrán 1979) y en parte por un exceso de oferta de mano de obra estacional en el Noroeste argentino (Whiteford 1977). A diferencia de lo que sucedía en los ingenios del Ramal donde había predominado la figura del contratista, en Tucumán no existió tal sistema de articulación a lo largo del siglo XX (Reboratti 1983). La estructura agraria de esta provincia se fue atomizando durante el siglo, lo cual derivó en un mercado de trabajo de libre oferta y demanda en la medida en que ni los contratadores de mano de obra ni los mismos cosecheros disponían de los medios para controlar el mercado de trabajo (Reboratti 1983: 8). A Tucumán el obrero concurría por sí mismo y arreglaba entre parientes, amigos o vecinos para que un camionero realizara el traslado (Herrán 1979: 185), a eso se referían los vallistas al indicar que allí iban “a voluntad”. Ahora bien, la referencia al término “a voluntad” permite suponer que a los ingenios del Norte no iban por su voluntad, pero comprendí que hacía alusión a que para trabajar en el Ramal además de venir a buscarlos ya iban contratados. Claro que no dejé de tener presente que la figura del contratista ha representado un sistema de coacción indirecta (Reboratti 1983) por parte de las empresas azucareras.

Si bien no he profundizado el vínculo establecido entre los contratistas y los pobladores, con seguridad constituían figuras importantes para la sociedad local y pueblos

vecinos. Incluso si se han desempeñado públicamente, es de suponer su capacidad influyente y poder extendido en el espacio social en el que se relacionaba la comunidad de El Bolsón. Al igual que sucedía en los relatos sobre los patrones de los ingenios, algunos contratistas también han sido caracterizados como “buenitos” y no han expresado tampoco ningún reclamo hacia ellos, lo que recuerda una vez más el disciplinamiento ejercido por los ingenios en el proceso de proletarización del campesinado.

Por otro lado, al referirse a los pobladores locales que se constituyeron como capataces, observo mayor familiaridad, que de hecho se sustenta en la vinculación por lazos de parentesco. También percibo una valoración por esa cercanía, e incluso orgullo, que se manifiesta cuando relatan “mi papá pelaba caña con él”, “él era de este cerro” o “el tío marcaba las tareas”. Aunque fueran capataces, encargados o el contacto local para las fincas tucumanas, esta designación jerárquica establecida por los ingenios muchas veces fue pasada por alto al recordar como contratistas a los personajes locales que se relacionaban con patrones cañeros.

5.1.2 Yuntas, cocineras y niños en los campamentos temporarios

La sección agrícola del ingenio San Martín estaba dividida en unidades llamadas “colonias”, que se fraccionaban en “lotes”, éstos en “cuadros”, y luego en “tablas” que contenían los surcos de caña en base a los cuales se repartían las tareas (Bisio y Forni 1976). Hacia 1973 el ingenio sumaba nueve colonias (Ídem: 49), lo que remite a una expansión de sus plantaciones posterior al período en que solían concurrir los pobladores de El Bolsón, en la medida en que ellos recuerdan solo ocho colonias.

“(…) Eran muchos lotes [en San Martín] estaba Pancha, Elisa, Ercilia, Josefina, Sarita todos eran lotes. **¿Así se llamaban los lotes?** Claro así. De ahí la colonia era la A, la B, la C, D, E, F, la G, la H la última que había. Se han ido desmontando hasta el cerro llegaba a lo hondo. Yo conozco todo si me voy para allá conozco más que en Belén, conozco entero. **¿Y eran muchos terrenos? ¿Muy grande?** Si muy grande la empresa, todo era del ingenio. Ahí tenían farmacia era de los Cornejo, era gente ‘ricacha’.”

(A.V. Hombre de 68 años. Barranca Larga Sep. 2013)

La estructura organizacional conllevaba una jerarquía de puestos en las colonias donde el mayordomo era el sexto y último cargo (Ídem). Por lo general, cada colonia tenía cuatro lotes donde los trabajadores estaban agrupados por lugar de procedencia (Ídem: 40). Aparentemente en el ingenio Ledesma se correspondía la misma regla: lotes diferenciados de acuerdo al origen de los trabajadores. Aunque hacia 1970 la adjudicación había pasado a ser arbitraria (Whiteford 1977), obedeciendo tal vez a una cuestión política dado el momento de creciente organización social.

“(…) Antes [en Ledesma] cada uno en su lote, pero después adentro de los lotes había concentraciones de bolivianos, de Catamarca. Iban de Hualfín, Corral Quemado, de La Puerta, Belén, Santa María.”

(A.CH. Hombre de 88 años. Barranca Larga, Dic. 2013)

El ambiente de los lotes de Ledesma hacia 1970 es retratado por Whiteford como un espacio sórdido, triste, monótono y de edificación uniforme. El autor atribuye estas características a que se trataba de un espacio “no controlado” por los trabajadores, lo cual lo diferenciaba de sus comunidades de origen. Los lotes estaban compuestos por hileras de galpones, que conformaban las casas temporales de los zafreros. Las piezas estaban construidas en ladrillo, a diferencia de las antiguas que eran de adobe y sin ventanas, y medían 3mt x 3mt. Los más grandes albergaban 1500 personas, mientras que los más chicos a 300, así como a sus familias (Whiteford 1981: 51). Según el autor (1981), cuya etnografía se basa en el caso de zafreros bolivianos, la heterogeneidad de orígenes de los trabajadores, la falta de eventos comunitarios, sumado al cambio de lote año tras año, evitaba el desarrollo de lazos sociales.



En época de cosecha se ocupan alrededor de ocho mil obreros en el corte, pelada y transporte de la caña de azúcar, una parte considerable de ellos trabajan también en los cultivos que se inician tan pronto como termina la zafra. Estos jornaleros temporarios se llevan en trenes expresos desde distintos puntos de las provincias de Salta, Jujuy, Catamarca y La Rioja. Son alojados en viviendas individuales para familias o colectivas como las que ilustran los grabados de estas páginas.

Figura 11. Viviendas para trabajadores temporarias en los lotes de San Martín de Tabacal. Posiblemente año 1946. Fuente: Libro Histórico San Martín del Tabacal S.A. 1946.

En cambio, la situación narrada por los pobladores de El Bolsón, pareciera distinta. Ellos aseguran conocerse como “vecinos” con otros catamarqueños por haber compartido tantos años de zafra.

“Iban de aquí, de La Ciénaga de Belén, de Jacipunco, de La Puerta, de Villa Vil. Yo a la gente más de antes conozco a todos. **¿Y los conoce de ahí?** Claro, íbamos todos los años y ya conozco como vecinos, nos conocíamos bien (...) Los de aquí eran los más guapos del departamento de Belén así todos los han llevado conozco todos allá por Chistín, por La Falda, San Fernando conozco a todos los más viejos (...) ya conocía de vecinos.”

(A.V. Hombre de 68 años. Barranca Larga, Sep. 2013)

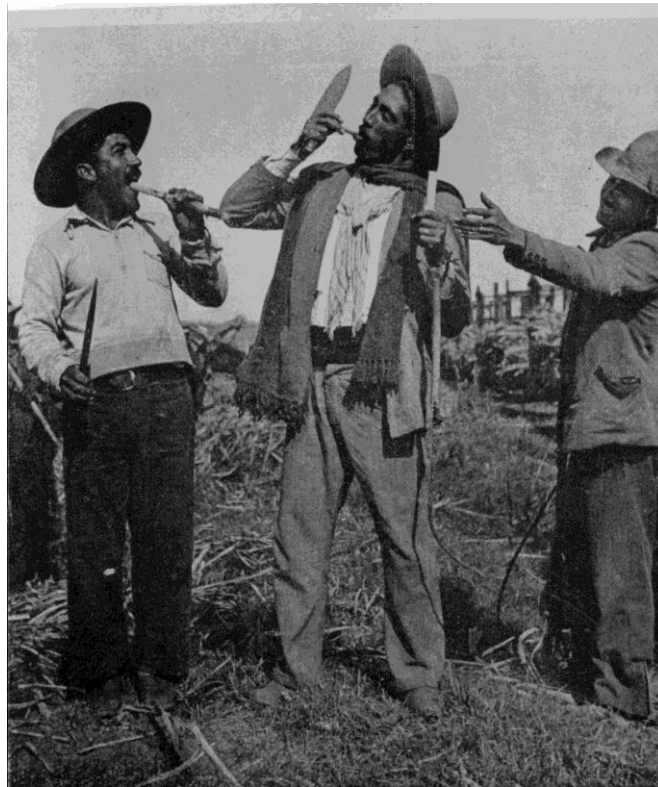


Figura 12. “Peones durante un descanso comiendo caña de azúcar”. Revista Presente abril-mayo 1939. Año II. N° 6. Fuente: A.G.N.

Los zafreiros conformaban *yuntas*, pequeños grupitos de dos, tres o cuatro compañeros con quienes se asociaban para recibir las tareas para trabajar la caña. También compartían entre ellos las piezas en sus hogares temporarios.

“**¿Cómo se organizaban las tareas?** De tres personas, cuatro. **¿Eran como un equipo?** **¿Cómo le llamaban ustedes?** Socios sabíamos decirle. **¿Y eran conocidos sus socios?** Conocidos, yo he trabajado con Horacio Villagra y Martin Villagra eran primos ellos.

Cinco años he trabajado con ellos juntos. **Ah ¿y entonces los contrataban juntos?** Si. **¿Y cómo era trabajar con conocidos? ¿Era mejor?** Lindo. **¿Se entendían más?** Si. Pero pesado, pesado era. **¿Y los tres hacían la misma tarea?** Claro lo mismo. **¿Y se peleaban también a veces?** No. **¿Se ayudaban?** Yo con los compañeros nunca ni he discutido nada. **Ah que bien... Y si uno estaba más cansado que otro o no podía correr tan rápido ¿no había problema?** Había que dejarlo hasta que se componga. Era muy caliente ahí, San Martín era caliente”.

(A.V. Hombre de 68 años. Barranca Larga Sep. 2013)

Los “socios” eran elegidos entre familiares y vecinos, y solían repetirse año tras año, zafra tras zafra.

“(…) Asociábamos entre dos (…) **¿Ustedes elegían?** Claro (…) **¿quién era?** Bueno así entre vecinos buscábamos. Yo por ejemplo le decía a Andrés, cada uno se buscaba (…) **para que trabajemos (…)** y así o sea de los otros ser, por ejemplo de Villa Vil con cualquiera. **¿Con qué socio ha trabajado mejor?** (…) **Yo tenía un socio aquí, eh bueno varios socios he tenido para las cañas, pero uno tenía que ha muerto, en Villa Vil (…)** Onésimo Pachado se llamaba. **¿Era familia de los Pachado de Indalecio o los otros?** De Solano.”

(A.V. Hombre de 90 años. El Bolsón, Dic. 2013)

El aspecto homogéneo y aburrido que pareciera caracterizar a los lotes de los ingenios azucareros de acuerdo a las descripciones precedentes, es encubierto por los recuerdos de la vida social en los “campamentos” temporarios que expresan los vallistas. El paisaje de estos campamentos incluye espacios y momentos de dispersión como las ferias. Por ejemplo en Ledesma, éstas se armaban luego de que los zafreiros cobraran su “quincenal” y consistían en puestos de venta de pochoclo, empanadas de humita, indumentaria, incluso muebles (Whiteford 1981). Posiblemente también se podrían consumir o sacar artículos a cuenta ya que han contado que a veces los niños “sacaban” la libreta a sus padres. Otro momento de entretenimiento recordado frecuentemente entre risas, remite a los domingos, día de la semana en que se desplazaban a los pueblos cercanos a los ingenios. En este sentido, en varias oportunidades los pobladores se han referido a la zafra como un lugar donde se podía tomar (alcohol) a diferencia del valle, que por oposición se reconstruía a veces como un lugar “triste” o “sin tener dónde salir”.

“(…) En Orán había talabarterías grandes. **¿Iban solo cuando se terminaba la zafra?** No, íbamos los domingos al pueblo pero eran unas callecitas (…) **así las tiendas eran de tabla (…)** de material de este muy poco, después. Y se ha hecho semejante ciudad (…) **En la semana no íbamos, no daba lugar el trabajo. (…)** A comer en los mercados (…) Una cosa

hermosa para comer lo que uno quería comer **¿Y todo eso era de su bolsillo?** Claro, todo pagábamos pero era barato.”

(A.V. Hombre de 90 años. El Bolsón Dic. 2013)

La mayoría de los lotes llevaban nombres de mujeres en homenaje a esposas, hijas, criadas de los dueños de los ingenios (Gordillo 2005; Ortiz D´Arterio 2005), tal como los nombrados líneas arribas para San Martín del Tabacal o como los de Ledesma: Florencia, Paulina, Prediliana, Palmira, entre otros como Palo Blanco, El Talar, Cañita, San Antonio, Maíz Negro, Yuchan (Nelli 1988). Pero las mujeres realmente presentes y que se apropiaban del espacio de los campamentos eran las mujeres trabajadoras, como del valle de El Bolsón, que se movilizaban a la zafra principalmente para cocinar.

Algunas mujeres han acompañado a sus madres a San Martín del Tabacal, o las más jóvenes a Ledesma, y muchas se han movilizado junto a sus esposos para tomar pensionistas en las fincas tucumanas. Los pensionistas estaban constituidos por conocidos del pueblo o parientes y su número variaba entre diez y treinta hombres. Cocinaban a leña (que debían buscar en espacios aledaños) en los lotes, con los insumos que compraban en los mismos almacenes del ingenio y debían trasladarse con los tachos de comida hasta “el cerco” (de las cañas) auxiliadas por sus niños u otros que también trabajaban de “tacheros”.

“(…) Yo cocinaba para ocho, nueve personas, llevaba la comida lejos [con sonido y gesto que refuerza la lejanía]. Eran muchos los obreros, todos que han ido de aquí. Yo cocinaba para todos (…) iba a la proveeduría los días sábado, día domingo, [en] Acherá.”

(L.C. Mujer de 70 años aprox. Barranca Larga, Dic. 2013)

(…) Para Tucumán iba toda la barra [los sobrinos] (…) eran varios para los que ella cocinaba, llevaba la comida a las doce a las cañas. Se volvía a la pieza a hacer el mate cocido y luego la comida. Llevaba los platos en la espalda y olla en las manos. Después le pagaban a ella.

(Libreta de campo J. F. y L.C. Hombre y Mujer de 70 años aprox.
Barranca Larga, Sep. 2013)

En los relatos se manifiesta el esfuerzo que implicaba cocinar para tantos peones y es frecuente la referencia a las cocineras de Hualfín⁶⁵. También se reitera lo “guapas” que eran otras mujeres para pelar caña, como las de Santa María.

“¿Y mujeres a pelar caña no iban? No de aquí no, pero de Santa María había muchas, pelaban caña. Pero las tucumanas también eran bravas para pelar la caña. Las mujeres, los hombres ya apenas nomas... Mujeres trabajaban a la par mía (...) pero ligeras para pelar caña, ligeras, metedoras para trabajar la caña. [Los] hombres no, se ponían a hablar, a conversar de peleas de tonteras y las mujeres meta trabajar. De Santa María eran guapas. De aquí no, de aquí iban pa’ cocinar. **¿Iban a cocinar por todos esos meses también?** Claro, daban pensión.”

(A.V. Hombre de 68 años. Barranca Larga, Sep. 2013)

Muchas familias se movilizaban en forma conjunta, dejando sus hogares cerrados en el valle durante la temporada de zafra. Dado que el trabajo era a destajo, los ingresos de una familia incrementaban cuanto más de sus miembros participaran en la tarea (Herrán 1979: 185). La mayoría de las mujeres iba a cocinar y los niños podían ir “de cuarta” si es que iban con el padre. Este sistema implicaba trabajar en la pelada de caña como auxiliar a cambio de la cuarta parte del ingreso (Whiteford 1981). Ya de jovencitos se les permitía usar la cuchilla y una vez que estaban preparados se les permitía el uso del machete.

“¿Qué hacían los chicos allá? (...) **¿la ayudaban a cocinar?** (a la esposa) Y si, con cualquier cosa, con los platos para llevar. (...) Llevaba hasta los cercos donde estábamos trabajando, no volvíamos a la casa, tenía que ir ella. **¿Cómo hacía?** Y antes las mujeres ahí de Santa María algunas tenían diez, quince pensionistas y se ponían aquí en la cabeza la olla. Mire usted y otros llevaban así con los servicios, los platos, tenedores, cucharas en la espalda. Si usted viera como las mujeres se trabajaban antes (...) **¿No pelaban caña las mujeres?** Algunas de Santa María eran mejor que el varón, traen las brazadas de caña (...) y brazadas pesadas, cuarenta, cincuenta kilos. Unas tal Marcial de acá de Santa María y cargar entre los hermanos”.

(A.V. Hombre de 90 años. El Bolsón, Sep. 2013)

⁶⁵ Recordemos que en dicha localidad, la hija de un capataz, como también esposa de un encargado, y a su vez pariente de una familia del valle de El Bolsón, solía llevar mujeres para cocinar a Ledesma.

5.1.2.1 Mujeres que pelan caña

He conocido solo dos mujeres que se movilizaban a los ingenios específicamente a pelar caña. Una de Barranca Larga (a quien ya he hecho referencia en el Capítulo 4) que había trabajado en Ledesma y en Tucumán junto a su familia, y otra de Yerba Buena que había ido a Tucumán para asistir a su marido.

Es de mi interés retomar aquí el primer caso, ya que la historia de la interlocutora peladora de caña manifiesta, por un lado, la dimensión que ocupaban los lazos sociales en el proceso de movilidad a la zafra azucarera, y por otro, la valoración de aquel trabajo. A su vez, su experiencia como mujer en la caña, remite a ajustes y desajustes respecto del sistema de género y organización familiar generalizado en la comunidad. Se ha señalado que la asignación de roles de género atraviesan diferencialmente a mujeres y hombres de acuerdo al ciclo vital familiar y la composición de los hogares (De Arce 2013). En este sentido, hay veces en que la composición familiar obliga a los padres a incorporar a las hijas mayores al trabajo en la caña “como si fueran varones”, quedando las hijas menores ayudando a su madre en las tareas domésticas, situación que implica un desvío a las costumbres y mandatos sociales establecidos (De Arce 2013: 40).

En su familia la tradición de movilizarse temporalmente a los ingenios comenzó con su abuelo que llevaba a su padre y tíos a la zafra. Luego, ella (que es la mayor de sus cuatro hermanas mujeres) fue llevada a la zafra por su padre junto a sus hermanos varones durante al menos ocho años, tanto que ella cuenta siempre que fue “criada” en Tucumán. En cuanto a la importancia de los lazos sociales para el sostenimiento de la habitual salida a la zafra, observo aquí particularmente el protagonismo de los lazos familiares⁶⁶: la madre permanecía en el valle al cuidado de la hacienda porque “no le gustaba salir”; su padre llevaba a sus propios hijos a trabajar “de cuarta”; el encargado de llevarlos y marcar las tareas en el ingenio Ledesma era su tío de Hualfín; y una vez “juntada” concurrió a la zafra tucumana con su compañero y junto a su hijo de cuatro años.

⁶⁶ Ver Árbol Genealógico en Figura 13.

A pesar de culpar a la caña de haberla “jodido” mientras señala sus dolores de cintura, y de describirlo como un trabajo “tremendo” para el cual “hay que ser fuerte”, a lo largo de su discurso se puede percibir una expresión de orgullo por haber sido capaz de realizarlo y por la capacidad de trabajo de su familia. Lo manifiesta por su padre, a quien caracteriza de “indio” y que tras haber trabajado treinta años en la zafra ha podido jubilarse; por su hermano que quedó trabajando en el ingenio Ledesma, cosa que ella no hizo porque era “muy mamera”; por ella misma que siendo mujer trabajaba “a la par de sus hermanos” y que era “ligera para la caña”. Pero el orgullo por la destreza física y el esfuerzo no parece aludir a su marido, a quien se refiere como “cochino”, por haberse enfermado dejándola sola con las tareas de pelada de caña en una oportunidad en Tucumán.

Por otro lado, es interesante la mirada hacia las otras mujeres del valle que iban también a la zafra pero como cocineras. Se distancia de ellas argumentando que para dar pensión había que “tener plata” y poder llevar sus propias ollas y servicios, elementos no disponibles en su familia. Ella enfatiza que al mismo tiempo que debía trabajar en la caña, tenía que cocinar, lavar la ropa y además ir a la escuela, indicando una coexistencia de distintos roles de género y familiares vivenciados en su experiencia.

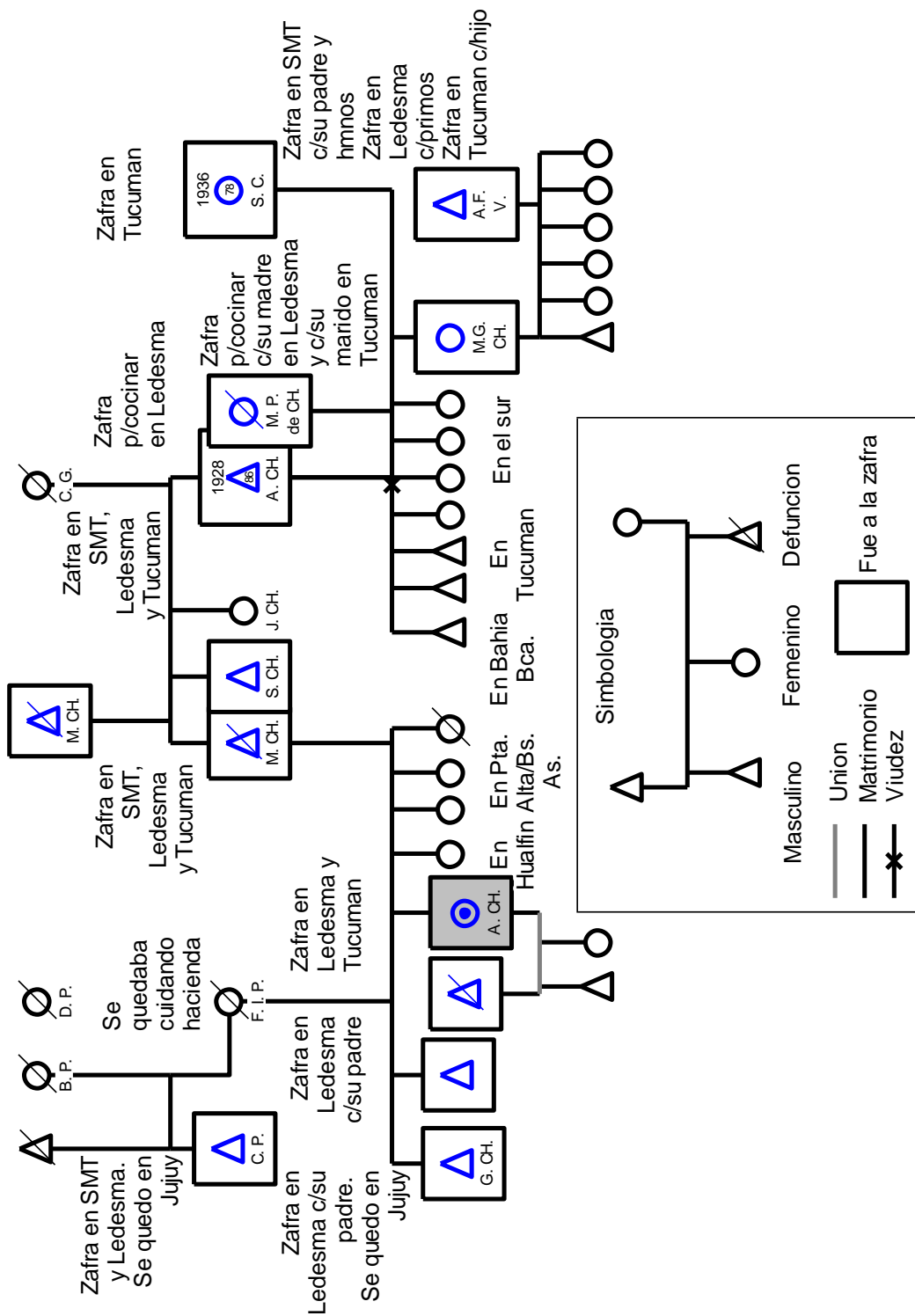


Figura 13. Parte del árbol familiar de la peladora de caña. Elaboración propia en base a trabajo de campo 2012-2014.

5.1.3 Los otros

Es interesante retomar cómo se construye la mirada sobre otros actores partícipes de la zafra desde los relatos sobre aquella experiencia. El “otro” por momentos puede ser el patrón del ingenio, el mayordomo que repartía las tareas, otros peladores de caña, mujeres cocineras e incluso las mismas máquinas que “ocupaban” los ingenios. Como ya hemos visto, cuando se reviven las sufridas jornadas laborales los vallistas suelen identificarse como peladores de caña, al trabajar directamente en los surcos, por oposición a quienes realizaban otras tareas.

Principalmente quienes ocupan el lugar del *otro* son los aborígenes del Chaco para el caso de los ingenios del norte. Recordemos que en los ingenios del Ramal se reunía mano de obra de diversos orígenes étnicos: maticos, mocovíes, chorotes, tobas, pilagás y chiriguanoes provenientes del Chaco argentino, y principalmente en los ingenios de Jujuy: chiriguanoes del Chaco boliviano y chaguancos del pedemonte meridional del altiplano (Ortiz D’Arterio 2005). Entre los pobladores de El Bolsón se refieren a ellos como simbas, maticos o chaguancos. Fundamentalmente remarcan que eran contratados para *otras* tareas, que ocupaban *otros* espacios ya que no compartían con ellos los campamentos, y se reitera una risa burlona en la descripción de su apariencia.

De niños les temían y observaban de lejos, como contó la tejedora de Barranca Larga a quien su madre cocinera llevó de pequeña.

“(…) Sabíamos jugar y nos sacaban zumbando que nos iban a pillar los indios que nos iban a pegar. Pero ¿quién le iba a pegar? Los indios los ‘chauancos’ ¿Y de dónde eran? Había muchos de esos... ¿Les tenían miedo? Si, pero no tanto porque tienen sus quinchos, arman la joda ahí ¿Los vio? Claro, recuerdo que éramos tres, Pepita la Negra y la Rogelia, sabíamos ir de chiquitas a sentir a mirar como hacen los indios y nosotros aquí de vez en cuando joder (...)”.

(S.C. Mujer de 70 años. Barranca Larga, Sept. 2013)



Figura 14. Ingenio San Martín del Tabacal. “Una de las animadas y típicas escenas coreográficas con que los indios celebran”. Noviembre 1923. Fuente: A. G. N.

Aunque también hubo casos de amistades con los “otros”, tal como recordó un abuelo de El Bolsón que desde los ocho años viajaba “al norte” con su padre.

Él tenía dos amigos, uno era el turquito, y el otro era un indio. No se apartaban. El indio lo llevaba a los toldos donde dormían ellos y jugaban. El padre no se animaba a ir a buscarlo, él una vez veía que se acercaba por la vía [zorras]. Después los conoció y lo llevaba. Él quería traerse al indio para su casa porque era su amigo. El padre del indio tenía chiripa y nada más, desnudo. Se dio cuenta que el padre de él lo quería ver, para estudiarlo. De chicos se peleaban y entre ellos se defendían.

(Libreta de Campo. Registro F. V. Hombre de 84 años. El Bolsón, Sep. 2013)

“(…) En San Martín y Ledesma también. Había que levantarse **¿Y qué pasaba si un día se sentía mal o estaba enfermo?** Había que ir, no importaba. Entonces éramos como indios. Pobres indios, ya sabía haber indios viejos. Deseaban nomás que les den de comer, les daban la comidita y comían y se tiraban ahí a dormir en el piso... **¿Y con quién dormían ustedes? ¿O dormían juntos?** No, separados. Eran galpones grandes de tabla de cedro, cada tres socios estaban en su pieza”.

(A.V. Hombre de 68 años. Barranca Larga, Sep. 2013)

De la misma manera que resulta interesante cómo los indígenas son presentados en el imaginario vallista, lo es también conocer la concepción que tenían ellos de los catamarqueños. En los relatos de los tobas del oeste formoseño recopilados por G. Gordillo (2005), éstos se diferencian de los peladores de caña en cuanto al trabajo asignado, al pago y a las condiciones de vivienda en el ingenio San Martín del Tabacal. Los tobas trabajaban en el desmonte o plantando caña, casi no pelaban caña “porque la caña valía mucho”. Atribuyen esta tarea a los bolivianos, los catamarqueños o los coyas, que “aunque pobres tienen de todo porque saben leer y tienen documento, por eso les pagaban bien y quedaban ricos” (Gordillo op. cit: 124). Recuerdan también que esos “otros”, los peladores de caña, tenían casa de material, en cambio las suyas eran “de ramitas y yuyos”.

En el ingenio San Martín, los denominados chaguancos eran aborígenes guaraníes y chiriguanos⁶⁷ que vivían como empleados permanentes. Tenían sus propias viviendas proporcionadas por la administración por lo que también se les llamaba “caseños” (Gordillo 2005), tal como recuerdan los vallistas.

“(…) **¿Y quiénes hacían ese trabajo?** Los chaguancos que venían de Bolivia. **¿Ellos manejaban los carros?** Sí, ellos andaban sentados en los carros. Era un despelote. **¿Por qué?** Es que ponían a cargar los bueyes y salía rameando el carro **¿Iban rápido?** Claro. **¿Y ustedes tenían que ir atrás del carro?** Cargando la caña. **¿Y tenían que correr?** Sí, con peso encima ¡setenta kilos eran las brazadas!”.

(A.V. Hombre de 68 años. Barranca Larga, Sep. 2013)

“(…) Esas son las máquinas [eso] ya hacían los propios criollos de ahí (...) **¿Era gente de Salta?** Eran los indios estos, les decían ‘los caseños’. **¿Porque tenían casa ahí?** No sé por qué (...) Era, bueno como decían, nosotros también somos de indios, pero eran de los indios chaguan, chaguancos les decían. **¿Eran empleados fijos?** Eran, vivían ahí en el ingenio por la zona del Patrón Costa. **¿Eran los únicos indios que vivían ahí no?** Y esos ocupaban apenas para que quemen la caña (...) Los únicos que quedaban allá porque ya han entrado las máquinas”.

(A.V. Hombre de 90 años. El Bolsón, Dic. 2013)

El trabajo realizado por el *otro* también conlleva una valoración desde la reconstrucción de la experiencia en los ingenios. El extremo positivo de esta valoración es

⁶⁷ Se ha señalado que los chiriguanos del sector boliviano se movilizaban voluntariamente atraídos por los mejores sueldos y condiciones de trabajo que en su país de origen (Ortiz D’Arterio 2005).

ocupado por los bolivianos, que principalmente aparecen en los recuerdos del ingenio Ledesma como “gente firme” en cuanto a su capacidad de trabajo.

“(…) Había gente de Bolivia, Jujuy, Santiago del Estero pero poco duraba, la gente firme era de Bolivia. La de Santiago no sirve para el trabajo (…)”

(A.CH. Hombre de 88 años. Barranca Larga, Dic. 2013)

“(…) **¿Y de qué otras provincias iban o de qué otros lugares?** De Salta, de Jujuy, bolivianos cantidad. **¿Ah, sí?** (….) Se ponen en el trabajo y le meten, hasta hoy si para el sur está lleno de bolivianos (….) Con los indios también he trabajado mucho, con los indios con los osacos, [los] chicos”.

“(…) De dónde no servía la gente grandota era de La Rioja, ahí han ido un tren completo pero no servían de nada. Agarraban un cuchillo y dos, tres cañas pelaban nada más. **¿Hacían poquito?** Poquito ni pa’ comer y de ahí otra vez el tren los han traído. **¿Los mandaron de vuelta?** Si. Semejante hombres grandes. **¿Así que los de la Rioja no?** No, no sirven. **¿No les salía el trabajo?** No. **¿Y les habrán pagado por eso?** No. **¿Los mandaban nomás?** Mandaron que se vengán a la casa nomás.”

(A.V. Hombre de 68 años. Barranca Larga, Sep 2013)

En cambio, en el caso de los santiagueños o riojanos, directamente su capacidad de trabajo queda anulada desde el momento en que aseguran que “no sirven” para la pelada de caña. El criterio de valoración del trabajo desempeñado por los otros también parece responder a la destreza y habilidad física y a la condición de ser “metedor”, lo cual implica una capacidad de esfuerzo que no necesariamente se asocia al tamaño corporal.

5.2 Lazos familiares y comunitarios en tensión

5.2.1 Las mujeres que permanecen en el valle

Había mencionado que la zafra azucarera se daba entre los meses de abril y septiembre, e incluso hasta enero. Por lo que la temporada de cosecha para la cual se movilizaba la mayoría de la población masculina del valle coincidía con su temporada invernal, en donde fuertes vientos y nevadas protagonizaban la vida local. Durante el invierno es cuando tenía lugar el receso escolar, calendario que sigue vigente actualmente, por lo que muchas mujeres permanecían en los puestos en el cerro junto a sus hijos.

Respecto de estas ausencias temporarias masculinas, se ha señalado que conllevaban repercusiones en la vida familiar y comunitaria de los pueblos, en los que quienes permanecían eran mujeres, niños y ancianos (Giarraca *et al.* 2001; Bidaseca 2002). De esta manera, la movilidad a la zafra podía modificar la dinámica familiar y las relaciones de género, en la medida en que cambiaban los roles de los integrantes como cuando una mujer pasaba a convertirse en cabeza de familia (Bidaseca 2002). ¿Se habrá dado un proceso semejante de reacomodamiento de roles de género y generacionales (Pedone 2003) al interior de las familias en el caso de El Bolsón? Recordemos que al referirnos a la economía campesina local había indicado que su organización familiar solía destinar la actividad artesanal y el cuidado de la hacienda mayormente a mujeres y niños, mientras que el trabajo en fincas y la movilidad para comercializar los tejidos domésticos a los hombres. Por lo que en cuanto al valle, la ausencia de población masculina ya era relativamente habitual, incluso hacia la primera mitad del siglo XX de acuerdo a los recuerdos de los abuelos vallistas. Pero, ¿puede ser que la salida de los hombres en Belén haya sido característica “de todas las épocas” (Hermitte y Klein 1972), o al menos desde fines del siglo XIX (Espeche 1875)? Aunque no pueda asegurar en esta instancia cómo y cuándo se generó esa organización familiar y de roles a su interior, tampoco considero que haya sido producto de los viajes a la zafra, como se ha sugerido para otras poblaciones de Belén (Maffia *et al.* 2005). Lo que sí muestran algunos testimonios es que la temporal, aunque prolongada ausencia de pobladores en El Bolsón generó tensión entre quienes permanecían y quienes “salían”.

En ese sentido, mi intención es dar lugar a la mirada particular de las mujeres respecto de la movilidad a la zafra, ya que constituían la mayor parte de la población local durante la temporada de esa cosecha. Para comenzar, parto de las palabras de una mujer de Barranca Larga, que junto a sus hermanos “eran llevados como gitanos” a Ledesma (entre 1965-1973 aproximadamente), donde su padre pelaba caña y su madre cocinaba. Ese esquema de movilidad a Ledesma se vió modificado por el temprano fallecimiento de su madre cuando ella era muy joven, que siguió en el “desparramo” de sus hermanos por fuera del valle y con su propio casamiento. Posteriormente ella comenzó a trasladarse

junto a su marido a las fincas tucumanas para cocinarle. Al relatar los viajes a la zafra, retoma los relatos de su suegra (en cuyos tiempos el marido trabajaba en la caña en San Martín del Tabacal) reivindicando el papel de las mujeres que permanecían en el valle.

“(…) Aquí [las] madres con hijos [se] quedaban criando los chicos, haciendo tejido. Venía el marido y pedía cuenta de lo que ha hecho. Alguno quedaba con [la] abuelita. Era más sacrificado para la mujer, el hombre venía y se ponía a chupar (…)”.

(M. CH. Mujer de 55 años. Barranca Larga, Dic. 2013)

Durante el período de zafra las mujeres daban continuidad a la actividad artesanal o al cuidado de hacienda, teniendo que rendir cuentas de la producción al regreso de sus maridos.

A continuación hago referencia a una mujer del paraje de Cura Quebrada, que desde niña se ha dedicado al cuidado de sus familiares: de su madre que enfermó y falleció joven; de sus hermanos menores a quienes crió ella misma, además de sus propios hijos; y de su padre que en la vejez sufría de diabetes. Ha contado que sus padres (él del valle y ella de Jacipunco) se habían conocido en la zafra, historia que se repitió para uno de sus hermanos que también ha conocido a su esposa (de Santa María) en la zafra. Su padre también había trabajado como juez de paz en Antofagasta de la Sierra, por lo que acostumbraba ausentarse varios meses del hogar y movilizarse por la región, dejándole un sinfín de relatos sobre caminos andados y personajes conocidos. Ella trabajó un tiempo en la estafeta postal de Barranca Larga, por lo que recuerda la fluida correspondencia en tiempos de zafra. A partir de sus palabras indagaré el imaginario de la zafra entre quienes no concurrían.

“(…) Se van y no se acuerdan de volver [por familiares que se han ido del valle y no escriben], se olvidan. Antes se escribía mucho, viera cómo era cuando iba la gente a la zafra a San Martín, Ledesma. Viera cómo era que se iban en mayo esta gente, pocos quedaban. Se iban todos los hombres, quedaban las mujeres. Y tenían que contestarles [por carta]. Mandaban platita en encomienda. Tenía mucho trabajo el correo, eran indios hasta que venían, en septiembre, que es cuando comienza a componer [el clima]. De ahí abajo Gilberto [Villacorta] iba con la esposa y con los hijos a la caña, con toda la familia para el norte.

(…) Yo me acuerdo cuando venía la gente, mis hermanos. Ya sentía que venía el camión, gritaban: ¡ya vienen del norte!, contentos en los burros, traían plata, chupaban. La joda duraba hasta que acababa la plata. (...) Yo tenía unas ansias, quería ir [al norte] ¿cómo

sabr  ser de ir a cocinar? Estaba acá desierto y all  verde, lindo, decían. ¡Uh, triste cuando ya se van!, y hacían pan, llevaban charqui de cabra. Mamá me decía: no. [Ella] ya sabía porque [mi madre] hab  andado, ella ha andado”.

(A. V. Mujer de 70 años aprox. Cura Quebrada, Dic. 2012)

Podemos observar aquí cómo se va construyendo la imagen del valle en relación a los lugares de la zafra. El espacio local es considerado triste cuando los pobladores se van a la zafra, pero se recuerda un ambiente festivo al momento de su regreso. El valle es recordado también como un sitio desierto, por oposición “al norte”, que es imaginado como un lugar verde y lindo. Si en el apartado anterior habíamos destacado la importancia de los lazos sociales para trabajar en la zafra, ahora nos aproximamos a los lazos sociales en tensión con el desplazamiento de la población vallista, y específicamente, a la fuerza de los lazos familiares sobre la posibilidad interna de movilizarse a la zafra.

El siguiente extracto de entrevista corresponde a una tejedora de Barranca Larga a quien ya me he referido en el Capítulo 4, donde he señalado el ciclo del tejido doméstico para elucidar los mecanismos socioeconómicos del valle. Ella mencion  que había nacido en el cerro a donde criaban hacienda ajena, pero en otra oportunidad contó que había nacido en “el norte”, cuando su mamá se movilizaba a la zafra para cocinar. Vivió con su madre y tías únicamente, con quienes después de haber cuidado hacienda se dedicó exclusivamente al tejido.

“(...)  Y usted no ha ido para trabajar a Salta como ha ido su hermano? No porque la gente de antes no nos dejaba [a] los chicos eh, salir, irse.  l quer  llevarme y para ir a la escuela, me iba hacer estudiar. Cap z que hubiera tenido otra clase de vida.  l me quer  llevar.  Para Salta? Pero mi madre no quer   Quer  que se quede con ella? Claro, que la acompañe. Así que ahí me hecho vieja. Yo he tenido mis hijos recién fallecida ella (...) y ya una persona grande  para dónde voy a ir?...

Y  c mo era cuando su hermano iba a Salta y volvía? Antes de que se quedara... Y (...)  l era muy mayor, quince años de mí. Yo era muy chica (...) y cuando me quer  llevar ya tenía doce años (...) ** Ven a así después de la temporada de la zafra? Hace ya cuántos años que se ha quedado él all .**

(...) Yo me acuerdo de mi mamita que ella sabía ir de cocinera porque tenía hermanos. Porque tampoco yo he nacido aquí, yo he nacido para el norte y después me ha traído. Para San Martín esos años se iba de cocinera y andaba con ella con los hermanos.

 Cu l es el recuerdo que tiene de San Martín? Y no s , lindo. Salta me acuerdo que es lindo de paso (...) Cuando capaz he andado como feo San Martín, dios mío. Claro porque hace calor un tiempo que es sucio. ** Por qué sucio? Y qué se yo ahí ahora capaz que ya es**

mejor porque toda cosa sabían dejar, la tierra los cuartos tablerío y después ¡qué suciedad debajo! **¿Y no corría agua por ahí?** Cuando llovía, pero más olor había”.

(S.C. Mujer de 70 años. Barranca Larga, Sept. 2013)

A partir de estos relatos femeninos, observo que se plantea una tensión entre la movilidad espacial, en este caso a la zafra, y los lazos familiares. La fuerza de estos lazos familiares determinan roles, cuyos modelos se van transmitiendo generacionalmente como mandatos (Barbieri 2008) sobre lo que se puede hacer o no, que en este caso se relacionaría con la posibilidad de “andar”, de salir del valle especialmente para las mujeres.

En ambos casos las mujeres han encontrado cierta resistencia de los lazos familiares, principalmente de otras mujeres, al plantearse la posibilidad de ir a la zafra. Para comprender esta situación, por un lado debemos considerar que en ese momento se desempeñaban en el rol de hijas y recaía en ellas el papel de acompañamiento de sus padres. Una costumbre familiar local, consiste en que uno de los hijos, generalmente el *shulco* o *shulca*⁶⁸, permanezca junto a sus padres hasta su vejez. En vez de formar un matrimonio, este hijo atiende a los padres y se ocupa del mantenimiento del hogar y tareas domésticas, como también se ha señalado en otras poblaciones aledañas (Maffia *et al.* 2005: 95). Del mismo modo en que habíamos visto en el caso familiar de nuestra interlocutora peladora de caña, para algunos grupos domésticos era necesario que un integrante permaneciera en el lugar, principalmente si criaban hacienda.

Por otro lado, las madres de ambas mujeres habían tenido la experiencia de movilizarse a la zafra, por lo que la negación ante el planteo de sus hijas puede remitir a ya conocer las condiciones de aquel trabajo y del *saber-andar*. Aunque en el segundo caso, la tejedora haya conocido San Martín del Tabacal, al que recuerda por su suciedad y mal olor, actualmente se pregunta cómo hubiera sido su vida si su hermano la hubiera llevado “al norte”, idealizando la movilidad a la zafra como posibilitadora de un futuro diferente.

⁶⁸ Hijo/a menor.

Otra mujer tejedora de Barranca Larga ha contado de los tiempos en que ella permanecía en el valle continuando la producción de tejidos mientras su esposo iba a la zafra, y también su breve experiencia como cocinera en la zafra tucumana.

(...) Ellos vivían en el cerro, en Vallecito. [Cuando se iban los hombres] era mejor, más lindo [se ríe], no se extrañaba (...) Trabajaba solo los puyos y cambiaba por mercadería. Ella bajaba a mula. Ahí en El Bolsón el hijo de Villacorta tenía un almacén. También otro en la banda tenía almacén [Severo Delgado]. Ella cargaba los críos en su espalda como los “paisanos” de Bolivia.

Ella ha ido a la zafra a Tucumán únicamente un año. Ya no tenía cómo ir porque a él [el marido] ya lo habían tomado como efectivo en la Municipalidad.

(Libreta de campo J. F. y L.C. Hombre y Mujer de 70 años. Barranca Larga, Sep. 2013)

La posibilidad de trabajar como cocinera en la zafra no prosperó, situación que remite al empleo de su marido en la Municipalidad y a la intervención de roles de género para el cuidado de familiares, en la medida en que ella debió ocuparse más de su marido a partir de que él sufriera un accidente cerebral.

5.2.2 El cuidado de la hacienda y “la plaga” del león

Continuamos ahora con la movilidad a la zafra desde otro aspecto: sus repercusiones en la vida comunitaria del valle. Tal como mencioné anteriormente, en el caso de las unidades domésticas que poseían hacienda, generalmente las mujeres permanecían en el valle para ocuparse de su cuidado. Pero he observado una problemática que se repetía entre los distintos relatos de los pobladores: la pérdida de hacienda asociada al puma, al que localmente se refieren como “el león”. Han mencionado que “la plaga” del león⁶⁹ se había extendido desde La Puerta, pasando por Villa Vil hasta el valle, arrasando toda hacienda.

“¿Cómo era acá cuando volvían? ¿Los que quedaban se ponían contentos? Y claro pero era muy poquita la gente que había. **¿Que quedaba?** Si, hacienda había mucha nosotros teníamos más cabras, cinco mil, ¡muchísimas! Claro pa’ carnear, regalar así lo que quiere.

⁶⁹ “La plaga del león” constituye también una figura recurrente entre los relatos de los pobladores de Azampay (Maffia y Zubrzycki 2005; Zubrzycki *et al.* 2005) al remitirse a la pérdida de hacienda (cabras y ovejas).

Y han venido malos años y se han empezado a... ya se ha hecho mucha la gente los han empezado a afanar, que mi papa ya no podía así que hemos tenido que botar. **Claro porque ustedes se iban ¿y mientras tanto había que cuidar la hacienda?** Claro, mi mamá, la Juana mi hermana...”

(A. V. Hombre de 68 años. Barranca Larga, Sep. 2013)

“(...) **¿Se iban y dejaba la casa sola?** Si la cerrábamos. **¿No tenían hacienda?** No, más antes. Cuando iba para San Martín, tenía mucha hacienda arrendaba el puesto al fino Indalecio ahí tenía mucha hacienda mucha cabra y ha venido plaga del león. (...) Y por eso no la sabía llevar a ella [la esposa] porque ella ha sabido cuidar la hacienda y las chicas, y mi hijo era chico todavía, sabía tener ocho años y se quedaba (...). La plaga ha venido barriendo limpiando todo (...) no había cómo pillarlo. Eso es lo que nos ha arruinado todo, se ha terminado todo. Y después ya llevaba a ellos para allá”.

(A. V. Hombre de 90 años. El Bolsón, Sep. 2013)

Este animal implicaba una amenaza para la actividad ganadera que considero se debía potenciar durante el período de zafra, momento en que se ausentaba gran parte de la población masculina, en la medida en que eran los hombres quienes solían salir en grupo a matar el león. Si dicha actividad era una práctica necesaria y compartida entre los pobladores de El Bolsón, ¿cómo se llevaría a cabo cuando la mayoría de la población que permanecía en el valle eran los abuelos, las mujeres y los niños?

“Antes [había] más gente guapa, unida y mataban mucho al león.
[He tenido un] accidente por una vaca mala hace ocho, nueve años. [Me he] fracturado, me agito. Ahora no puedo ir a la puna, no puedo correr al león (...)”.

(D. V. Hombre de 50 años aprox. Nacimientos de San Antonio Dic. 2012)

¿Cómo interpretan esta situación los vallistas? Tal vez el aproximarnos a cómo conciben esto actualmente ayude a pensar qué sucedía en tiempos de zafra. En los relatos que remiten al león, observo que la posibilidad de frenar el riesgo que conlleva para la actividad agraria, depende de la acción conjunta de “la gente”. Lamentan los egoísmos en el presente, que el león haya “liquidado todo”, que “la gente antes no lo dejaban”. R. Abduca (1995) ha destacado que la cooperación, como fuerza productiva del campesinado, puede verse afectada al atravesar un proceso de dependencia salarial, como se dio a partir del trabajo en los ingenios. Partiendo del caso de Yavi (Jujuy), el autor ha señalado que el proceso de asalaramiento se manifiesta a nivel doméstico en relación a la organización intrafamiliar, y a nivel comunal en relación a tareas colectivas como por ejemplo la limpieza de acequias que alimentan los *rastrojos* o las defensas de los ríos

(Abduca op. cit.). Al igual que la crítica de las relaciones comunales que se manifiesta en los términos que aluden a la gente como “mezquina” o “desunida” entre la población de Yaví, el lamento entre los pobladores de El Bolsón a “la gente” expresa la tensión entre los lazos comunitarios. Si bien el león debe haber significado un peligro para la hacienda históricamente es probable que esta situación se haya agravado con la movilidad cada vez más prolongada de los hombres, que luego de la zafra se movilizaban a otras cosechas, y con la progresiva emigración de la población vallista hacia ciudades próximas a los ingenios azucareros y otros centros urbanos, como veremos a continuación.

6. MOVILIDADES ESTRUCTURADAS Y PRÁCTICAS VALORADAS

“Desde el 1991 en que comenzamos a visitar el Valle la movilidad de población ha resultado importante: tanto de los que llegan como de los que se van (...) Las causas de la migración a las ciudades siempre están en relación a la necesidad de buscar nuevas oportunidades cuando el número de personas que puede sustentar el trabajo rural está en su límite; pero también hay una especie de resignación de que a una determinada edad los hombres se irán, como si fuera algo natural.”
(Korstanje 2005: 183)

A través de los relatos sobre la experiencia de movilidad espacial he observado que los viajes a los ingenios para trabajar en la zafra fueron enunciados dentro de un repertorio de territorios “andados”, de espacios *vividos*. Guiándome por la concepción de *prácticas espaciales* (De Certeau 2000) intentaré superar el trazado de los mapas de las trayectorias vallistas para vislumbrar el acto mismo del *andar* y sus efectos. Atenderé a su capacidad enunciativa que hablará de *otras* operaciones, de *otras “maneras de hacer”* (De Certeau op. cit.), relacionadas particularmente con la construcción de densidad (Grossberg 1992) a partir de lazos sociales.

Por otro lado, recurriendo a la noción de *movilidades estructuradas* (Grossberg op. cit.), retomaré el proceso de mecanización de la cosecha de caña de azúcar para comprender el campo de acción de los pobladores de El Bolsón, que en un contexto de condicionamiento estructural, tal como fue la introducción de tecnología en la agroindustria azucarera, continuaron circulando por otros caminos.

6.1 Lazos sociales en acción

A partir de la movilidad habitual para trabajar en la zafra azucarera los pobladores de El Bolsón han desarrollado otras prácticas en función de los vastos territorios recorridos y de su interacción social emergente. En algunos casos estas prácticas incluyeron el aprendizaje de nuevas habilidades, desde peluquería en el pueblo de Santa

Lucía (Tucumán) como contó un poblador de Yerba Buena, a la caza de animales salvajes del monte en las inmediaciones de Orán junto a los chaqueños criollos, que a un poblador de El Bolsón le ha enseñado otras habilidades provechosas para el trabajo agrario -como tirar la soga para atrapar el ganado. En el caso de otro poblador también del paraje El Bolsón, el aprendizaje de doma de equinos en pueblos tucumanos lo ha constituido como referente de esta actividad, además de llevarlo a participar de desfiles y festividades gauchescas hasta el día de hoy.

En San Ignacio [depto. La Cocha] cambalacheaba, llevaba tejidos [y] traía animales (...). La gente de Los Robles [finca tucumana], los dueños, le estimaban mucho [cuenta con orgullo]. Lo habían formado y ya eran muy cercanos. Cuenta [con pasión] que él se convierte en una figura importante en Tucumán para la doma de caballos, de cómo juega carreras con otros, desafíos, peleas de facones. Se hace amigo de un santiagueño que le va enseñando muchas cosas sobre todo para defenderse de otros y a usar el puñal.

(Libreta de Campo -Registro C.V. Hombre de 60 años aprox. El Bolsón, Dic. 2013)

En otras ocasiones las nuevas prácticas remiten a la posibilidad de permanecer luego de la zafra trabajando en los ingenios, cuestión que entre los pobladores de El Bolsón prevaleció para el ingenio Ledesma, ocupándose en tareas como el “embolsado”. Estas posibilidades, relatadas orgullosamente por considerarse “elegidos”, estuvieron siempre mediatizadas por vínculos con catamarqueños ya empleados en los ingenios. Por lo que se ponían en acto solidaridades en carácter de *belicho*⁷⁰ o *catucho*⁷¹ en general⁷² y en algunos casos solidaridades basadas en lazos de parentesco “ficticio”, como veremos a continuación.

El siguiente extracto de entrevista corresponde a una figura importante en el valle, en tanto es un profesional de la salud en Barranca Larga (aunque es oriundo de Las Cuevas). De niño trabajó como “tachero” en San Martín del Tabacal a donde lo llevaba un tío que era contratado desde Hualfín, y de joven también ha ido a pelar caña con el mismo

⁷⁰ Gentilicio de Belén.

⁷¹ Gentilicio de Catamarca.

⁷² Uno de los abuelos de El Bolsón que vivió muchos años en Ledesma, fue ayudado y aconsejado respecto del momento adecuado para retirarse del ingenio por parte del encargado de personal porque también era oriundo de Belén. Otro poblador, de Yerba Buena, ingresó al ingenio Ledesma por los contactos de un catamarqueño que conoció en “el norte”, que se había criado en Urundel (localidad cercana a Orán), porque sus padres se habían instalado allí años atrás.

tío pero a Ledesma (a fines de la década de 1970). Allí se encontró con un conocido de su padre que le consiguió trabajo en la fábrica, a quien se refiere como “tío”. Durante ese tiempo vivió en la casa de otro tío oriundo de El Bolsón que se había instalado allí junto a su familia.

“(…) [En] septiembre volvíamos de San Martín. Y casi mismo tiempo en Jujuy (…)
¿Dónde le gusto más? En Ledesma porque estaba en la fábrica, cuatro años ¿Ahí cómo consiguió? Por un tío. Pero es nada de familia, si no una manera de decir tío. Era capataz ahí adentro, Gumercindo Pachado. Era de acá de Barranca [Larga], era capataz de la azucarera. **¿De Domingo o Indalecio era familia?** Hermano del fino Domingo (…)
No lo conocía ¿sabe? (…)
[Fue] por mi padre [el conmemorado curandero local] porque decía que mi padre lo ha curado y era un héroe, por eso me estimaba a mí y me hacía pasar como sobrino.(…) Ya me he quedado ahí y vivía con un tío, Felipe Villacorta (…)
Somos familia, somos primos con los changos.”

Como habíamos visto, la relación de familiaridad que se enunciaba al referirse al ingenio Ledesma como “aquí” tenía que ver con la *inversión afectiva* (Grossberg 1992) que los pobladores destinaban a ese punto dentro de sus *recorridos*. A su vez, agrego que esta inversión de afecto está articulada al establecimiento de redes sociales que permiten diversas estrategias de acción, como el hecho de poder trabajar en la fábrica de Ledesma, un ingenio al que denominan “mundial”. En el caso mencionado, el trabajo en el ingenio duró únicamente cuatro años, ya que al ausentarse a causa del servicio militar no lo volvieron a contratar porque “había fallado casi un año”.

Si bien el espacio de acción de los vallistas estaba situado en torno al ámbito de los ingenios azucareros en tanto trabajadores, desplegaron ciertas prácticas al margen del trabajo en la agroindustria azucarera, que se orientaron al mercado de centros poblacionales aledaños al emplazamiento de las empresas. Así es como han dado continuidad a una práctica socio económica tradicional del valle como es el *cambalacheo* de tejidos artesanales, pero en un nuevo contexto.

De esta forma, el contacto con nuevos centros de población durante el tiempo en que los vallistas concurren a la zafra azucarera, posibilitó también la extensión de los tradicionales canales de comercialización de los tejidos domésticos. En el Capítulo 3 había señalado que la actividad artesanal, fundamental para las familias del valle, estaba

mediatizada por comerciantes locales respecto de la obtención de materia prima y de su colocación en el mercado. Pero, recordemos también que había mencionado que los contactos parentales por fuera del valle, podían esporádicamente evitar esa mediación al distribuir directamente los tejidos (Hermitte y Herrán 1970). Este es el caso de un abuelo vallista que actualmente vive en Belén pero que va y viene a Barranca Larga con frecuencia⁷³, como hacen actualmente muchos pobladores. Contó que había formado “clientela” en Tucumán donde “repartía los *puyos* en bicicleta” por Los Sarmiento y La Tipa (depto. de Aguilares). Lo mismo sucedió en Serranías de Zapla (Pcia. de Jujuy) donde su cuñado trabajaba en la Mina 9 de Octubre.

“Aquí [estaba] en febrero, marzo, abril. Traía mi platita [de la zafra]. Me iba a vender para Ledesma, vendía tejidos. Eso hacía yo. [Después acá] cargaba veinte, veinticinco burros y vendía mercadería [por] chal, pollo [por] lana, hacienda en Aguas Calientes.”
(...) En Aguilares, La Tipa y Sarmiento [Tucumán] conozco como mi mano, vendía tejidos. En Mina Zapla en Jujuy en 1958 [también] vendí y volví en 1985 y los puyos seguían ahí. Eso dura, no como estas frazadas (...). Porque el puyo va a quedar para su abuelo, su padre, para usted y para su nieto (...) [Hacia] negocio. Azúcar, fideos, arroz, grasa en Aguas Calientes.”

(A. CH. Hombre de 88 años. Barranca Larga, Dic. 2013)

Otros llevaban también sus tejidos a las ciudades próximas a los ingenios, como Orán o Libertador General San Martín⁷⁴ (Ledesma, Jujuy). A su vez, de regreso al valle se desplazaban con mercadería (como azúcar, fideos, grasa) hacia la puna catamarqueña, con el fin de “hacer negocio”. Esto reproducía el esquema de movilización de recursos entre distintos ambientes al que he remitido en el Capítulo 3, en referencia a los viajes para el intercambio de productos.

⁷³ El primer contacto con él fue en el Antofagasteño (colectivo local) donde me contó que cada quince días viajaba a Barranca para regar sus *rastrajos*. El año siguiente tuve suerte de encontrarlo, estaba preparando el terreno donde pastaban sus llamas (ayudado por su hija y su sobrino) y el tercer encuentro fue en su casa en Belén donde suele alojar a otros pobladores, principalmente de Aguas Calientes, cuando viajan por trámites. A lo largo de las charlas donde fue relatando sus más de treinta años en la zafra, fue expresando su fuerza para el trabajo y principalmente su reivindicación por “lo criollo”.

⁷⁴En otra oportunidad tomé contacto personalmente con una jujeña de Santa Bárbara (valle de San Francisco, Jujuy) que vivió muchos años en Libertador General San Martín, de donde recordaba las mantas que los catamarqueños iban vendiendo por la ciudad. Aunque tal vez hiciera alusión a comerciantes y no particularmente a la estrategia desplegada por los propios zafreiros, reafirma el hecho de que la zafra también generó un mercado donde continuar vendiendo los productos domésticos.

En la medida en que los pobladores forman parte de un proceso de proletarización iniciado en generaciones vallistas anteriores, considero que se movilizaban dentro de un espacio ya organizado por *maquinarias territorializadoras* que constreñían su movimiento (Grossberg 1992). Pero como actores, sus acciones tomaron atajos, se desviaron e improvisaron caminos practicando ese espacio ordenado (De Certeau 2000) y, de ese modo, tuvieron la posibilidad de combinar su “movilidad estructurada” con una estrategia de tipo comercial.

6.2 La llegada de las máquinas: nuevos surcos

En respuesta a la inestabilidad del mercado internacional, del cual la industria agroazucarera dependía estrechamente, los ingenios tendieron a la reducción de costos y al aumento de la producción a través de la mecanización de la cosecha⁷⁵. La progresiva tecnificación comenzó en los ingenios salto-jujeños durante la década de 1960, iniciando tanto la transformación de su estructura productiva como gran parte de la dinámica socio económica regional (Gordillo 1995: 114). A partir de 1970 el proceso se extendió en todos los ingenios del valle de San Francisco, sector en donde alrededor de 1980 el 50% de la cosecha se encontraba totalmente mecanizada, el 30% semi mecanizada y el 20% se realizaba en forma manual (Sabalain y Reboratti 1980: 23).

De acuerdo a la trayectoria general de la generación mayor del valle, observo que la circulación por las distintas plantaciones fue acompañando el avance de la mecanización de la cosecha en los ingenios. En San Martín del Tabacal, donde se inició primero el proceso, ya en 1973 la mecanización de la zafra alcanzaba el 85% (Bisio y Forni 1976: 50). Como sostuve anteriormente, la movilidad por los diferentes ingenios recorridos se estructuró en parte por el avance de la mecanización, por lo que es de mi interés visualizar la vivencia de aquella transformación estructural. En una de las visitas al

⁷⁵ Además del motivo netamente económico para dar inicio a la mecanización de la cosecha de caña de azúcar, había señalado anteriormente que también convenía políticamente a las empresas evitar la habitual cantidad de obreros temporarios en aquellos tiempos de creciente organización sindical.

abuelo mayor de El Bolsón, que durante gran parte de su vida se movilizó a la cosecha de San Martín, llevé unos recortes del Diario La Prensa del año 1964 que ilustraban las máquinas que habían adquirido los ingenios “del norte”. A partir de su relato nos aproximaremos a comprender el lugar ocupado por las máquinas en el imaginario de los trabajadores de la caña.

“(…) Después (...) ya han empezado a sacar las máquinas, han hecho los estudios y al personal mano de obra [lo tomaban] ya muy poco (...) Íbamos ya voluntarios (...) No nos venían a buscar. **Ah, ¿no venía el contratista?** Ya no había (...) **¿En San Martín?** Claro (...) Nos presentábamos allá y fichaban. Después ya no (...) nos ocupaban, ya no nos recibían porque ya había maquinas allá. [Vemos una foto de las máquinas en San Martín] Esas ya son las máquinas ¿ve? (...) Por eso ya no nos ocupaban por las máquinas. **¿Y usted estaba triste cuando le dijeron que no?** Y claro porque ya no nos recibían. **¿Esta máquina cortaba?** Si (...) corta [la caña], la voltea, todo. **¿Y después las cargan en camiones?** Son unas vagonetas hechas con formas de camión, vagonetas les llaman (...) entran por el sur y la grúa va cargando (...). **Claro. Entonces ¿ya no necesitan la gente que cargaba en la zorra?** Ya no, ya no. (...) Más antes cuando recién han salido la cargaban así entera la caña (...) Después ya le picaban a la caña y ha entrado otra clase de máquina y entraba tantito (...) al trapiche (...). La que no podían conseguir era la máquina peladora, querían (...) y no la pudieron conseguir y por eso quemaban a la caña. (...) Sabía ser que se trancaba con chala, con la maloja. (...) Nosotros íbamos desde el suelo, en cambio la máquina se trancaba. (...) Y después le han sacado, ya miren. Para no ocupar los obreros, la mano de obra [era] más pronto. Porque como le digo tres, cuatro secciones ¡uh! cargaban más rápido. (...) **¿Y que hizo cuando ya no lo fichaban?** Y bueno ya uno se quedaba aquí a sembrar... y así... por eso la gente se ha ido mucho se ha desparramado por todas partes. Claro aquí tampoco no había trabajo, en cambio ahora hay trabajo para toda clase de edad, antes no había **¿Y si tenía siembra o hacienda no alcanzaba?** No, no (...) pa’ criar la familia (...) había que salir a trabajar afuera... y así era.”

(A.V. Hombre de 90 años. El Bolsón, Dic. 2013)

Podemos observar a través de sus palabras su identificación con “el personal mano de obra”, que hace referencia al trabajo físico, tal como se refirió otro abuelo de El Bolsón al decir que “no tenía escuela pero tenía manitos”. Esta identificación conlleva una diferenciación con un *otro*, figurado en este caso a través de las máquinas. A partir de que éstas fueron “sacadas” por los ingenios, los obreros se vieron desocupados y desplazados de ese lugar al que concurrieron tantos años, al igual que el resto de trabajadores temporarios. Para la mano de obra indígena, por ejemplo los tobas, los viajes a la zafra habían finalizado anteriormente, pero algunos habían sido contratados esporádicamente

entre las décadas de 1960 y 1970 para tareas complementarias, por lo que fueron testigos también del avance de la mecanización. Según sus relatos los ingenios habían “ocupado” las máquinas en lugar de las personas (Gordillo 2005: 150), reafirmando la vivencia de un desplazamiento y reemplazo como noto entre los vallistas. La máquina también implica una figura de comparación respecto de la destreza laboral como cuando en el relato precedente se reclama que un grupo de obreros juntos eran más rápidos.

Las tareas se mecanizaron gradualmente, primero con la carga de caña y su transporte al ingenio, y algunas plantaciones comenzaron a implementar el sistema de quema acortando los tiempos que acarreaba la pelada (Gordillo 1995). Esto mismo mencionan los vallistas para el ingenio Ledesma, aludiendo que allí hacia 1970 únicamente “volteaban” porque la cosecha ya estaba mecanizada respecto de la carga y la pelada, y recuerdan también la “quemada” de caña en esa época.



Figura 15. “Máquina cosechadora de caña, en Tabacal”. Fuente: Diario La Prensa (20 Septiembre de 1964).

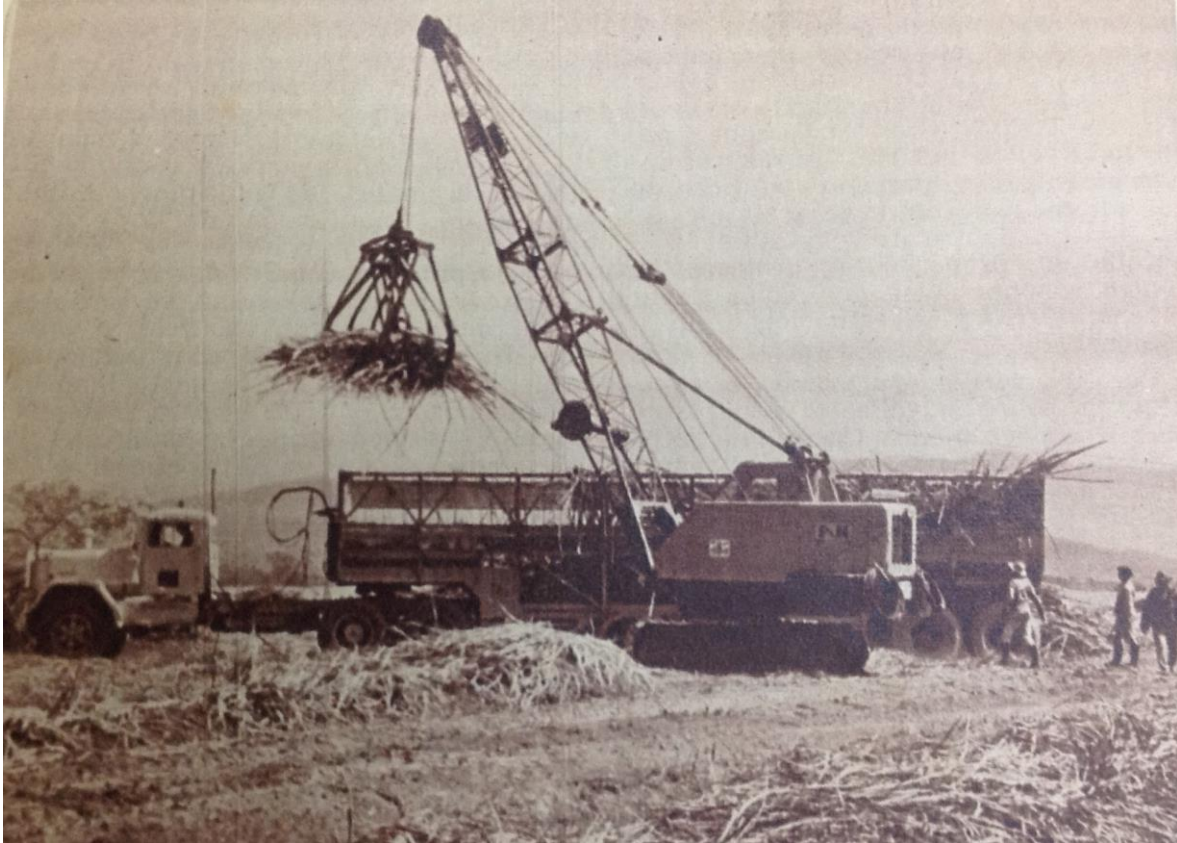


Figura 16. “Una vez apilada la caña, grúas móviles a oruga cargan los camiones transportadores. La operación de carga y transporte de 25 toneladas dura una hora”. Fuente: Diario La Prensa (20 Septiembre de 1964).

Para comprender que el proceso de mecanización haya afectado más tardíamente la ocupación de mano de obra estacional que se dirigía a la zafra tucumana, se deben tener en cuenta las características de su estructura agraria. Hacia 1970 ésta se encontraba polarizada, por un lado con unos pocos productores que entregaban más del 50% de la caña para moler en los ingenios y, por otro lado, muchos pequeños cañeros que aportaban menos del 25% de la caña que se molía (Sabalain y Reboratti 1980). Estas características fueron producto de las continuas crisis atravesadas y de los cupos de producción establecidos por el gobierno desde 1966 (Ídem: 24). El hecho de que el ciclo de la zafra entre los pobladores de El Bolsón culmine en las fincas tucumanas a pesar de las crisis y de la mecanización, que también iniciaron allí los ingenios, tiene que ver con la enorme

cantidad de pequeños productores sin el capital suficiente para afrontar tal inversión, quienes continuaron requiriendo mano de obra temporaria (Ídem).

Las máquinas de la zafra también funcionaron como *maquinarias territorializadoras* al reconfigurar el movimiento de la población que se desplazaba habitualmente para trabajar en las plantaciones durante esa temporada. Pero veremos que las actividades desarrolladas a modo de reacomodamiento en función del avance de la mecanización, estaban atravesadas por la distribución diferencial de capital social, cultural o económico entre los sujetos de la comunidad rural de El Bolsón. En ese sentido, tienen que ver con el modo en que los *sistemas de circulación* (Grossberg 1992) habilitan determinadas prácticas a unos y deshabilitan ciertas prácticas a otros.

Se ha señalado la modificación de los patrones migratorios tradicionales en comunidades que solían movilizarse a los ingenios salto-jujeños en respuesta a la reorganización productiva de la producción azucarera, como el caso de la comunidad de Santa Victoria (al norte de Salta), donde el cese de demanda de mano de obra ocasionó efectos socioespaciales manifestados en nuevas migraciones (Greco 2000). Éstas se presentaron en forma intermitente espacial y temporalmente, e incluyeron espacios tanto rurales como urbanos y situaciones laborales que implicaron la proletarización temporaria, el asalariamiento ocasional o el cuentapropismo, al mismo tiempo que se daba continuidad a la reproducción campesina en la comunidad (Greco op. cit.: 111-112). Volviendo al caso de El Bolsón, muchos lugareños dieron continuidad al proceso de movilidad pero orientada hacia otros destinos, reorientación que fue fundamentada a veces porque “ya no servía pelar caña” o que “no tenía ningún beneficio ese trabajo”. Algunas de estas nuevas movilidades se dieron paralelamente al trabajo en las fincas tucumanas. Tal es el caso del abuelo que vive en Belén, quien siguió trabajando pelando caña en Tucumán, combinando la temporada con otras cosechas, mientras que su hacienda en El Bolsón quedaba en cuidado de otra persona (hasta que la vendió para comprar tierras en el valle).

Algunos vallistas se han empleado en centros mineros como Farallón Negro (Catamarca), cuyo yacimiento se puso en marcha hacia 1973 con la empresa interestatal Yacimientos Mineros Aguas de Dionisio (YMAD), o también en Salta, por ejemplo en una mina de borato en Pocitos, en la región de San Antonio de los Cobres.

“(…) Nos criamos en la casa, hemos ‘tonteado’ y vuelto otra vez. [He andado] por Chubut. Comodoro Rivadavia. (...) Pasé por Bahía Blanca, Tandil. Así uno anda al gusto de uno (...) En Salta para la extracción del borato se changueaba. (...) En este trabajo no se madrugaba, era lindo (...) en cambio en la caña se madrugaba. Eran tres [pobladores] de Barranca, cuatro de Nacimientos [de San Antonio], otros de Nacimientos de Hualfín [y] otros de Santa María. (...) Pasaba [la] cosecha de caña y [me] quedaba a cosechar tabaco en Tucumán. Era lindo, también se pagaba bien.”

(D. V. Hombre de 50 años aprox. Nacimientos de San Antonio Dic. 2012)

Otros comenzaron a movilizarse a la cosecha de fruta en Mendoza, o si seguían yendo a la zafra tucumana, solían quedarse cosechando limón o tabaco luego de la temporada de la caña. La zafra azucarera ha sido identificada como una cosecha nuclear en la medida en que puede emitir trabajadores hacia otras cosechas que se llevaban a cabo durante el verano, como en Mendoza o La Rioja (Sabalain y Reboratti 1980). La cosecha de uva en Tinogasta era en marzo, duraba un mes, allí se repetía el esquema de trabajo familiar de la zafra azucarera. Padres e hijos trabajaban en conjunto reivindicando también a través de los relatos la valoración de “ser guapo” y rápido para llenar la “gamela” (tachos) y descargarla en los camiones⁷⁶.

Retomo aquí el caso de un poblador de El Bolsón que se había desempeñado como capataz para el ingenio San Martín del Tabacal, para manifestar el modo en que el movimiento de los vallistas fue constreñido diferencialmente. Como gran parte de los lugareños, este poblador comenzó a ir a la zafra junto a su padre cuando tenía doce años. Pero su recorrido por los ingenios difiere respecto de la trayectoria general de las

⁷⁶ Para los más jóvenes las cosechas de uva en La Rioja o de aceituna en Tinogasta fueron las primeras experiencias laborales fuera del valle, a veces realizadas durante el receso escolar de secundaria (que realizaban en la ciudad de Belén). Un amigo de Barranca Larga que fue a La Rioja con sus hermanos y padre, ha contado que él, siendo el mayor, sentía que debía hacerse respetar y demostrar su destreza física. Allí el padre les comparaba recurrentemente esa cosecha con la zafra azucarera, aduciendo que ese había sido un trabajo mucho más duro.

personas de El Bolsón, dado que comenzó en el ingenio Ledesma a donde fue durante diez años, y luego de hacer el servicio militar siguió yendo a la zafra pero a San Martín del Tabacal a donde permaneció movilizándose año a año durante las décadas de 1960 y 1970 porque fue tomado como capataz. Veremos que esta experiencia como encargado de personal en San Martín del Tabacal trajo aparejada otra posibilidad laboral en el valle, en el momento en que se estaba formando la delegación municipal en la zona.

Este poblador se movilizaba durante la temporada de cosecha, luego se quedaba en “el norte” trabajando en la mina El Aguilar (Pcia. de Jujuy) o en otro centro minero cerca de Chile al cual se llegaba en tren desde Salta. Durante dos años su mujer viajó con él y le cocinaba, así fue que sus primeros hijos nacieron en el norte. Durante los veranos él consiguió trabajar como policía en el tren Córdoba – Jujuy, de donde recuerda que había muchos robos para lo cual estaba preparado por su “carrera militar”. En El Bolsón su familia continuaba con las actividades agrarias: tenían chivos, sembraban maíz, papa, zapallo angola, habas y se dedicaban al tejido artesanal por lo que los hijos torcían, hilaban y su mujer tejía por encargo. Ella contó que tenían un conocido de Santa María que le encargaba puyos, que la buscaban de Córdoba, Buenos Aires, y que su marido llevaba a Orán “pilas de puyos”, “cincuenta bufandas de llama”. De Orán habían traído la máquina de coser con que ella hacía la ropa para sus nueve hijos, con telas que él enviaba por encomienda, junto con leche en latas para los chicos. A su vez, en su casa tenían negocio por lo que ella intercambiaba yerba, azúcar, maíz por carne o lana (luego tuvieron ovejas por lo que no tenían necesidad de comprar lana), actividad comercial que persiste actualmente ya que conforman un importante punto de abastecimiento local tanto de artículos de almacén como de gasolina.

No tengo conocimiento sobre cómo fue que lo tomaron como encargado en el ingenio, pero según su relato “allá veían quiénes tenían escuela” y lo iban “capacitando”. Tenía que ocuparse de toda la gente del departamento de Belén, que eran “como 1400 personas”. Inicialmente él los acompañaba en el “expreso” que a veces salía de la estación de Andalgalá, pero años después mandaban por correo dinero con el pasaje para viajar en ómnibus, por lo que mencionó que ya “viajando ganaba plata”. Allí trabajaba 12 horas, a

veces de noche, repartiendo “tareas” y midiendo la producción, porque como explicaba, “a la empresa hay que sacarle producción” por lo que hay que “mover el mate” y entenderse también con el sindicato. Hacia el año 1973 hubo reducción de personal debido a la mecanización y comenzó a quedar gente que “tenía estudios”⁷⁷. La experiencia laboral como encargado de personal de un reconocido ingenio, fundamentada en la condición intelectual, en tener “escuela” y pensar estratégicamente, constituyó un capital que lo habilitó después a ser solicitado por las figuras políticas locales y de Belén. En 1985 comenzó como delegado municipal. Hacía cuatro años que “estaba la política”, y hacía tres años que lo “estaban buscando” Solano Pachado que estaba de intendente de Villa Vil, y Marcos Saadi como diputado provincial. Él ya “estaba acostumbrado” a no estar en el valle, la idea de quedarse la asociaba con una “vida triste”, “bárbara” donde “te morís”, por lo que los primeros años de permanencia en El Bolsón le resultaron difíciles.

La posibilidad de desenvolverse como encargado municipal de todo el valle tiene que ver con el modo en que operan las “líneas de territorialización” y “desterritorialización” que producen la *movilidad estructurada*, en la medida en que éstas determinan qué clase de lugares pueden ocupar las personas y cómo pueden ocuparlos, establecen cuánto lugar tienen las personas para moverse, a dónde y cómo se pueden mover (Grossberg 1992: 108). Alude también a las condiciones desiguales en la distribución de capital social, cultural, económico y la disponibilidad de trayectorias sociales a las que la población de El Bolsón ha tenido distinto acceso.

6.3 La práctica de “andar”

Retomo aquí la noción de “trabajo” que fuimos entrevistando en el Capítulo 4 a partir de los relatos de la zafra azucarera. Habíamos visto que de ellos se desprendía la idea de que en el valle “antes” no había trabajo, tanto que sostenían que “para ver la

⁷⁷ Ante la pregunta sobre qué hicieron después todas aquellas personas que ya no tomaba el ingenio hizo referencia a que empezaron a trabajar en la Municipalidad, y mencionó que el gobierno de Salta tenía que pagarle a la provincia de Catamarca “para poder sacar gente”.

moneda había que irse”. En ese sentido, había observado que la concepción de “trabajo” se asociaba a la retribución monetaria y que de esa forma las labores agrarias vallistas quedaban excluidas de esa representación. De esa forma retomé la conceptualización de A. Isla (2009) acerca de la coacción de los ingenios y la atracción del dinero como fuerzas que pueden generar progresivamente el menosprecio de las actividades campesinas, con el fin de plantear si eso mismo sucedía en el caso de la población de El Bolsón.

Prestemos atención ahora al modo en que se va esbozando el sentido local de la movilidad, a partir de que está ligada con la noción de “trabajo” y particularmente a los relatos de la zafra. Nuevamente a través de las palabras del abuelo de El Bolsón podemos identificar el vínculo entre ser trabajador y moverse, y por otro lado, nos vamos adentrando en la perspectiva local de la movilidad que remite al acto de *andar*⁷⁸:

“(…) ¿Y después entonces ya se quedó aquí? Después ya no me he ido pa ningún lado (...) Me gustaba siempre el trabajo, no me gustaba estar aquí no estaba yo. En el último ya cuando dejo de ir a Tucumán, dos años aquí, tres años, sembraba. Y después digo me voy a ir a buscar trabajo. Me iba aquí a la provincia de Salta. Aquí, de Antofagasta más al norte (...) se llamaba Pocito donde iba yo. Ahí iba a trabajar a una mina, vea cómo me gustaba el trabajo. Porque me gustaba trabajar porque a mí no me gustaba estar así, con los vientos he tenido esfuerzos no...no me gustaba.

¿Así que trabajó en la mina? Si, de borato (...) eso trabajábamos nosotros. Siempre ha ido gente de aquí para allá (..) he andado dos años, tres años para ahí (...) tres años seguido he andado. Y de ahí no salí más”.

O sea que ¿ha viajado mucho? Claro, he andado mucho porque me gustaba siempre trabajar. (...) Si usted viera cómo las mujeres se trabajaban. Antes se trabajaba. La gente ahora ya no. Tanto la mujer como el varón para poder vivir, criar la familia. (...) Mis hijos no han sufrido de nada. Todo han tenido porque yo he sido muy trabajador. A dónde no me he ido a trabajar yo. Ella [la esposa] quedaba con los chicos.”

(A. V. Hombre de 90 años. El Bolsón, Sep. 2013)

También retomo las palabras de la tejedora de Barranca Larga para observar la vinculación entre la movilidad y la idea de “trabajo”:

(…) ¿Y de dónde sacaban la lana? Y la lana nos daban así de al partir, había algunos que trabajan y bueno se van y traían la lana (...)”.

(S. C. Mujer de 70 años aprox. Barranca Larga, Sep. 2013)

⁷⁸ De Certeau (2000) asemeja el *andar* al “acto de habla”. Retomando la teoría de la enunciación de Benveniste, el autor sostiene que el *andar* implica: una apropiación del sistema espacial (tal como un locutor asume y se apropia del sistema de la lengua); una realización espacial de lugar (tal como la enunciación es una realización sonora de la lengua); una relación entre distintas posiciones o contratos de movimientos (tal como en la alocución se establecen contratos entre locutores).

Mientras cuenta cómo se dedicaba al tejido, su idea de “trabajo” parece aludir a otros, que eran quienes se iban, salían de El Bolsón y traían lana. Recordemos que ella había nacido en San Martín del Tabacal ya que su madre iba como cocinera de sus hermanos. Habiéndose quedado luego siempre en el valle, junto a su madre y tía, ella no tuvo la posibilidad de movilizarse a la zafra habitualmente. Cuando su hijo varón terminó la escuela lo “mandó” con los vecinos que iban a trabajar en la caña en las fincas tucumanas:

“(…) Mi hijito, un changuito que tenía pobrecito catorce años, ya ha salido de la escuela y se ha ido. Lo he mandado porque antes era muy pobre [acá] no se podía vivir. Necesitábamos las cosas y no se podía conseguir, porque no había trabajo como ahora (...). A él [al hijo] se lo han llevado chiquito a trabajar y lo han tenido hasta que ha vuelto, pero ha vuelto grande ya para poder ir a cualquier lado”.

(S. C. Mujer de 70 años aprox. Barranca Larga Sep. 2013)

La asociación entre trabajo y movilidad presente en los relatos no implica necesariamente que se esté reproduciendo el razonamiento clásico de los estudios migratorios según los cuales la movilidad responde únicamente a una cuestión económica. Como señaló F. Rivero Sierra, otros autores han intentado ampliar la mirada analítica con el fin de destacar otros factores que rebasan los económicos, a través de conceptos que involucran otras cuestiones culturales tal como “ir a trabajar” de Dandler y Medeiros (1986) o “búsqueda de oportunidades” de A. Hinojosa Gordonava, que incluso señaló un *habitus* de movilidad espacial andino (2000). A partir de su interés en el estudio de la construcción de la decisión migratoria entre pobladores de Bolivia, Rivero Sierra (2011 y 2013) sugiere la existencia de una *cultura migratoria* institucionalizada, desde la cual los sujetos despliegan sus representaciones y valoraciones, afectando en forma generalizada a la comunidad de origen de los migrantes, tanto a los miembros que permanecen allí como a los que se movilizan. Este concepto alude a la incorporación de la práctica migratoria, por lo que puede comprenderse en términos de *habitus*⁷⁹ (op. cit. 2013). Esta idea ayuda a comprender la incorporación de la práctica de movilidad a lo largo de

⁷⁹ El concepto de *habitus* alude al sistema de disposiciones adquiridas como estructuras estructuradas permanentes, capaces de funcionar como estructuras estructurantes o como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones objetivamente orientadas a fines no necesariamente conscientes, que son “orquestadas” colectivamente pero sin ser necesariamente producto de la acción organizadora de un “director de orquesta” (Bourdieu 1991).

distintas generaciones familiares en la comunidad rural de El Bolsón, cuya interpretación local remite al “andar”.

De Certeau se refiere al *andar* como parte de las operaciones que realizan los sujetos, las “maneras de hacer” dentro de un orden espacial. El acto de andar es definido como un espacio de enunciación, cuyas operaciones enunciativas de una diversidad indeterminada exceden su huella gráfica. Cuando los interlocutores relatan su experiencia de movilidad, particularmente a partir de los relatos de la zafra, la incluyen como parte de los territorios conocidos y *andados*. Esto deja entrever una apropiación del espacio recorrido en el sentido en que es *practicado* por los sujetos. Como cuando el abuelo que vive en Belén relataba: “en Aguilares, La Tipa y Sarmiento *conocía como mi mano*, vendía tejidos” u otro de los abuelos de El Bolsón que se había quedado a vivir en Jujuy tras conseguir trabajo en la fábrica de Ledesma, sostenía: “en el ingenio *conozco surco por surco*”.

El conocimiento de los territorios *andados* manifestado en los relatos se enfatiza a través del uso de las expresiones: “conozco como la palma de mi mano” o “conozco por entero”, como cuando el domador de caballos de El Bolsón contaba: “trabajé en La Cocha (...), Aguilares (...), Graneros, Simoca, Acherai, Santa Rosa, Monteros, [por] *entero* esos departamentos he *andado*”. Las mismas expresiones se repetían al referirse al espacio local campesino afirmando la importancia del “saber-andar” por ejemplo respecto de los cerros para el cuidado de la hacienda, o respecto de las localidades aledañas al valle para el intercambio de productos. De acuerdo a lo anterior, retomo algunos registros de las conversaciones establecidas con uno de los pobladores a lo largo de las visitas al campo, quien afirma que “se ha criado andando”, con un tono de cierta nostalgia fundada en que actualmente su movilidad es limitada a causa de un accidente cerebro vascular.

“(...) Eran otros años. Entonces *íbamos a cuidar las cabras*. Eran miles de cabras (...) y *andaban por todos los cerros. Yo conozco todo*. Ahora ya no puedo salir ni a caminar ahí cerquita. (...) Yo antes sabía ir para *La Puerta [de Corral Quemado], San Fernando, yo conozco como a mis manos*.”

(Barranca Larga, Dic. 2012)

(...) Yo conozco entero estos cerros, conozco como mi mano. Aquí, para Las Cuevas yo conozco entero. (...) Era guapito para trabajar, ahora ya no sirvo de nada (...) Desde los doce años, de ocho años yo trabajaba (...). Yo me he criado trabajando, a los seis años ya andaba trabajando, sabía ir para Laguna Blanca, Aguas Calientes, Antofagasta, lo conozco todo como mi mano, hasta Chile conozco. **¿Conoce de todo?** Si, sabíamos contrabandear. Llevábamos cordero, vendíamos allá a los chilenos.”

(Barranca Larga, Sep. 2013)

Empezó a viajar a los 8 años, a esa edad él ya era hombre, dice. Tenía responsabilidades. Dice que se ha criado andando. A los 12 años fue a pelar caña a San Martín.

(Registro de la Libreta de Campo - Barranca Larga, Sep. 2014)

Esta operación apropiadora de los espacios por donde circularon los vallistas puso en juego un “saber-andar” (Tarrius 2010) que involucró la interacción social con otros actores y determinó diversas acciones y *maneras de hacer* (De Certeau 2000). En este sentido, cuando el domador de caballos de El Bolsón contaba que los dueños de la finca tucumana le estimaban tanto que lo habían “formado”, al punto de constituirse en una figura reconocida en los departamentos de Tucumán y luego en el valle, hacía hincapié en el aprendizaje que implicaba “toda andanza” e incluso se preguntaba cómo se podría “opinar” sin haber *andado*.

En referencia a los espacios de trabajo de la zafra (Capítulo 5), mencioné que los campamentos temporarios también habían sido recordados como espacios de socialización, al igual que los viajes a los ingenios, principalmente el espacio-tiempo compartido mientras esperaban el tren (Capítulo 4). La recordada socialización se expresa a través del conocerse “como vecinos” con otros pobladores del “norte chico” y “norte grande” de Belén tras frecuentar los mismos lugares, que aunque sean de paso, pueden conformar determinada densidad en tanto produzcan familiaridad o un sentido de pertenencia. En el caso de los pobladores de El Bolsón la creación de densidad puede girar en torno a lazos de parentesco o solidaridades locales, relaciones de patronazgo o hábitos culturales o socioeconómicos comunitarios.

Según Grossberg, los lugares constituyen “puntos en el espacio social a donde las prácticas se articulan con una densidad específica (...). En esos lugares las inversiones de la gente los empodera para detenerse temporalmente (...) e instalarse creando domicilios temporales (...) [que] sirven como puntos temporales de pertenencia, y orientación,

moradas alrededor de las cuales pueden articularse mapas de significación, deseo y placer” (Grossberg op. cit.: 107). Estas inversiones, a las que denomina afectivas permiten articular a los sujetos con sus experiencias otorgándoles significado. Como sostiene el autor, las *inversiones afectivas* que articulan las prácticas desplegadas por los actores, son de vital importancia en los *sistemas de circulación*, dado que “están siempre implicadas en las prácticas por la que esos lugares son construidos” (Ídem: 107).

Las inversiones de afecto desplegadas por los vallistas implican valoraciones relacionadas a la práctica campesina local y una historia común de espacios vivenciados colectivamente. Son el mecanismo que permite el sentido de pertenencia e identificación, por el cual la circulación es detenida, fijada y articulada (Ídem: 107). Por supuesto que esas inversiones están condicionadas por *sistemas de circulación* preexistentes que fueron históricamente y políticamente articulados, por lo que entiendo que la valoración de la práctica del *andar* puede estar constreñida por un extenso proceso de proletarización de poblaciones campesinas iniciado en generaciones anteriores.

Volviendo a la asociación entre movilidad y trabajo, que como he señalado inicialmente rebasa el razonamiento netamente económico, ¿de qué nos está hablando entonces? En base a la conceptualización de la incorporación de una *práctica de movilidad espacial* podemos remitirnos a otros factores, *otras maneras de hacer* que fueron retomando los interlocutores, que remiten al conocimiento del territorio recorrido, la densidad e inversión afectiva desplegada. A partir de esto es que los sujetos expresaron una valoración de la práctica del *andar* que crea sentido de lugar practicado.

PALABRAS FINALES

Al inicio de este trabajo planteé el propósito de analizar el proceso de movilidad a la zafra azucarera entre los pobladores del valle El Bolsón durante el período en que concurrió el grupo generacional mayor, en articulación con las prácticas socioeconómicas e imaginario local. El período analizado, entre las décadas de 1940 y 1980, remite a una situación macro estructural en donde la agroindustria azucarera se encontraba consolidada en la Argentina, pero cuya orientación y reorientación productiva fue reconfigurando el espacio de interacción en el que *circulaban* los pobladores de El Bolsón. Si bien en esta instancia no he indagado el inicio ni las particularidades del proceso de proletarianización de la comunidad a través de los ingenios, a lo largo de los capítulos trabajados he intentado demostrar algunas de las tensiones comprendidas en tal proceso de dependencia salarial. Partiendo del supuesto de que ir a la zafra formaba parte de una práctica de movilidad tradicional que es valorada positivamente por los sujetos, pretendí contextualizar las comúnmente denominadas migraciones laborales a la zafra, dentro de una lógica de prácticas de *movilidad* espacial en el territorio local y de acuerdo al imaginario sobre esa particular experiencia, que afectó de distinta manera a los lugareños.

Respecto al interés por indagar prácticas de movilidad en la historia local y regional, las he contextualizado a través de otros estudios interdisciplinarios en la región que manifestaron una interacción entre poblaciones de la puna y del área valliserrana de la que forma parte el valle de El Bolsón. A su vez, a partir del objetivo de identificar el funcionamiento de la dinámica socioeconómica de El Bolsón durante el período en que sus pobladores se movilizaban a la zafra, he podido analizar los mecanismos mediante los cuales las economías domésticas se articulaban a un mercado interno y regional.

En cuanto al proceso de movilidad para trabajar en la cosecha de caña de azúcar, me había propuesto su descripción considerando los destinos recorridos, los actores sociales intervinientes y las acciones o estrategias desarrolladas por los sujetos. Tal

objetivo se realizó siguiendo la construcción de los relatos de los interlocutores de El Bolsón, por lo que estuvo articulado a otro objetivo que apuntaba al análisis de sus representaciones sobre aquel proceso de movilidad. En ese sentido ha sido de gran ayuda valerme de las ideas de *movilidad* y de las *prácticas espaciales*, que ponen de relieve a los grupos en su capacidad actuante o de *agencia*, vinculadas al concepto de *memoria*, no como archivo de información histórica sino como un campo desde el cual es posible comprender la construcción de las experiencias del pasado. Desde esa perspectiva analítica me remití a la perspectiva local que, a través de la memoria social anclada al presente, reconstruyó de un modo particular ese pasado de movilidad incluido dentro de un repertorio de territorios conocidos y lugares andados.

En base a esto a lo largo del trabajo fuimos viendo el modo en que los vallistas fueron reconstruyendo los destinos recorridos, cómo los lugares de la zafra se fueron produciendo diferencialmente y relacionamente. De esa forma percibimos que los interlocutores asocian actualmente los recuerdos más sombríos e imágenes de esclavitud al trabajo en el ingenio San Martín del Tabacal en oposición a su mayor familiaridad hacia el ingenio Ledesma, y que expresan una diferenciación intergeneracional respecto de los recuerdos de las fincas tucumanas. A nivel general los sujetos hacen mayor referencia a las experiencias vivenciadas como enriquecedoras en detrimento del disciplinamiento y la coerción ejercida por los ingenios, que como vimos fue manifestado de diferentes maneras, a través de jerarquías, normativas o a nivel espacial. En ese sentido considero que esto se debe a la articulación de prácticas e inversión afectiva sobre ese espacio organizado que adquirió significado de *lugar practicado* por la acción vallista.

Con respecto al sentido otorgado a tal experiencia de trabajo y la valoración de sus acciones, mostré que los vallistas la connotan de modo ambiguo como “linda” y “fiera”, lo cual interpreto como resultado de la tensión existente entre el sistema productivo local de raigambre campesina y el sistema de producción del capital. También vimos cómo la categoría *trabajo*, por un lado se fue cargando de sentido ligado a una lógica salarial a la vez que ignoraba como tal al “trabajo” campesino. Pero, por otro lado, he analizado en los relatos la valoración del trabajo y esfuerzo físico, enunciada a través

del uso de categorías locales –“guapo” vs. “cochino” o “metedor” vs. “flojo”- como una forma de recuperar lo campesino que, de acuerdo al proceso de asalaramiento atravesado, podría estar "abandonado". En base a lo anterior, las tensiones percibidas discursivamente y las observaciones realizadas en los espacios domésticos, que en su mayoría cuentan al menos con una tropilla de cabras y pequeños cultivos, plantean que la valoración de la actividad campesina en general constituye una cuestión que merece ser profundizada en una próxima investigación. De igual modo creo que el uso polisémico de la categoría *indio* implica una línea interesante para el estudio de procesos de construcción de identidades a nivel local.

Por otro lado, he destacado la dimensión social del proceso de movilidad analizado, que considero está vinculado directamente con las lógicas internas que articulaban la población rural de El Bolsón con el nivel local y regional. En ese sentido, he observado, en un nivel más amplio, el mismo esquema respecto de la organización social de las actividades productivas y el establecimiento de redes sociales que formaban parte de la dinámica socioeconómica local durante el período analizado. Por un lado los vínculos sociales extendidos fuera del valle, basados en lazos de parentesco o relaciones asimétricas, mediatizaron la movilidad a la zafra en otras provincias y, por otro lado, la organización al interior de los grupos domésticos constituyó su soporte en la medida en que todos sus miembros aportaban de una u otra manera, se movilizaban o permanecían. De ese modo he señalado las tensiones suscitadas de las que se desprende una desigualdad de posibilidades respecto del hecho de movilizarse, principalmente entre las mujeres, lo cual resulta una vía interesante para profundizar a futuro desde los aportes de los estudios de género y de esa forma considerar la distribución y negociación de roles tanto de hombres como de mujeres.

Vimos también que a lo largo del recorrido por vastos territorios, los pobladores de El Bolsón fueron desplegando distintas acciones en consonancia con la interacción con otros actores sociales y el devenir sociohistórico estructural. Dentro de esos sistemas de circulación he explorado los efectos de su “andar” y registrado nuevas prácticas o continuidades de otras, como el comercio de productos artesanales, en nuevos contextos.

En relación con mi hipótesis preliminar creo haberme aproximado a la existencia de una práctica de movilidad espacial, apoyándome en los estudios históricos de la región y en los habituales circuitos comerciales identificados. Aún reconociendo la operación selectiva de la memoria sobre los aspectos negativos, inicialmente presumía que esta práctica era valorada positivamente por los sujetos en tanto mayoritariamente la caracterizaban como una “linda” experiencia, sea por significar el lugar donde se ganaba dinero, donde se conocía otra gente o se reunían con pobladores regionales, donde han sido criados, donde se conocieron sus padres o donde se puede tomar alcohol y jugar taba. Pero sumo ahora una particularidad de los relatos locales que llamó mi atención, el hecho de que otorgaron sentido a sus recorridos expresando la valoración del *andar* y el conocimiento de otros territorios, como articulación que transforma los espacios en *lugares* practicados. Y, por otro lado, creo necesario matizar el supuesto original ampliando la mirada sobre la valoración positiva, con el fin de retomar el proceso sociohistórico vivenciado colectivamente por la comunidad local. Con esto quiero decir que, a partir de la interpretación local sobre la experiencia de trabajo en la zafra, he observado tensiones cargadas de ambigüedad que asocié a las contradicciones del proceso vivido como grupo campesino en un contexto de dependencia salarial.

Para finalizar, la experiencia del presente trabajo me ha hablado de una continuidad de la *práctica de movilidad* y de una población en *movimiento*, cuya circulación y desplazamientos continúan modificándose. Pero donde quienes “salen” del valle mantienen el vínculo familiar mediante visitas durante las fiestas e incluso personas mayores vuelven y construyen nuevos hogares para pasar los últimos años en “el pago”.



Figura 17. Imágenes actuales del valle y su gente.

BIBLIOGRAFÍA

- ABDUCA, R. (1995) "Campesinos con Ocupación Obrera. Relaciones campesinas y dependencia salarial en una cabecera de valle argentino-boliviana" en Trincherro, H. (ed.), *Producción doméstica y capital. Estudios desde la Antropología*, Editorial Biblos, Bs. As.
- ABELED, S. (2010) Los viajes de intercambio en la Puna de Atacama: pasado reciente y actualidad del caravaneo en Santa Rosa de los Pastos Grandes (Salta). VI Congreso de Ciudades y Pueblos del Interior. San Fernando del Valla de Catamarca, Mayo 2010.
- ARCE de, A. (2013) ¿Todas las mujeres de cañeros son cañeras? Género y trabajo familiar en la producción cañera tucumana (Argentina, 1930-1960). XIV Congreso Internacional de Historia Agraria. Badajoz.
- BALÁN, J. (1980) Migraciones temporarias y mercado de trabajo rural en América Latina. Vol 3 Nº 3. Estudios CEDES. Bs. As.
- BARBIERI, M. (2008) Representaciones de lo femenino en los 90. De madres e hijas, abuelas, tías y hermanas. Antropofagia. Bs. As.
- BAZÁN, A. R. (1992) El Noroeste y la Argentina contemporánea: 1853-1992. Editorial Plus Ultra. Bs. As.
- BENDINI, M. I.; M. RADONICH y N. STEIMBREGER (2001) Los trabajadores agrícolas estacionales. Marco teórico-metodológico para un estudio de caso. *Revista estudios migratorios latinoamericanos*. Año 16 Nº 47. Bs. As.
- BENDINI, M. I.; N. STEIMBREGER y M. RADONICH (2011) Emergencia de viejos temas en un contexto modernizado: marco teórico-metodológico en un estudio de migrantes estacionales al sur de Argentina. *Política y Sociedad*. Vol 49 Nº 1, pp. 141-161. Disponible en: <http://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/36522>
- BENENCIA, R. Y F. FORNI (1986) "Los procesos de transformación de las migraciones temporarias en el contexto de una provincia productora de mano de obra: Santiago del Estero, Argentina". En: (Reboratti comp.) *Se fue a volver: Seminario sobre migraciones temporales en América Latina*. PISPAL-CENEP. México.
- BERNARD, C. (1973) La fin des capitaines. Bulletin de l'IFEA (Instituto Francés de Estudios Andinos) II nº 1, pp 72-82, Lima.
- BIDASECA, K. (2002) Nómades sin tierra. De hombres y mujeres poblando León Rougés en tiempos de zafra y migraciones. Tesis de Maestría en Investigación en Ciencias Sociales. Facultad de Sociales. Universidad de Buenos Aires.
- BISIO, R. y FORNI F. (1976) Economía de enclave y satelización del mercado de trabajo rural. El caso de los trabajadores con empleo precario en un ingenio azucarero del noroeste argentino. En: *Desarrollo Económico*. Nº 16/61. Buenos Aires.
- BOIVIN, M. (2001): "Clientelismo y Patronazgo. Desarrollo histórico de ambos conceptos en la teoría antropológica y su discusión actual". Ficha de Cátedra.
- BOSSERT, F. (2013) Ingenios azucareros y relaciones interétnicas En: *Al pie de los Andes*. P. Sendón y D. Villar eds. Estudios de Etnología, Arqueología e Historia. Editorial Itinerarios. Cochabamba.
- BOURDIEU, P. (1991) *El sentido práctico*. Taurus Ediciones. Madrid.
- BOURDIEU, P. y L. WACQUANT (1995) *Respuestas por una antropología reflexiva*. Grijalbo. Mexico.

- BRIGGS, C. (1986) Aprendiendo cómo preguntar. Un enfoque sociolingüístico del rol de la entrevista en las investigaciones en ciencias sociales. Cap. III. En Learning how to ask. University Press. Cambridge (Traducción para Cátedra L. Goluscio).
- CAMPI, D. (2000) "Economía y sociedad en las provincias del norte. En: Lobato M.Z. Nueva historia argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916). Bs. As. Sudamericana.
- CAMPI, D. (2009) Contrastes cotidianos: los ingenios del norte argentino como complejos socioculturales, 1870-1930. *Varia historia*, Belo Horizonte [online] vol.25, n.41, pp 245-267. Disponible en: http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0104-87752009000100013
- CAMPI, D. y BRAVO M. C. (1999) La agroindustria azucarera argentina. Resumen historiográfico y fuentes. En Revista América Latina en la historia económica. Boletín de Fuentes, Nº 11, Instituto Mora, México, pp. 73-93.
- CANELADA LOZZIA, M. (2005) Historia Social en la Frontera Argentino- Boliviana. El caso de Yavi 1930-1970. Tesina de Maestría en Historia de América Latina y Mundos Indígenas. Universidad Pablo de Olavide. (en prensa).
- COLOMBRES, A. (1984) Seres sobrenaturales de la cultura popular argentina. La Leyenda del Ucumar. Colección Biblioteca de Cultura Popular. Ediciones Del Sol.
- CONNERTON, P. (1989) How societies remember. Cambridge University Press.
- CORTES, G., R. VILLAGRA, N. VILLAGRA, E. MIRANDA Y E. FLORES (2012) Informe final. Hacia el fortalecimiento de la memoria desde un museo rural. Investigación y Elaboración del Proyecto de Circuitos Educativos.
- DANDLER, J. y C. MEDEIROS (1986) Migración temporaria de Cochabamba, Bolivia, a la Argentina: patrones e impacto en las áreas de envío. En Fronteras permeables. Migración laboral y movimientos de refugiados en América. P. Pessar (ed.) Planeta. Bs. As.
- DE CERTEAU, M. (2000) La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer. Universidad Iberoamericana. México.
- FARET, L. (2010) Movilidades migratorias contemporáneas y recomposiciones territoriales: perspectivas multi-escala a partir del caso México-Estados Unidos. En Migraciones de trabajo y movilidad territorial. S. M. Lara Flores (coord.) Editor Miguel Angel Porrua. México.
- FORNI, F.; M.I. TORT; D. JIMENEZ y L. PESSINA (1993) Estudios socio-antropológicos de la Puna catamarqueña. CEIL=PIETTE, Centro de Estudios de Investigaciones Laborales, CONICET, Buenos Aires, Argentina. 1993. p. 47. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/argentina/ceil/forni.rtf>
- GARCÍA, S.; D. ROLANDI; M. LOPEZ y P. VALERIE (2002) "Viajes comerciales de intercambio en el departamento de Antofagasta de la Sierra, puna meridional argentina: pasado y presente". *Revista Redes*. Vol. 2 Nº 5.
- GARCÍA, S. y D. ROLANDI (2003) "Antofagasta de la Sierra, Provincia de Catamarca. Su historia en los documentos y en la tradición oral". En: Puna de Atacama (sociedad, economía y frontera). Benedetti A. (comp.) Alción. Córdoba.
- GARCÍA, S. y M. LOPEZ (2004) "Sal, Pasas, Lanás. Redes de comercio y trueque entre criollos del oeste de Catamarca. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXIX. Buenos Aires.

- GELDSTEIN DE MOYANO, R.N. (1974) "Estudio descriptivo de la mano de obra de la provincia de Catamarca y migraciones entre 1947 y 1960". Monografía. Informe de Beca interna. F.F.y L. U.B.A.
- GIARRACA, N.; K. BIDASECA y D. MARIOTTI (2001) Trabajo, migraciones e identidades en tránsito: los zafreros en la actividad cañera tucumana. En: Una nueva ruralidad en América Latina. CLACSO. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/gt/20100929021109/15bidaseca.pdf>
- GODELIER, M. (1987) Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas. Siglo XXI, Madrid.
- GÓMEZ, E. L. y KARASIK G. A. (2013). De la "acción social transformadora" de Ledesma a la represión de los trabajadores. El abordaje antropológico en los juicios de lesa humanidad. VII Jornadas Santiago Wallace de Investigación en Antropología Social. Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires. Dirección estable: <http://www.academica.com/000-063/470>
- GORDILLO, G. (1995) Después de los ingenios: la mecanización de la zafra saltojujeña y sus efectos sobre los indígenas del Chaco centro-occidental. En: *Desarrollo Económico*, vol 35, Nº 137.
- GORDILLO, G. (2005) Nosotros vamos a estar acá para siempre: historias tobas. Editorial Biblos. Bs. As.
- GORDILLO, G. (2010) Lugares de diablos. Tensiones del espacio y la memoria. Prometeo. Bs. As.
- GRECO, M. G. (2000) Reestructuración productiva y alteraciones en los patrones productivos tradicionales. Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de Jujuy, núm. 13.
- GROSSBERG, L. (1992) We gotta get out of this place: Popular Conservatism and Postmodern Culture. Routledge. New York.
- GUBER, R. (2001) La etnografía. Método, campo y reflexividad. Norma. Bogotá.
- HERMITTE, E. y C. A. HERRÁN (1970): "Patronazgo o cooperativismo? Obstáculos a la modificación del sistema de interacción social en una comunidad del noroeste argentino", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. 1 Nº 2 ITDT, Buenos Aires.
- HERMITTE, E. (1972) Asistencia técnica en materia de promoción y asistencia de la comunidad en la provincia de Catamarca. Informe final. Consejo Federal de Inversiones.
- HERMITTE, E. y H. KLEIN (1972): "Crecimiento y estructura en una comunidad provinciana de tejedores de ponchos: Belén 1678-1869". Documentos de Trabajo del Inst. Torcuato Di Tella Nº 78, Buenos Aires.
- HERMITTE, E. y L. BARTOLOMÉ (1977). "Introducción". En: Procesos de articulación social. CLACSO-Amorrortu. Buenos Aires.
- HERMITTE, E. y C. A. HERRÁN (1977) "Sistema productivo, instituciones intersticiales y formas de articulación social en una comunidad del noroeste argentino". En: Procesos de articulación social. Hermitte, E. y L. Bartolomé comps. CLACSO-Amorrortu, Buenos Aires.
- HERRÁN, C. A. (1972) "Condiciones ecológicas y cambio cultural en el Valle del Río Belén (Catamarca)". Monografía. Informe final de beca. F.F.yL. U.B.A.
- HERRÁN, C. A. (1979) "Migraciones temporarias y articulación social: El Valle de Santa María, Catamarca", en *Desarrollo Económico* Revista de Ciencias Sociales Vol. 19, No. 74,

pp. 161-187.

HINOJOSA GORDONAVA, A. R. (2000). Buscando la vida. Familias bolivianas transnacionales en España. CLACSO. La Paz.

HIRSCH, M. (1999) "Mbaporenda: el lugar donde hay trabajo. Migraciones guaraníes al noroeste argentino". En Etnohistoria. Equipo Naya. Consulta on line Noviembre 2013: http://www.etnohistoria.com.ar/htm/04_articulo.html

HOBBSAWM, E. y T. RANGER (1989) The invention of tradition. Cambridge University Press.

ISLA, A. (2009) Los usos políticos de la identidad: criollos, indígenas y Estado. Libros de la Araucaria. Buenos Aires.

KORSTANJE, M. A. (1994) Informe sobre la situación actual de la población del Valle del Bolsón (Dpto. Belén - Pcia. de Catamarca). Informe UNT. Tucumán, diciembre 1994.

KORSTANJE, M. A. y C. ASCHERO (1996) Arte Rupestre en los valles El Bolsón y Las Cuevas (Catamarca, Argentina): formulando hipótesis de cambio y conflicto. *Chungara* 28 (1 y 2) pp. 199-222.

KORSTANJE, M. A. (1998) El Médano, es un sitio caravanero? Apuntes sobre contextos de tráfico y territorialidad para el Formativo. En: Los desarrollos locales y sus territorios. B Cremonte comp. pp. 33-64. CREA. Facultad de Humanidades y Cs. Sociales (UNJu) Jujuy.

KORSTANJE, M. A. (2005) La organización del trabajo en torno a la producción de alimentos en sociedades agro-pastoriles formativas (Pcia. de Catamarca, Rep. Argentina). Tesis Doctoral inédita. Facultad de Ciencias Naturales e IML. Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

KORSTANJE, M. A. (2007) Territorios Campesinos: Producción, Circulación y Consumo en los Valles Altos. En: A. Nielsen, M.C. Rivolta, V. Seldes, M. Vazquez y P. Mercolli (Eds): Procesos Sociales Prehispánicos en los Andes Meridionales. Vol. 2: 191-223. Editorial Brujas.

KORSTANJE, M. A. (2010) El IAM en los Valles altos del oeste catamarqueño. En: Rastros en el Camino. Trayectos e Identidades de una Institución. P. Arenas, C. Taboada y C. Aschero (eds), pp: 295-302. Volumen 80 años del IAM. EDUNT (UNT), Tucumán.

KORSTANJE, M. A. y S. CARRERA (2012) La construcción de un museo rural comunitario: comunidad, turismo y proyección social en el valle de El Bolsón. IV Encuentro internacional de ecomuseus e museus comunitarios. Bélem. Brasil. Junio 2012.

LARA FLORES, S.M. (2010) Introducción. En Migraciones de trabajo y movilidad territorial. S. M. Lara Flores (coord.) Editor Miguel Angel Porrua. México

LENTON, D. y J. SOSA (2009) La expatriación de los pampas y su incorporación forzada en la sociedad tucumana de finales del siglo XIX. Jornadas de Estudios Indígenas y Coloniales. C.E.I.C. Jujuy.

LENTON, D. (2008) Algunas observaciones sobre la llamada "cuestión de los indios" y el genocidio en los tiempos de Roca. En *Las Huellas del Ñandú: 11 y 12 de Octubre 1492*. Ministerio de Educación, Cultura y Ciencia y Tecnología. Gobierno del pueblo de la provincia de Chaco.

LITERAS RONDON, L. (2008) Dinámicas de incorporación y exclusión social. Guaraníes en la frontera del capital. Revista de Antropología Social N° 17 Universidad Complutense Madrid.

- LITERAS RONDON, L. (2011) Del surco al monte. Subsistencia e identidad en las fronteras del trabajo asalariado y doméstico. Abya-yala. Ecuador.
- MAFFIA, M. (2005) Las viviendas de Azampay. En: Azampay. Presente y Pasado de un pueblito catamarqueño. Comp. C. Sempé, S. Salceda y M. Maffia. Al Margen. La Plata.
- MAFFIA, M. y ZUBRZYCKI B. (2005) La migración: principal estrategia de reproducción de la sociedad azampeña. En: Azampay. Presente y Pasado de un pueblito catamarqueño. Comp. C. Sempé, S. Salceda y M. Maffia. Ediciones Al Margen. La Plata.
- MAFFIA, M.; B. ZUBRZYCKI y S. BALLINA (2005) Estrategias metodológicas de abordaje en el estudio de parentesco y la familia. En: Azampay. Presente y Pasado de un pueblito catamarqueño. Comp. C. Sempé, S. Salceda y M. Maffia. Ediciones Al Margen. La Plata.
- MARTÍNEZ, B. (2012) Diablos, mito-praxis y experiencia histórica cajonista en los ingenios azucareros. *Revista Brasileira de Sociologia da Emocao* Vol. 11 N° 32.
- MASÉS, E. (2009) Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878-1930). Prometeo. Bs. As.
- MASTRANGELO, A. (2004) Las niñas Gutierrez y la mina Alumbreira. La articulación con la economía mundial de una localidad del Noroeste argentino. Ed. Antropofagia. Bs. As.
- MEILLASSOUX, C. (1977) Mujeres, graneros y capitales. Economía doméstica y capitalismo. Siglo XXI. Bs. As.
- MEISTER, A.; S. PETRUZZI y E. SONZOGONI (1963) Tradicionalismo y cambio social. Estudio de área en el valle de Santa María. Facultad de Filosofía y Letra. Universidad Nacional del Litoral. Rosario.
- MERCADO, L. (1997) El gallo negro. Vida pasión y muerte de un ingenio azucarero. Santa Lucía Tucumán. Bs. As.
- MERCADO, L. (2003) El ingenio Santa Lucía de Tucumán. Los primeros habitantes. Nuestro Umbilicus mundi.
- MERCADO, L. (2005) Santa Lucía de Tucumán: La Base. Bs. As.
- MIATELLO, R. (1960) Migraciones de población de la provincia de Catamarca. Universidad Nacional de Córdoba.
- MOLINA OTAROLA, R. (2011) Los otros arrieros de los valles, la puna y el desierto de Atacama. *Chungara*. Vol. 43 N° 2, pp. 177-187.
- MOLINA PICO, A.; A. BROWN; M.A. KORSTANJE (2013). Redes de parentesco y producción agraria en las familias del Valle del Bolsón, Catamarca. V Congreso Argentino y Latinoamericano de Antropología Rural, La Pampa, 2013.
- MOLINA PICO, A. (2014) Las migraciones a la zafra entre los pobladores del Valle de El Bolsón (Depto. Belén), Catamarca desde una perspectiva socio cultural. XI Congreso Argentino de Antropología Social. Rosario, 23 al 26 de julio de 2014.
- NELLI, R. (1988) La injusticia cojuda. Testimonios de los trabajadores del azúcar del Ingenio Ledesma. Puntosur. Buenos Aires.
- ODONNE, M. J. y G. LYNCH (2008) Las memorias de los hechos socio-históricos en el curso de la vida. En *Revista Argentina de Sociología*. Año 6 N° 10, pp. 121-142.
- OLICK, J. y J. ROBBINS (1998) Social memory studies: From “collective memory” to the historical sociology of mnemonic practices. En *Annual Review of Sociology*. Vol. 24, pp. 105-140.
- ORTIZ D’ARTERIO, J. P. (2005) Extractos “La dinámica de la movilidad territorial de la

- población en los complejos azucareros del Noroeste Argentino. El antes y el después de la desregulación azucarera (1980-2001)” Tesis Doctoral para acceder al título de Doctora en Ciencias Sociales- UNT. (capítulo II). En prensa.
- PEDONE, C. (2003) Tu siempre jalas a los tuyos. Cadenas y redes migratorias de las familias ecuatorianas hacia España. Tesis doctoral. Universitat Autònoma de Barcelona.
- QUESADA, M. y C. LEMA (2009) Los potreros de Antofagasta. Trabajo indígena y propiedad (finales de siglo XVIII y comienzos del XIX).
- QUESADA, M. (2014) Arqueología del valle de El Bolsón. Póster para Encuentro de divulgación científica. Catamarca.
- QUIROGA, L. (2003) El Valle del Bolsón (siglos XVII-XVIII). La Formación de un Paisaje Rural. Anales 6. Nueva Epoca. Local, Regional, Global: Prehistoria e Historia en los valles Calchaquíes: 301-327. University of Goteborg.
- QUIROGA, L. (2004) Chacra y potrero, paisaje y relaciones sociales en el oeste catamarqueño. Ponencia presentada en el XXIX Congreso de Historia Económica. San Martín de los Andes, Neuquén.
- QUIROGA, L. (2005a) Disonancias en arqueología histórica: la experiencia del Valle del Bolsón. Revista *Werken*, segundo semestre, nº 007. Universidad Internacional SEK, pp. 89-109. Santiago, Chile.
- QUIROGA, L. (2005b) Arquitectura de la vivienda prehispánica y colonial. Una perspectiva comparativa en el área valliserrana del Noroeste Argentino. *Actas del I Congreso Internacional de Arquitectura Vernácula en el mundo ibérico*. Pp. 71-77. Carmona, Sevilla, España.
- RAMÍREZ, A. J. (2008) Tucumán 1965-1969: movimiento azucarero y radicalización política. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Dossier Experiencias políticas en la Argentina de los '60 y '70. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/38892>
- RAMOS, A. (2011) Perspectivas antropológicas sobre la memoria en contextos de diversidad y desigualdad. *Alteridades* Vol. 21 núm. 42, jul-dic. 2011, pp. 131-148. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa. México.
- REBORATTI, C. E. (1978) Migración estacional en el noroeste argentino y su repercusión en la estructura agraria. *Cuadernos del CENEP* nº 2. Centro de Estudios de Población. Bs. As.
- REBORATTI, C. E. (1983) Peón golondrina: cosechas y migraciones en la Argentina. *Cuadernos del CENEP* nº 24. Centro de Estudios de Población. Bs. As.
- REBORATTI, C. E. (1986) “Migración y trabajo estacional en la Argentina”. En: (Reboratti comp.) *Se fue a volver: Seminario sobre migraciones temporales en América Latina*. PISPAL-CENEP. México.
- RIVERO SIERRA, F. (2011) “Cultura migratoria” y “condiciones de emigración” en comunidades campesinas de Toropalca (Potosí, Bolivia) Vol. VI.
- RIVERO SIERRA, F. (2013) *Mi papá se fue pero va a volver*. Experiencias de la migración entre los no migrantes. El caso del Barrio Plan 3000 en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia. X Reunión de Antropología del Mercosur, Córdoba. Julio 2013.
- RODRÍGUEZ, L. (2008) Después de las desnaturalizaciones. Transformaciones socio-económicas y étnicas al sur del valle Calchaquí. Santa María, fines del siglo XVII-XVIII. Editorial Antropofagia. Bs. As.
- ROZENVAIG, E. (1986) Historia social y del azúcar de Tucumán. Tomo II El Ingenio.

Universidad Nacional de Tucumán.

RUPERTO, A. (2011) Informe de las Tareas Realizadas en la investigación en Historia Oral dentro del marco del Proyecto Hacia el Fortalecimiento de la Memoria desde un Museo Rural Comunitario.

RUTLEDGE, I. (1987a) Cambio agrario e integración. El desarrollo del capitalismo en Jujuy 1550-1960. Antropología Social e Historia 1. Proyecto Ecira. F. F.y L. UBA/MLAL. CICSO.

RUTLEDGE, I. (1987b) "La integración del campesinado de tierras altas en la economía azucarera del norte de Argentina, 1930-1943", en K. Duncan e I. Rutledge, La tierra y la mano de obra en América Latina. Ensayos sobre el desarrollo del capitalismo agrario en los siglos XIX y XX, México: Fondo de Cultura Económica, 129-254.

SABALAIN, C. y C. REBORATTI (1980) Vendimia, zafra y alzada: migraciones estacionales en la Argentina. *Cuadernos del CENEP* N° 15. Estudios de Población. Bs. As.

SANTAMARÍA, D. (1986) Azúcar y sociedad en el noroeste argentino. IDES Bs. As.

TARRIUS, A. (2000) Leer, describir, interpretar. Las circulaciones migratorias: conveniencia de la noción de "territorio circulatorio". Los nuevos hábitos de la identidad. *Revista Relaciones Estudios de Historia y Sociedad* 83 Vol. XXI.

TARRIUS, A. (2010) Migrantes pobres y globalización de las economías: el transnacionalismo migratorio en Europa meridional. En *Migraciones de trabajo y movilidad territorial*. S. M. Lara Flores (coord.) Editor Miguel Angel Porrua. México.

VISACOVSKY, S. (2007) Cuando las sociedades conciben el pasado como "memoria": un análisis sobre verdad histórica, justicia y prácticas sociales de narración a partir de un caso argentino. En *Antípoda* n° 4, pp. 49-74.

WHITEFORD, S. (1977) "Articulación social y poder: el zafro y el contexto de la plantación azucarera. En: *Procesos de articulación social*. Hermitte, E. y L. Bartolomé comps. CLACSO-Amorrortu, Buenos Aires.

WHITEFORD, S. (1981) *Workers from the North. Plantations, Bolivian Labor, and the City in Northwest Argentina*, Austin: University of Texas Press.

WOLF, E. (1980) Relaciones de parentesco, de amistad y de patronazgo en las sociedades complejas. En: *Antropología social de las sociedades complejas*. Banton M. (Comp.) Alianza Editorial. Madrid.

ZUBRZYCKI, B.; M. MAFFIA; L. PASTORINO y M. DE LUCA (2005) La propiedad de la tierra y el agua en Azampay. En: *Azampay. Presente y Pasado de un pueblito catamarqueño*. Comp. C. Sempé, S. Salceda y M. Maffia. Ediciones Al Margen. La Plata.

Fuentes consultadas:

ATLAS CATAMARCA <http://www.atlas.catamarca.gov.ar> (última consulta: 19/06/14)

BAYÁ CASAL Y OYUELA, J. Los Leguizamón de Catamarca: últimos señores del Mayorazgo de Hualfín. Inédito. Disponible en: www.genealogiafamiliar.net

CUELLO, L. E. (1992) *Historia de Belén: hechos, relatos*. Tomos 2 y 3. La Unión. Belén.

ESPECHE, F. (1875) *La provincia de Catamarca*. Imprenta Biedma. Buenos Aires.

INDEC Censo de Población y Vivienda 2001.

SORIA, M. (1908) *Geografía de la provincia de Catamarca*. (II Edición). Talleres taquigráficos La Ley. Catamarca.

WEISSER, V. (1924) VI Expedición. Diario de campaña inédito. Transcripción Museo de La Plata. Sección Arqueología. Universidad Nacional de La Plata.